



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año VI. Se publica los días 7 y 22 de cada mes.—Redaccion, calle del Baño, 1, 3.º.—Punto de suscripción y reclamaciones, librería de Moro, Puerta del Sol, núm. 6. Madrid 7 de Octubre de 1862. Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. Núm. 15.

DIRECTOR PROPIETARIO, DON EDUARDO ASQUERINO.	Sres. Breton de los Herreros (M) Borrego (Andrés). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martín (Pedro). Camposor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.) Cañete (Manuel). Castelar (Emilio). Castro (M. Fernandez). Cánovas del Castillo (A.) Castro y Serrano (José). Corradi (Fernando). Colmeiro (Manuel). Cueto (Leopoldo A. de). Sra. Coronado (Carolina). Sres. Duran (Agustín). Eguiluz (Luis). Eliás (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escosura (Patricio de la).	Sres. Estévez Calderon (S.) Estrella (Gabriel). Fernandez Cuesta (Nem.). Ferrer del Rio (Antonio). Fernandez y Gonzalez. Figuerola (Laureano). Flores (Antonio). Forteza (Guillermo). García Gutierrez (A.º). Gayangos (Pascual). Gener (José). Gonzalez Bravo (Luis). Graells (Mariano de la Paz). Güel y Renté (José). Hartzenbusch (J. Eug.º). Janer (Florencio). Jimenez Serrano (José). Lafuente (Modesto). Lloriente (Alejandro). Lopez Garcia (Bernardo). Larrañaga (G. Romero).	Sres. Lasala (Manuel). Lobo (Miguel). Lorenzana (Juan). Luis (Luis Garcia). Madoz (Pascual). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Barc.º. Martos (Cristino). Mora (José Joaquín de). Molina (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º). Ochoa (Eugenio). Olavarría (Eugenio). Olózaga (Salustiano). Olzabal (Lúcas). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Perez Galvo (Juan). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Ribot y Fonsaré (Ant.º).	Sres. Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rivas (Duque de). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María). Romero Ortiz (Ant.º). Rodriguez y Muñoz (Tib.º). Rosa Gonzalez (J. de la). Ros de Olano (Antonio). Ramirez (Javier de). Rosell (Cayetano). Ruiz Aguilera (Ventura). Saco (José Antonio). Sagarminaga (Fidel de). Sanchez Fuentes (Eugenio). Selgas (José). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florentino). Segovia (Antonio María). Salvador de Salvador (José). Trueba (Antonio).	Sr. Vega (Ventura de la). Valera (Juan). Viedma (J. A.). Portugueses. Sres. Almeida Aburquerque. Bordallo (F. M). Biester (Ernesto). Brederode (A. de). Bulhao Pato (R. de). Bruschy (Dr.). Castello Branco (Camillo). Castilho (Antonio F. de). Coelho de Magathaes (J.). César Manchado (Julio). Corvalho (Tomás de). Herculano (A.). Latino Coelho (J. M.). Lobato Pirés. Magalhaes Continho (J. E.). Mendes Leal Junior (J. das). Oliveira Marreca (Ant.).	Sr. D'Oliveira Pimentel (J. M.) Palmeirín (L. A.). Palha (Francisco). Rebello de Silva (L. A.). Rodrigues Sampayo (A.). Silva Tullio (Ant.º da). Serpa Pimentel (A. de). Torres (José de). Visconde de Gouvea. Americanos. Alberdi (J. Bia.). A. Alemparte (J.). Bello (Andrés). B. Vicuña Mackenna. Caicedo (J. M. Torres). Corpancho (Nicolás). Gana (Guillermo B.). Gonzalez (Marcial). Lastarria (J. U.). Lorenz (Sebastian). Matta (Guillermo)..
---	---	---	--	---	---	--

SUMARIO.

Advertencias.—Revista general, por M.—La política Napoleónica, por D. Emilio Castelar.—Sueltos.—Tratado de Cochinchina, por M.—Ultima Memoria (conclusion), por D. José de la Concha.—De la Novela, (artículo cuarto), por D. Antonio Alcalá Galiano.—Escenas inglesas; el capitán Garrahan, por D. José Manuel Aguirre Miramon.—El don de la palabra, por D. Jacinto Beltran.—La supresion del tráfico de esclavos africanos en la Isla de Cuba, (III), por D. José Antonio Saco.—Economistas modernos (artículo segundo), por D. José Joaquín de Mora.—Aribau.—Sueltos.—Manifiesto de Mazzini.—Idea general sobre el antiguo imperio de los Incas, por D. José Arias Miranda.—Soneto, por D. Antonio Ros de Olano.—A la Purísima Concepcion de Nuestra Señora, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—En la Restauracion del Monasterio de la Rábida, por D. Manuel Cañete.—Por via de Epitafio, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—El Mosquito y el Buey, por D. Miguel A. Príncipe.—Gloria, por D. Bernardo Lopez Garcia.—Brindis de Victor Hugo.—Sueltos.

ADVERTENCIAS.

A NUESTROS SUSCRITORES.

En vez de terminar el tomo sexto de LA AMERICA, en Febrero del año próximo, terminará en fin de Diciembre de este, constanding, por consiguiente, el tomo sexto, de veinte números, cuatro menos que los demás; agregando los suplementos resultará al encuadernarse este tomo del mismo grueso que los otros. Hacemos esta alteracion á fin de que en adelante comience el tomo con el año, y principalmente para poner en práctica lo antes posible algunas mejoras importantes que agradarán á nuestros suscritores.

A LOS SEÑORES SUSCRITORES Y COMISIONADOS EN ULTRAMAR.

El libro de los ciento y uno; solamente tres ó cuatro de nuestros comisionados nos han remitido hasta la fecha los libros talonarios; rogamos á nuestros abonados que los entreguen á los señores Agentes, para remitirles la obra ofrecida.

A fin de regularizar la administracion nos hemos dirigido á todos nuestros Agentes en Ultramar, para que liquiden con la empresa hasta Diciembre de este año.

Debemos advertir para evitar reclamaciones inútiles, que el Agente que no envíe las cantidades recaudadas, para fin de este año, dejará de recibir los números de LA AMERICA, desde Enero del próximo.

LA AMERICA.

REVISTA GENERAL.

Es probable que, á la hora esta, hayan desembarcado en Veracruz, algunos cuerpos del ejército destinado á salvar aquella República, convirtiéndola en colonia francesa, y vertiendo á torrentes en su destrozado suelo, todos los beneficios que llevan siempre en pos de sí las ba-

yonetas imperiales. Y no porque se necesiten estos refuerzos para mejorar la posición del general Lorencez, el cual, según la Patrie y los otros periódicos veraces de Paris, se halla en Orizaba como el pez en el agua, nadando en delicias, como los romanos en Cápuá, con abundancia de viveres y municiones, aseguradas sus comunicaciones con la mar, nunca molestado por las guerrillas, y recibiendo diariamente mensajes de las principales ciudades de la República, en que manifiestan su adhesion á la causa que el emperador se digna proteger, y lo convidan á ocupar sus muros, y á proporcionar á sus habitantes la satisfaccion de frecuentar el ameno trato de los zuavos. De modo que, si hemos de dar crédito á estos informes, Lorencez, lejos de estar acorralado en aquella insignificante ciudad, se ha fijado en ella porque le vá bien allí, como suele decirse; porque le ha cobrado afición, y si no sale á ocupar otros puntos mas importantes, es, según la elegante y neo-católica frase de uno de nuestros colegas de Madrid, porque no le da la gana.

Sin embargo, las correspondencias privadas, como ha podido verse en una carta recientemente publicada por Las Novedades, y que está perfectamente de acuerdo con otras que se nos han comunicado, no están muy de acuerdo con las lisonjeras pinturas de la prensa imperial. Según ellas, Lorencez estaba mas desesperado que aburrido, diciendo á todo el que quería oírlo que lo habían engañado como á un niño de escuela; en guerra abierta con Saligny y con Almonte; cortada toda comunicacion entre él y estos personajes; avergonzado de tener por cooperador á un general mejicano, conocido por sus asesinatos y saqueos, y recibiendo continuos testimonios del odio intenso con que la nacion entera mira á los invasores de su territorio. Los viveres escaseaban, en terminos de estar la tropa á media racion. Las enfermedades del clima y el abuso del pulque, al que los soldados se daban con tanta afición como en Argel al aguardiente de ajenos, hacian grandes estragos en las filas. En cuanto á la facilidad de las comunicaciones, el público ha podido leer en los diarios de la última semana, la narrativa de una recua cargada de viveres y dinero, que salió de Veracruz con direccion á Orizaba, escoltada por 600 franceses, cuyo número fué preciso reforzar en medio del camino, habiendo declarado los arrieros que no daban un paso adelante sin este requisito, seguros, como estaban, de ser atacados por fuerzas superiores en el camino. Entre tanto, no pueden leerse sin estremecimientos de horror y compasion, las particularidades que las mismas correspondencias refieren acerca de los males que afligen á la desgraciada Veracruz. Sitiada por numerosas bandas de guerrilleros, privada de toda comunicacion con lo interior, aniquilado su comer-

cio, y dominada por una guarnicion francesa, cuyos individuos no parecen brillar por su sobriedad ni por la suavidad de sus modales, aquella ciudad gime bajo el peso del hambre, de la miseria, de las enfermedades, de la opresion militar y de la despoblacion. Bajo tan deplorable aspecto se inicia la intervencion imperial en Méjico. O fallan todas las nociones del buen sentido, y todas las lecciones de la experiencia, ó la serie de sucesos á que dará lugar la expedición que hoy cruza las aguas del Atlántico, corresponderá en todas sus partes al cuadro que acabamos de bosquejar. Los veinte mil hombres que compondrán el ejército invasor, no bastan siquiera para asegurar las comunicaciones entre la capital de la República y la costa. Según las cartas á que nos hemos referido, no bastan cien mil para la ejecucion del plan de Luis Napoleon. En todos los artículos que hemos escrito sobre este deplorable episodio de la historia contemporánea, hemos recurrido á la Geografía, y á las peculiaridades sociales de la nacion mejicana, en apoyo de nuestra bien arraigada opinion, sobre el éxito mas que probable de tan desatinada, como injusta empresa; no necesitamos reproducir nuestras anticipaciones, y las abandonamos á la sancion del tiempo. Sin ir tan lejos en ellas, como algunos enemigos interiores del imperio, los cuales ven en la expedición la honda de David, no convalidemos en que sea un medio eficaz de consolidar la dinastia reinante.

La guerra de la América del Norte ha llegado á ser una batalla perpetua, casi sin solucion de continuidad. La segunda accion de Bull-Run, que es el último hecho militar de que tenemos noticia á la hora en que escribimos, aun rebajando mucho los guarismos de los partes del Norte, sublimes en el arte de mentir, no ha sido mas que una espantosa carniceria. En aquellos documentos se calcula en 15,000 los muertos en las filas de los confederados; no se menciona la de los supuestos vencedores: pero no le será inferior, si se tiene presente que los supuestos vencidos se han mantenido en sus posiciones, mientras sus contrarios emprendieron un movimiento de retirada hácia Washington. Los confederados se hallaban á seis leguas de esta capital: por manera que no será imposible que se hayan apoderado de ella. El New York Times dice que la retirada de Centreville ha sido el último resuello (the last gasp) de la rebelion. ¿Qué se habria pensado en Europa de los gaceteros de Austria y Prusia, si, al hablar de las batallas de Austerlitz y Jena hubieran dicho que eran los últimos resuellos del moribundo Imperio de Napoleon? Hace tres meses escasos que las fuerzas del Norte amenazaban á Richmond, capital de la que ya puede llamarse con toda propiedad República del Sur, y ahora, despues de una serie sin ejemplo de derrotas, apenas pueden guarecerse en las

fortificaciones con que han circundado su propia capital; pero el hábito crónico de la fanfarronada está tan profundamente arraigado en la generación yankee, que el modo más seguro de descubrir la verdad en sus narraciones oficiales y periodísticas, es leer justamente lo contrario de lo que en ellas se contiene. Decir que la rebelión está en sus últimos resuellos, significa que sus hazañas han excedido todo lo que de sus fuerzas debería aguardarse. La verdad, sin embargo, ejerce tanto poder en los hombres, que se deja traslucir en medio de las falacias y artificios que se emplean para desfigurarla. No faltan en el Norte escritores que se ven obligados a reconocer la habilidad con que están manejados los negocios del Sur, y que elogian el valor y la destreza de sus generales. Cuando se publicó en Washington el parte del general Pope fechado en 30 de Agosto, pocos fueron los que creyeron que sus pérdidas no pasaban de 8,000 hombres, mientras eran el doble de estas las del enemigo. Al día siguiente desapareció este triunfo imaginario y en su lugar apareció una retirada desastrosa, produciendo en la opinión pública un sentimiento intenso de terror y de desmayo. El general Pope, vivamente interesado en cortar la línea de retirada del enemigo, ha tenido que pensar más bien en asegurar la suya. Autorizó el saqueo de toda la Virginia y no tuvo la satisfacción de ver realizada esta benévola intención, habiéndole dado apenas tiempo el enemigo para ponerse en salvo, y viéndose obligado a evacuar el amenazado territorio con indecorosa precipitación. Con una fuerza que los diaristas federales calculan en 200,000 hombres, no ha podido hacer más que huir de un enemigo, inferior en el número de hombres, pero muy superior en ciencia militar. El último resuello de la rebelión indica un temple todavía más robusto y vigoroso que el que anunciaban los primeros días del rompimiento. Después, y en consecuencia de estos últimos sucesos, se hacen inteligibles los movimientos de los confederados, enyuetos hasta ahora en oscuridad. Al principio de la última semana de Agosto, el general confederado Jackson, obrando con extraordinario arrojo, marchó en dirección del ala derecha del enemigo, y se colocó á su retaguardia con un cuerpo de 33,000 hombres. Los diarios de Nueva York anunciaron entonces la próxima captura del jefe confederado, aunque la experiencia había demostrado que todos sus movimientos habían sido coronados por la victoria. Logró desde luego apoderarse de una inmensa cantidad de viveres y municiones, y cortar el ferrocarril entre Washington y el ejército federal, con lo cual el ejército y la capital quedaban igualmente amenazados. Desde el 26 hasta el 28 de Agosto, las tropas federales empezaron á ponerse en contacto con el enemigo, y el 29 se dió la batalla de Grovetown, con pérdida enorme en una y otra hueste. Al mismo tiempo, el general confederado Lee estrechaba al enemigo por su retaguardia, y el 1.º de Setiembre pudo reunirse con Jackson. Al día siguiente los federales fueron derrotados en la clásica llanura de Bull-Run.

Resulta de todos estos datos, que los confederados han tenido bastantes fuerzas y bastante habilidad para obrar simultáneamente y con buen éxito contra las dos alas de sus contrarios, concentrando sus fuerzas en el momento oportuno, y desbaratando de un golpe todo el plan de campaña, preparado desde el principio de la guerra. En Kentucky, los separatistas han obtenido grandes ventajas, dando por su medio gran impulso al descontento que allí se exalta cada día más contra el Norte, y que terminará dentro de poco por una separación decisiva. El Estado de Tennessee no aguarda más que una ocasión favorable para imitar el ejemplo de su vecino.

Todavía es más grave lo que está pasando en el poderoso Estado de Maryland, cuya adhesión á la causa del Sur es ya un hecho consumado. Jackson lo cruzó para verificar la operación estratégica que hemos procurado describir, recibiendo de sus habitantes señaladas pruebas de amistad. En ninguna parte de aquel continente se ha hecho sentir de un modo tan severo el despotismo del gobierno del Norte como en Maryland. Allí se han violado todos los derechos con escandaloso cinismo. Los diputados elegidos para el cuerpo legislativo del Estado han sido puestos en la cárcel pública por orden del gobierno general; se han anulado sentencias de los tribunales; se han suprimido periódicos; se han prohibido reuniones públicas; en fin, se han puesto en práctica todos los medios vulgares y odiosos, tan comunes en los caducos gobiernos absolutos del continente europeo. La separación de una fracción tan poderosa de la antigua unión americana será un golpe mortal para el gobierno del presidente Lincoln. Y, sin embargo, este desacertado personaje y su digno ministro Seward se obstinan cada día con más empeño en someter á los separatistas, y rechazan con desden todo plan de intervención extranjera que no se funde en el restablecimiento del antiguo estado de cosas. No parece que participe seriamente de esta opinión la mayoría sensata del Estado de Nueva-York, que tantos sacrificios ha hecho en favor de la causa de la Unión, y sin cuyo apoyo no podrá esta sostenerse un solo instante. Ya se hablaba allí de la conveniencia de erigirse en República independiente, y por cierto que posee todos los elementos necesarios para realizar este designio. Si esta separación no se verifica por de pronto, nos parece más que probable su realización en un periodo no muy remoto de la época presente. Supuesta la imposibilidad de restablecer la antigua Unión americana, el Estado de Nueva-York es demasiado vasto, demasiado opulento y demasiado influyente para reducirse á miembro inferior y subalterno de una República diminuta.

Al llegar á tratar de los negocios de Italia nos intimidan dos consideraciones. La primera se refiere á la brevedad del espacio que se nos concede, si se pone en paralelo con la inmensidad, la importancia y las complicadas ramificaciones del asunto. La segunda, á la necesidad en que nos hallamos colocados de repetir nuestras convicciones, en ninguna manera alteradas por los último

sucesos. Ni la catástrofe de Aspromonte, ni los documentos publicados por el *Moniteur*, en su número recibido en Madrid el 28 del corriente, han podido extirpar en nosotros el convencimiento de que no hay más solución para aquel tenebroso enigma, que una peripecia inesperada, excéntrica, extraña á todo cálculo, á toda prevision, á toda conjetura: peripecia á que no puede conducir ninguna de las agencias que están hoy en movimiento para hallar la incógnita por medio de ecuaciones regulares y metódicas. Tal habría sido, por ejemplo, el éxito momentáneo de la expedición de Garibaldi. Dado este caso, la cuestión quedaba resuelta, á lo menos *per interim*, y muy á gusto del emperador de los franceses. Como fundador de la emancipación de Italia, como protector generoso de una nación, á la que ha dado tan señaladas pruebas de simpatía, el magnánimo corazón de S. M. I., no podría mirar con indiferencia que aquellos caros amigos se destrozasen mutuamente en los horrores de la guerra civil, y ya para evitar esta catástrofe, se hallaban prontos cien mil franceses, con el mariscal Mac-Mahon á la cabeza, los cuales habrían ocupado la Península en pocas semanas, preparando el terreno para plantear, no ya el arreglo de Villafranca, sino el de La Guernonniere. La nueva confederación se compondría de tres Estados: Piamonte al Norte, Nápoles al Sur, con un Murat ó un Napoleón en el trono, y en medio el Estado Pontificio, enclavado entre dos gobiernos superiores al suyo en fuerza y población, ni más ni menos que como está la República de San Marino en los dominios de la Iglesia, y la de Andorra entre Francia y España. Lo absurdo, lo irrealizable de esta combinación, no han podido resistir á los ataques con que la ha pulverizado la prensa independiente de toda Europa. El emperador, á quien con sobrada razón, se atribuye la conducta observada por el gobierno de Turin con Garibaldi, precipitó el curso de los sucesos, y cortó el árbol antes de que madurase el fruto. Se dió á Garibaldi todo el tiempo necesario para que se preparase: se le dejó obrar á su gusto en Sicilia, á poca distancia de un ejército enviado á reprimirlo, y que nunca pensó en semejante cosa; su escuadrilla pasó sin oposición al costado de los buques de guerra piamonteses destinados á interceptarla, y en los cuales no se hizo uso ni de la bodega, ni del cañón, y antes de que el héroe tuviese tiempo de hacer un solo prosélito, de expedir una proclama, de ponerse en comunicación con sus amigos, se le atacó sin previa intimación, se le cautivó, y se trata como reo al hombre que había ceñido la frente de su rey con dos coronas. En el tiempo que medió entre el principio y el fin de este lamentable episodio, la prensa ministerial francesa había dicho, y sus ecos en Italia habían repetido, que Garibaldi era el único obstáculo que se oponía al afianzamiento de la causa italiana; esto es, á la erección de Roma en capital del reino. Removido aquel estorbo, se alzó un clamor universal en favor de una revolución definitiva, y hasta se permitió en los diarios de oposición en París que hablasen en este sentido, y reclamasen la retirada de las tropas francesas como única y verdadera ejecución de la palabra empeñada. ¡La solución! gritaban todos los partidos. ¡La solución! gritaban los italianos. ¡La solución! pedía el mundo civilizado, inquieto, receloso, ansioso por desarraigar los peligros con que lo estaban sin cesar amenazando las promesas, la indecisión y los subterfugios del gabinete de las Tullerías. La situación se hacía cada vez más apremiante; cada vez eran más fuertes las reconvenções; cada vez más vivas las instancias por que se rompiera un silencio que unos consideraban como precursor de medidas estrepitosas, y otros como demostración de impotencia. Al fin se rompió el silencio; habló el *Moniteur*, y la carta del emperador que han insertado sus columnas, y los documentos que lo acompañan, han salido á luz para espesar las tinieblas en que el negocio se envolvía.

Si no estuviéramos acostumbrados á tantas esperanzas frustradas, á tantas promesas desmentidas, alguna esperanza podrían deducir los amigos de la libertad de Italia, al leer las siguientes líneas que Mr. Thouvenel dirige al embajador francés cerca de la corte pontificia con fecha de 30 de Mayo de este año:

«Dejéreis presentir (al cardenal Antonelli), si se os opondrá tan categóricamente como antes la teoría de la inmovilidad, que el gobierno del emperador no podría conformar á ella su conducta, y que si adquiriese, por desgracia, la certidumbre de que sus esfuerzos para decidir al Padre Santo á aceptar una transacción habían llegado á ser inútiles, le sería necesario, poniendo en lo posible á salvo los intereses que hasta ahora ha tenido bajo su cuidado, tratar de salir él mismo de una situación que, prolongándose más allá de cierto término, falsearía su política, y no serviría más que para introducir mayor desorden en los ánimos.»

Completamente realizado el temor que en las primeras líneas de este párrafo se expresa; convencido el emperador de que la corte de Roma se aferra cada día más en su teoría de inmovilidad, como resulta del despacho de Mr. de Lavalette á Mr. Thouvenel, con fecha de 24 de Junio, ¿cuándo piensa S. M. I. salir de la situación que las últimas líneas del mismo párrafo describen? ¿Cuál es ese cierto término, más allá del cual se indica que no puede extenderse la paciencia del regulador de la suerte de Italia? Estos misterios, estas reticencias, estas insinuaciones nebulosas, no pueden indicar más que una de dos cosas: ó que el emperador no sabe de qué lado moverse, ni conciliar las pretensiones que en sentido opuesto lo circundan, ó que lanza al público una combinación que él mismo cree irrealizable, y se toma tiempo para preparar otra que le facilite la ejecución del plan *altamente repositum*, de impedir á toda costa la unificación de Italia. De todas estas consideraciones, deducimos nosotros, que la carta imperial de 20 de Mayo, inserta en otro lugar de este número, deja las cosas en el mismo estado en que se hallaban, que no se ha encontrado otro medio de romper un silencio cuya prolongación era una indicación positiva de impotencia,

y que contrastaría notablemente con el ingente poder de que el jefe del imperio se halla revestido; que tan irrevocable es la resolución del emperador de seguir ocupando á Roma, como la del Papa de no consentir jamás en la más pequeña disminución de sus antiguos territorios; como la de toda Italia de consolidar su unificación y de obtener su verdadera y legítima capital. Si confiáramos nuestras miradas á lo presente, difícil es prever cómo se romperá este equilibrio de intereses, sostenidos respectivamente con tanta obstinación; pero lo presente se sumerge rápidamente en los abismos de la nada, mientras lo futuro se acerca á paso acelerado. Ahora bien, de esas tres fuerzas que se combaten neutralizándose, y que se anulan mutuamente por su propia inmovilidad, una sola resiste á los ataques del tiempo; las otras dos están destinadas á hundirse en el polvo de la huesa. Aquella es un principio, quizás el más arraigado de cuantos han regido la política de las naciones; principio inherente al suelo en que se arraiga, que se respira con los elementos de la atmósfera, que se identifica con la más noble y grandiosa de las historias nacionales, con las más espléndidas glorias de las artes y de las letras. Ese principio ha sido siempre el de los grandes hombres que han brillado en aquella tierra, del genio, de la cultura y del saber. Ese principio ha sido el que animó al Dante, á Machiavello y á Savonarola. ¿Quién duda que ha de sobrevivir á las mezquindades de la época presente? ¿Qué papel representarán en la historia esos nombres rodeados hoy de un esplendor facticio, al lado de los que recuerden las honrosas aspiraciones, los heroicos sacrificios, la sublime abnegación de los fundadores y sostenedores de la libertad y de la unificación de Italia? ¿Cuál será el futuro Plutarco que ponga en paralelo á Walewski con Cavour; y á La Guernonniere con Garibaldi?

El cual yace entretanto aprisionado en la Spezzia, aguardando con su indómita firmeza de ánimo que el gran hombre de las Tullerías se decida entre el proceso y la amnistía, así como fijó el momento en que debía ser atacado. A tal exceso de humillación y dependencia se ha rebajado el gobierno de Turin. Ahora procura echarla, como suele decirse, de valiente, y en la circular del ministro Durando, no solo insiste en su empeño de ocupar á Roma, sino que adopta como suyas las patrióticas aspiraciones de Garibaldi, de cuyo aserto, unido á otros hechos públicos, es lícito inferir, que sin la presión de la Francia, el gobierno habría dejado obrar al ilustre patriota como hizo en 1839. Los dos hechos son exactamente iguales, y si no fué culpable el primero, ¿por qué ha de serlo el segundo? ¿Por qué se censura y se condena hoy lo que ayer se recibió con aplauso y gratitud? Este enorme desacuerdo ha producido un efecto diametralmente contrario al que se aguardaba. Garibaldi preso es *mas hombre* que á la cabeza de sus voluntarios. Antes no era más que un héroe; ahora es un héroe mártir. La ingratitud de aquellos á quienes con tanto celo y desprendimiento ha servido, ha realzado su importancia, y ha dado mayor grado de intensidad á la gratitud, á la admiración y al entusiasmo de sus compatriotas.

Nuestra política doméstica se resiente de la ausencia de la corte. La polémica periodística se entretiene en cuestiones personales que en nada se ligan con los intereses de la nación, ni con los principios reguladores de la política y del gobierno. Que el general Serrano apruebe ó desaprobe la conducta observada en Méjico por el general Prim; que el Sr. Mon sea ó no el designado para el sillón presidencial de las Cortes; que se admita ó no se admita la dimisión del Sr. Ulloa, son asuntos que pueden ofrecer interés á los amigos de dichos señores; pero que no excitan ni están hechos para excitar la curiosidad del público. Como acaecimientos notorios y característicos de la situación que atravesamos, la prensa debe consignarlos, aunque sea en una lacónica gaceta; pero nuestros colegas nos perdonarán si censuramos que estas anécdotas den lugar á recriminaciones amargas y difusos comentarios. En nuestra opinión, el ministerio de la prensa es de un carácter más elevado, y hay sobrados vacíos en nuestro estado social y político, sobrados abusos en todos los ramos de la administración, sobrados errores y preocupaciones en los que manejan y ventilan los negocios públicos, para que sea preciso llenar las columnas de un periódico con semejantes pequeñeces. Se ha criticado severamente en estos últimos días una providencia del gobernador civil de la Habana, sobre pasaportes para Méjico. Si el hecho es cierto, nosotros unimos nuestra censura á la de nuestros colegas. En este rasgo de condescendencia, descubrimos una nueva humillación de nuestra dignidad nacional ante un gobierno que parece complacerse en echarnos en cara nuestra inferioridad.

En otro lugar de este número insertamos el elocuente brindis de Victor Hugo, pronunciado en el banquete con que ha sido festejado en Bruselas. El examen de esta admirable producción se encuentra naturalmente en un trabajo que tenemos preparado y que no tardaremos en publicar, sobre un folleto que acaba de ver la luz pública en París, y que versa sobre el mismo asunto tan acertadamente manejado por el autor de *Los Miserables*.

M.

LA POLITICA NAPOLEONICA.

Muchas veces leyendo á Tácito, lectura necesaria para cobrar horror á la tiranía y entusiasmo por la libertad, me he detenido á meditar sobre las siguientes palabras que en el libro primero de las historias dirige Galba á su heredero adoptivo Pison, recomendándole las virtudes necesarias al sumo imperio á que le destinaba: *Imperaturus es hominibus qui nec totam servitutem pati possunt nec totam libertatem.* ¿Será este después de tantos progresos el estado de nuestra sociedad? ¿Los hijos del siglo XIX seremos bastante fuertes para no sufrir la servidumbre, y bastante débiles para no ejercer la libertad?

Lo cierto es que un sacrificio sucede á otro sacrificio, una revolución á otra revolución, una guerra á otra guerra, y cuando parecia que los eternos principios del derecho debieran florecer al riego de tanta sangre, al calor de tantas tempestades, todavia el pensamiento se ve forzado á ocultarse en la conciencia, y los pueblos forzados á renunciar su libertad. No tenemos la fé de nuestros padres, ni su ciego amor á la obediencia, ni su respeto por la autoridad, ni su confianza en los monarcas, ni sus hábitos de servidumbre; pero tampoco tenemos la conciencia del derecho, la voluntad fortísima y las virtudes que necesitan los hombres libres; triste generación nacida con el ideal de libertad en la mente, y condenada por débil, á no verlo nacer en la realidad de la vida! Despues de tantas revoluciones, despues de aquella trasfiguración sublime de 1789, en que la conciencia humana adquirió para siempre la idea de su derecho, parecia imposible que pudieran volver los mismos males llorados con lágrimas de sangre, por Tácito, cuya idea era como el remordimiento de Roma; parecia imposible que pudiera volver una sola voluntad á erigirse en árbitro de todas las voluntades, una sola conciencia á regular todas las conciencias, un pueblo libre á caer en el embrutecimiento de la esclavitud, una sociedad á amar el ócio y las cadenas, y el mundo entero á temblar en presencia de un César y de sus serviles legiones.

Y esto ha sucedido, y no sabemos por qué precipicios el pueblo francés, el corazón de Europa, ha llegado á caer en el cesarismo. El mal es grave, gravísimo. El cesarismo es en el gobierno la antigua autoridad sin su fuerza moral, y es en el pueblo la antigua obediencia sin su resignación. El cesarismo, como no tiene ni las ideas en que arraigaba la monarquía absoluta, ni las clases gerárquicas de que la monarquía absoluta se valiera para apartarse del pueblo y unirse al pueblo al mismo tiempo, se ve constreñido por la fatalidad á corromper á las muchedumbres, á matar en ellas toda idea de derecho, sustituyéndola con la esperanza de goces materiales que, como el vaso de agua dada al calenturiento, no hace mas que aumentar la sed y la calentura. El cesarismo, hijo maldito del ayuntamiento de la revolución con la tiranía, quebranta á un tiempo las fuerzas conservadoras y las fuerzas revolucionarias de la sociedad. El cesarismo es, en fin, la apoteosis de todos los vicios sociales, del egoísmo de la clase media que quiere paz á toda costa, de la ambición de los pretorianos que quieren guerra en todas partes, del embrutecimiento de un pueblo que prefiere al blanco pan de su trabajo libre, el amargo pan que le arroja el poder, pan amasado con las lágrimas y la sangre de sus hijos. El cesarismo, por último, despues de convertir la sociedad en un cuartel, despues de convertir la tribuna en una fortaleza, y sustituir los soldados de la idea con los soldados de la fuerza, entrega los pueblos que le sirven, á la ignominia de una dominación extranjera. El cesarismo fué el sueño de la sociedad romana que despertó al pié de los bárbaros. ¿Será también el sueño de la sociedad presente? ¿Y tendrá ese sueño el mismo despertar?

El cesarismo fué el mal de nuestra raza en la antigüedad, y la causa principal de la muerte de su imperio. Roma sacrificó todos los pueblos á la unidad del mundo, y se sacrificó á sí misma á la unidad del poder. Curias, comicios, tribunado, magistratura, senado, todo fué consumido por el monstruo del despotismo. La tierra fué su pedestal, el cielo su dosel, las naciones sus esclavas, la humanidad entera su concubina, porque se prostituyó á sus deleites y á sus caprichos. Recorred la lista de aquellos emperadores, y si exceptuáis los que vivieron animados de alguna idea superior, como los Antoninos, todos fueron, ó imbéciles, ó traidores, ó asesinos, ó de tal suerte y por tan extraña manera degradados, que gangrenaron las venas de los pueblos con sus vicios. Los hombres grandes, cuando algun hombre grande pisaba el trono manchado de sangre, los hombres grandes se morían de pena en aquellas alturas, como se mueren los árboles en las cimas de las montañas cubiertas de perpetuas nieves. El absolutismo era un mal para aquel pueblo envilecido, para aquella aristocracia olvidada de las antiguas virtudes, para aquellos pueblos que ofrecían altares y sacrificios á sus mismos tiranos; pero era aun mayor mal para los infelices que lo ejercían y que expiraban asfixiados en la soledad de aquellas alturas, desde las cuales solo descubrian sobre las frentes de los esclavos inclinadas á tierra las tristes señales del envilecimiento universal, que les inspiraban repugnancia á la vida y odio á los hombres. Y el cesarismo cayó sobre Roma, porque las clases aristocráticas no quisieron ceder en la revolución social, como habían cedido en la revolución política; porque la clase media, empedernida en su egoísmo, solo acertó á explotar en propia medra las revoluciones hechas por el pueblo; y porque el pueblo, vendido en los comicios, engañado en la guerra, oprimido por el Senado, agobiado de deudas, se entregó al hombre que se llamó César, y cuya alma inmensa, fué como el abismo, donde se precipitó Roma en sus terribles desengaños, en su trágica desesperación, y de donde salió destrozada despues de una tiranía de cinco siglos. La imaginación se pasma, se suspende la mente, cuando ve las consecuencias del despotismo; los emperadores todos desgraciados; las aristocracias muertas á los filos del puñal; las clases medias borradas; los derechos olvidados, las antiguas magistraturas perdidas; el pueblo envilecido, yendo del circo al teatro, del teatro á la nauaquia, de la nauaquia á la amona en demanda de todos los placeres; los pretorianos, los soldados, hoy poniendo un César sobre el escudo, derribándolo mañana, concluyendo por vender el imperio, por unos cuantos sextercios, en pública almoneda, hasta que vienen con sus teas encendidas en las manos, descolgándose por los desfiladeros de los Alpes, los bárbaros, como abortos del infierno, para quemar el cadáver, á fin de que no corrompa con su asquerosa podredumbre todo el Universo.

Se comprende el cesarismo en las sociedades anti-

guas, y hasta cierto punto se justifica. Privadas de la idea del derecho individual, de ese derecho que cada hombre trae consigo al nacer, como ley de su vida, se dividían en clases enemigas, que era necesario fundir, y el despotismo las juntaba, y si no daba otros bienes, daba al mundo conciencia de su unidad. Pero lo que no se comprende, lo que no tiene razon alguna que lo abone, es el nacimiento del cesarismo en este siglo en que cada hombre conoce las dos leyes fundamentales del derecho; la libertad, en cuya virtud el derecho es humano; la igualdad, en cuya virtud el derecho es universal. Y sin embargo, despues que el pueblo descendió de la tribuna de la constituyente despues que con las tablas de sus derechos en una mano y su invencible espada en la otra, vió retroceder espantados á los antiguos reyes, dejando caer en su fuga aquellas coronas de derecho divino, que en su orgullo imaginaban eternas como la corona de Dios; despues de tan grandes y extraordinarias revoluciones que fueron como la revelación de la conciencia de la humanidad, es incomprendible ver un soldado grande y heroico, atando á su carro de triunfo la Francia, y con la Francia todas las libertades que eran como el espíritu inmortal de nuestro siglo. El fundador del cesarismo antiguo fué César, y el fundador del cesarismo moderno ha sido Napoleón.

César ha dado nombre á un abominable gobierno. No hay para qué decir que no cedemos ni un punto en nuestra antigua admiración por César, aunque nos sea doloroso siempre el admirar á un tirano. Pero al fin César, si mataba la República, si mataba la libertad, ahogaba también una aristocracia soberbia, rompía el círculo de hierro en que el Senado encerrara á la ciudad Eterna, llamando á todos los pueblos á ejercer el derecho de ciudadanía; llevaba tras sí á las sillas curules á los españoles, á los galos, primer reconocimiento de la igualdad universal; y guardaba en su alma, la mas grande, la mas elevada de su tiempo, esa idea de humanidad no presentada por los pueblos antiguos y arrojada por él con sin igual audacia al mundo para engrandecer y renovar su vida. Al fin César llevaba al trono la idea social dentro de Roma, y en las relaciones de Roma con el mundo llevaba al trono la idea de humanidad. ¿Pero tenia esas mismas ideas grandiosas Napoleón, el nuevo fundador del Cesarismo? No, mil veces no. Acaso como guerrero sea superior á César; acaso no haya visto la historia un hombre como Napoleón, que haya llevado en su mente las matemáticas de la guerra y en sus palabras los rayos de entusiasmo bastantes á convertir en héroe al último soldado; acaso no tengan todos esos géneos manchados de sangre, que llamamos guerreros, su mirada de águila para abrazar un campo de batalla, ni su don profético para sentir una victoria; pero quitadle las armas de las manos, ahuyentado los soldados que le siguen como leones por el desierto de Egipto, como águilas por los desfiladeros de los Alpes, dejad de mirarle al través del humo y del polvo de los combates, donde crece á manera de una sombra gigante capaz de oscurecer toda la tierra, y vereis como ese hombre tan grande, cuando quiere tocar los grandes problemas políticos, siente que se apaga la estrella de su génio.

Tres grandes caminos podia seguir, ó el de Washington, ó el de Monk, ó el de César. Pudo haber sido un magistrado, pudo haber sido un restaurador, pudo haber sido un dictador revolucionario. Ninguno de estos tres caminos acertó á seguir, y por eso fué vencido en Waterloo y expulsado del mundo al sepulcro titánico de Santa Elena, á cuyo alrededor rugía un mar no tan grande ni tan proceloso como su remordimiento. Guardar la República, convertir su espada en custodia del pueblo, ceñir con los resplandores de su gloria la libertad, no ambicionar mas corona que la corona del laurel de Marengo y de Arcole, fuera una de esas virtudes no empañadas con los rojos vapores de la sangre, y que resplandecen eternamente como la norma de la vida, como la luz de la historia. Esa es la virtud de Cincinato, la virtud de Washington. Pudo también reedificar el trono y llamar á él la antigua dinastía, y las antiguas ideas que habían desaparecido apagadas en un lago de sangre. Idea utópica, tal vez irrealizable, contraria á la Providencia y al progreso, fuera esa, pero al fin no dejaba de ser una idea. Pudo también creerse por un momento la condensación de la idea revolucionaria, la nube que llevaba el rayo pronto á caer sobre los antiguos reyes y la lluvia destinada á fecundar la libertad de los pueblos; pudo llamar á Polonia de su sepulcro, á Italia de su calabozo, recoger los miembros dispersos de las nacionalidades descuartizadas, y formar nuevos pueblos; arrancar la corona de la frente de todos los reyes; llamar desde su carro de guerra, como Alejandro, las esclavas muchedumbres á la comunión de la idea, á la comunión de derecho; juntar en una confederación que diera por resultado la unidad á toda su raza, y ser así por un momento el ministro de la venganza y de la justicia celeste, la condensación del espíritu que hierve en el seno de nuestro siglo.

Pero Napoleón no tuvo mas estrella que su génio, ni mas fin que llenar con su gigante espíritu el vacío trono de la libertad, y llenar de sí todo el mundo. Para salvar la República le faltó virtud, para volver á la monarquía fé, para constituir el imperio en instrumento de la revolución conocimiento claro de la idea de su siglo. A haberlo tenido no cometiera los grandes errores, causa principal de su caída; no resucitará la leyenda de Carlo-Magno con la consagración de su imperio por un Papa, cuando tenia la consagración del pueblo; no uniera su gloriosa fortuna con la fortuna caduca de las viejas dinastías que debió arrancar para siempre de sus vacilantes y carcomidos tronos. Si, a pesar de esto, borró la marca del derecho divino en la frente de los antiguos reyes; si dejó los principios de la revolución francesa diseminados en el aire que respiraban sus legiones; si el código de la igualdad civil penetró con el filo de su espada, en el corazón de las esclavas sociedades antiguas, tal obra no es de Napoleón, es la obra de otro ser mas gran-

de, es la obra del espíritu de su siglo. Hombre gigantesco, nacido con todas las virtudes militares, acostumbrado á victorias, que parecerán siempre leyendas milagrosas, creyó en un momento que toda la idea de su tiempo estaba en su mente, que el espíritu de su siglo se había encerrado en su cabeza, que su personalidad bastaba para llenar el inmenso corazón de los pueblos, y faltó de la única luz inextinguible en la historia, faltó de un pensamiento levantado y humanitario, pasó entre el polvo y el humo de los combates como un huracán, dejando tras sí lagos de sangre, montones de ruinas, y una generación entera sacrificada al monstruo de la guerra.

Buscad un pensamiento en esa vida y no lo encontraréis. Italia, su patria, le mostraba sus heridas, y no las curó. Polonia, la víctima del despotismo, le llamaba para que la alzara del sepulcro, y no la oyó. Los romanos, los hijos de la antigua colonia trajana, le invocaban y ni siquiera supo nombre. Su espíritu, romántico, enamorado de la leyenda antigua, iba, como un caballero de la Edad Media en pos del ideal de Carlo-Magno, agitado por el sueño de una monarquía como la romana, por cuya fuerza el mundo debía convertirse en un campamento, los pueblos en legiones, los reyes en generales, los códigos en ordenanzas militares, como si la electricidad revolucionaria no hubiera grabado ya en la mente humana la idea de su derecho. Solo por este afán de sustituir su personalidad al espíritu de su tiempo, se explican sus grandes errores. Napoleón en Campo-Formio, entrega Venecia destrozada como la nave despues del naufragio, al despotismo de Austria. En la paz de Amiens parece como que quiere despertar á Italia, y en seguida firma el Concordato con el Papa. Despues de Austerlitz, de aquella victoria sin igual, funda en la confederación del Rhin, un feudalismo militar, indigno de nuestro siglo. Despues de Jena, de Eylau y Friedland, de la campaña mas admirable de Napoleón, si se exceptúa la de Italia, no sabiendo qué hacer de aquel mundo que tenia en sus manos, crea el ridiculo reino de Westphalia. Cuando los antiguos poderes temblaban en su presencia, tiende la mano en Erfurt al despotismo ruso, y cree que puede serle fiel la amistad de los déspotas. No conoce á España, y el vencedor de los reyes se siente vencido la primera vez que se encuentra en su camino con un pueblo. ¿Había medido al pueblo español por la altura de aquellos reyes que se arrastraban á sus plantas! Con las guerras continuas enseña á los enemigos la táctica maravillosa que era el talismán de sus victorias, y con el despotismo les enseña que pueden vencerlo en nombre de la libertad. Declara el bloqueo continental como si tuviera estrechados entre sus brazos los continentes y los mares, y se consume de rabia y de impotencia por no serle dado herir á Inglaterra. Prestando que la Rusia admita el azúcar y el café de mano de los ingleses, emprende aquella campaña al Norte, en que el frío de la muerte comenzó á helar las extremidades del Imperio. Creyó que las alianzas de familia valían en su siglo lo que valieron en los siglos anteriores, y su enlace con la archiduquesa de Austria, á que fiaba el porvenir de su dinastía, solo sirvió para dar un príncipe desgraciado mas al mundo, para ennegrecer con una tragedia mas las páginas de la historia. Aquel hombre, poeta como Alejandro, guerrero como César; que había escrito con la punta de su espada una epopeya; que había grabado su nombre inmortal en la cúspide de las pirámides; que había llevado tras de sí un millón de soldados á la muerte, ofuscados por los sangrientos destellos de su génio; que renovó en los Alpes las hazañas de Aníbal, y pasó por Roma como un héroe antiguo, y destruyó el sacro Imperio, la última sombra de la Edad Media, y puso en fuga á los antiguos reyes que se sintieron vencidos al ver tan solo las sombras de las alas de su águila rizadas por el viento de la revolución, y borró los límites de las naciones con las herraduras de sus caballos, y arrojó coronas y cetros caprichosamente en el polvo para que las recogieran sus sargentos, despues de tantas hazañas, despues de esta epopeya; terminó dejando al pueblo sin libertad y á la nación que le había confiado sus destinos sin su independencia, vencida, ocupada como un campamento por los reyes; ¡digno castigo de los que prefieren á la libertad la gloria!

Pero la leyenda de Napoleón III, de su génio, de sus victorias, debía durar mucho tiempo. Todos estos conquistadores que se asemejan á grandes cometas, ofuscan á los pueblos. Son como ciertos astros que brillan á la vista despues que han desaparecido de nuestros cielos. La fuerza atrae al hombre, la gloria le encanta, le ciega con sus resplandores. Y hay ciertos pueblos, como el pueblo francés, que aman el arte de la guerra, y se embriagan con los placeres del despotismo, y duermen tranquilos en su embriaguez, con tal que duerman á la sombra venenosa de los laureles. La leyenda de Alejandro llenó casi toda la antigüedad. La leyenda de César todo el imperio. La leyenda de Carlo-Magno toda la Edad Media. ¿Por qué nos ha de maravillar que haya durado la leyenda de Napoleón? La Francia despues de Waterloo se vió hollada por el extranjero, y comparó su vergüenza con los tiempos en que sus legiones victoriosas hollaban todos los tronos del mundo. El soldado francés recordaba campañas en que al brillo de sus bayonetas huían todos sus enemigos. El poeta popular, aquel que tenia el privilegio de expresar en sus canciones todas las esperanzas, todas las dudas, todos los temores todas las inquietudes del pueblo, todas sus penas y sus triunfos, elevaba en la mente de las muchedumbres, que no distinguen el símbolo de la idea, la epopeya de Napoleón. El gigante del despotismo se convirtió, por un monstruoso contrasentido, en el héroe de la libertad. Y formada la leyenda, había de ser gobierno; porque el mundo político está rejido por las invisibles ideas como el universo por la invisible atracción.

De la leyenda de César se aprovechó en la antigüedad Augusto. Niño de diez y ocho años, pequeño, enfermado; sin voz, pues tenía que valerse de un heraldo para

hablar al pueblo; cobarde, que se asustaba de las tempestades, que enfermaba la vispera de todas las batallas, que huyó en cierta ocasión a todo correr de los mismos soldados que se le habían sometido, y después les mandó matar, porque fueron testigos de su timidez; ingrato, que abandonó a Cicerón cuando Cicerón había sido su palabra; a pesar de tantas debilidades, porque tenía en torno de sus sienes la aureola de César, adivinó que debía hollar la aristocracia romana, y por la astucia subió arrastrándose al sumo imperio a que César volara en alas de su genio. Así como la leyenda de César favoreció a Augusto, la leyenda de Napoleón el Grande ha favorecido a Napoleón el Chico. Contemplad un instante la política de Augusto, digna de toda nuestra atención. Augusto quiere purgar el Senado de bárbaros y no sabe que los senadores van a ser pasto de la voracidad de los herederos de la gloria y de la fortuna imperial. Augusto quiere levantar los antiguos altares de los dioses, y no encuentra ni un Flamen ni una Vestal en Roma. Augusto quiere contener la emancipación gradual de los esclavos, el movimiento ascendente de la población servil, y cuando el enemigo amenaza, cuando derrotado Varo, ve aparecer la imagen feroz del germano en la nevada cima de los Alpes, tiene que entregar la defensa de la ciudad patria, de la ciudad aristocrática a los esclavos. Augusto quiere dar seguridad, fuerzas, derechos a los caballeros, designarles un asiento en el teatro, hacerles pasar en su presencia al lado de sus caballos en larga revista, y al mismo tiempo tiene que cerrarles el circo, la sangrienta arena, porque en el corazón de esta clase condenada a muerte por la Providencia, no hay mas que el instinto del suicidio. Todos los caballeros quieren ser gladiadores. Augusto tiende a reformar la economía de Roma, a impedir las grandes distribuciones de trigo que aumentan la pereza del pueblo, y sin embargo, en su tiempo, crece desmedidamente el número de los frumentarios. Augusto intentó restaurar las antiguas familias y no encuentra un romano que sea hijo del antiguo matrimonio religioso, de la confarreación. Augusto pretende matar el celibato; escita por la ley Papia Poppaea a los ciudadanos al matrimonio, y ve alabar estas determinaciones por el libertino Ovidio, por el célibe Horacio, y admirablemente obedecidas por la gran prostituta; por su hija Julia. Augusto deja caer las magistraturas, por versialgun romano las recoge, y no hay romano que quiera ya el poder. Entonces comprendí que ha nacido el imperio, asume todas las magistraturas, y afianza aquel poder. Pero esto podía suceder allí donde el Estado era todo, donde el hombre no tenía conciencia de su derecho; pero no en estas sociedades modernas donde ha amanecido la idea de la libertad individual.

Pero Augusto hacia mal en vacilar, porque César le dejó un ideal de política visible, que había determinado todos los actos de su vida, y sido como el númen de sus batallas. Destruir la aristocracia, anular el Senado, romper la valla de los antiguos privilegios, fundir todas las magistraturas en una sola, llamar al derecho de ciudadanía a todos los pueblos, concentrar en la fuerte mano del emperador el ejército, exterminar o civilizar los bárbaros, alcanzar que del humo de tantas guerras saliese ya formado el cuerpo de la humanidad, pensamientos eran que no podía agotar un solo hombre, ni realizar muchas generaciones. Pero, ¿sucede lo mismo a Napoleón III? ¿Qué quieren decir ideas napoleónicas? ¿Qué significan los proyectos políticos de Napoleón I? Destruir la monarquía antigua, para elevar sobre sus ruinas un despotismo militar; ahogar las aristocracias patricias, y sustituir las en una aristocracia compuesta de soldados; declarar la guerra a los reyes absolutos, sin mas fin que buscar al través de los combates su alianza y su amistad; dejar en su sepulcro a los pueblos, y elevar troncos feudales para favoritos y cortesanos; hacer del Papa hoy un idolo que unje la frente del imperio, y mañana un prisionero; despertar la idea religiosa, para adormecerla en seguida; remover la tierra, empaparla en sangre, sacrificar millones de hombres, y todo para que en la cúspide del mundo se levante la personalidad aislada y solitaria de un soldado, que se encierra como un déspota en su serrallo; puede ser la leyenda de un hombre, pero no puede ser el ideal de un gobierno, ni el Código político de un gran pueblo.

Veamos en sí a Napoleón III. Llegó el gran día, el día de la elección de Presidente. La República democrática presentaba su candidato, Ledru-Rollin; la República moderada presentaba su candidato, Cavaignac; la República militar presentaba su candidato, Changarnier. Pero la leyenda napoleónica, los recuerdos de la gloria pasada, la reacción monárquica, el sueño de un Carlo-Magno del siglo XIX, tenían también su candidato, Napoleón. Este candidato triunfó, y triunfó cuando la República estaba muerta, cuando se había suicidado, ametrallando a los obreros en las calles de París, y prosiguiendo la política egoísta de Luis Felipe en los campos de batalla. En vez de ver que el imperio había nacido de las urnas, y evitarlo, no parece sino que la República se empeña en robustecerlo. La ley contra el sufragio universal era el primer golpe de Estado. Ya nada faltaba, y la República fué a morir al pié de los cañones que destruían los muros sagrados de Roma. Los poderes que desmenten su origen, que cierran los ojos a su ideal, no tienen razón de ser, y los poderes que no tienen razón de ser, desaparecen. La República de 1848 fué una República sin republicanos. Murió desgarrada las entrañas por sus propias manos.

Pero, ¿qué diremos del golpe de Estado de Diciembre que no haya dicho ya la conciencia humana? El Presidente, rasgando las páginas de la Constitución y rompiendo la estatua de la ley; los generales sonando sus espadas por los pavimentos del Eliseo, ansiosos de encerrar la Francia en un cuartel; el cañon vomitando la muerte sobre los que se levantaban a defender el derecho; la justicia vendida por el mismo que debía servirle de custodia; la Asamblea dispersa, los representantes del

pueblo perseguidos como ladrones por unas tropas ebrias y desenfrenadas; las grandes inteligencias de la Francia, los hombres que son su gloria huyendo; llenas las calles de muertos, las cárceles de prisioneros; henchida Cayena de víctimas que iban a expiar en una agonía terrible, precursoras de congojoso fin, su amor a la libertad; rota la tribuna, destrozada la imprenta, comenzaba una de esas épocas de servidumbre que si no matan materialmente a los pueblos, matan su conciencia y los postran en asqueroso envilecimiento.

Estaba hecho el imperio. ¿A qué se reducen las ideas napoleónicas? ¿Qué carga ha tomado el emperador sobre sus hombros? ¿Qué va a hacer? El imperio es la guerra, no puede ser mas que la guerra. El despotismo tiene sed hidrópica de sangre. El nuevo imperio es el buho que ha salido de la tumba de Napoleón el Grande y que se oculta en las tinieblas. Su primera idea es una venganza. A esto se reducen todas las proyectos napoleónicos. Tomar venganza del Papa que bendijo Waterloo; venganza de los Borbones, los eternos enemigos de la raza de los Bonapartes; venganza de Rusia para que pague la campaña donde pereció el gran ejército; venganza de Austria y de Prusia que humillaron al vencedor de Austerlitz y Jena; venganza, sobre todo, de Inglaterra: hé ahí una política. Para esto necesitaba realizar el problema de la armonía de los contrarios, problema de difícil solución siempre en política. El imperio necesitaba demostrar que por su origen era revolucionario, y absolutista por su fin y sus tendencias. De aquí esa política tenebrosa, incierta, que escoje todos los caminos, que abraza todas las ideas y que concluye por no tener mas fin que la conservación del imperio a toda costa. De ahí el que unas veces aparezca sobre las águilas imperiales el bonete, y otras el gorro frigio. De ahí la guerra con Rusia y las amenazas a la Gran Bretaña; la batalla de Solferino y la ocupación de Roma; las esperanzas de emancipación dadas a los húngaros, y los amagos de monarquía contra los mejicanos. Y si esta mezcla de dos ideas es su política interior, el levantamiento de unas naciones contra otras su política exterior. Para vengarse de Rusia echa mano de Inglaterra; para vengarse de Inglaterra acaricia a Rusia. Levanta la Italia contra el Austria, y deja el Austria en el Cuadrilátero para tener una amenaza pendiente siempre sobre la cabeza de Italia. Pone los ojos en el Rin, y se desliza como una serpiente entre las potencias del Norte. Proyecta llevar sus armas y su influencia a América, y obliga a España a que le preste auxilio para esta obra verdaderamente desastrosa. Temisteis, conservadores, la revolución franca, generosa, asentada en el centro de Francia, la matasteis; y ahora tenéis la revolución que no realiza una idea, sino que maquiavélica y tenebrosa lo remueve todo para satisfacer la venganza de un hombre. Ahora seréis heridos en las sombras por vuestras mismas armas, sin que os sea posible evitar el golpe.

Pero donde mas se conoce esta política tenebrosa de Napoleón III es en su reciente conducta con Italia. Cuando comenzó la guerra de Italia, muchos corazones generosos se abrieron a la esperanza. Creían con esa fe ciega tan propia del sentimiento, que el imperio tenía por fin la conciencia clara de la idea revolucionaria y de su destino revolucionario; creían que estaba decidido a levantar las nacionalidades oprimidas; creían que vislumbraba en el horizonte la única estrella que puede guiarnos en este siglo, la estrella de la libertad. Los pueblos, decían, serán reintegrados en sus derechos y se empezará otra obra mas grande. A medida que las civilizaciones crecen tienden a la unidad. Por eso al salir de la Edad Media se formó la unidad de las grandes naciones. Cimentada esta unidad primera, hoy tienden los pueblos a la unidad superior de raza. El panslavismo es la fuerza de Rusia; el germanismo la fuerza de Prusia. La raza latina, la que dió la idea sagrada de la unidad a la historia; la raza latina necesita para levantarse a la verdadera primacía en el mundo, confederarse, unirse, y ser al mismo tiempo que la raza de los héroes y de los artistas, la raza de los libres. Napoleón, llevado de estos pensamientos, debía sembrar en la guerra de Italia, la idea de libertad. Tales eran las esperanzas de muchos liberales. ¡Insensatos! No sabían que todos aquellos que una vez faltan a la libertad, no pueden volver jamás a reconciliarse con ella. Cuando Napoleón el Grande volvió de la isla de Elba, dió el grito de libertad, y aquel grito mató su genio, porque la libertad era tan solo en su vida una gran sombra, un gran remordimiento.

Y en medio de todo, es un bien que la libertad no venga nunca de los tiranos. La libertad no se recibe graciosamente, se conquista. Solo aman los pueblos el derecho, cuando lo han alcanzado con sus propias manos, cuando lo han regado con su propia sangre. Napoleón en Roma es mas consecuente consigo mismo, que Napoleón en Solferino. Destrozando en Solferino un trono, destruía el despotismo que es su vida; sosteniendo un trono en Roma, destruye la libertad que es su muerte. Los despotismos, así teocráticos como militares, son todos hermanos; Napoleón en Roma es el buitre que devora las entrañas de Italia; porque Italia ha querido encender la antorcha de su vida en el fuego de la libertad. Así es que las proposiciones últimamente hechas por Napoleón en el triste negocio de Roma son inadmisibles; si, igualmente inadmisibles para el Papa y para Italia. Dice que su proyecto es unir el Papa y la Italia. Pero como la desunión proviene de la política, no cesará si la política no se modifica profundamente. El Papa no querrá abrazar a Italia, como Italia no haga el sacrificio de su unidad. Italia no se postrará a los piés del Papa, como el Papa no renuncie a su poder temporal. Mientras no suceda uno de estos dos extremos no habrá paz en Italia. Las reformas que el emperador propone al Papa son igualmente inadmisibles. El Papa no puede reformar su gobierno teocrático, sin exponerse a perder toda su autoridad política. Es verdad que no puede vivir el gobierno absoluto sin reformarse; pero también es verdad que no

puede reformarse sin morir. Tal es la suerte de los poderes políticos que desaparecen del mundo. Los Estados del Papa no pueden vivir en el absolutismo, cuando la voz de las instituciones modernas los llama a la libertad. Pero en la libertad no pueden de ninguna suerte entrar como Estado del Papa. Si adoptan la forma constitucional, el Papa, que no puede depender de nadie, dependerá de las Cámaras y de los ministros responsables de la oligarquía de la clase media. De la República no hablemos. El Papa no puede ser jefe de una República, porque el jefe de una República no puede menos de ser amovible y responsable. Por consiguiente, las reformas no son posibles. Y no siendo posibles las reformas que a primera vista parecen hacederas, no es posible tampoco unir el Papa y la Italia. ¿Cómo renuncia el Papa a provincias que cree suyas; cómo, sin abdicar, reconoce el derecho de sus enemigos? ¿Cómo renuncia Italia a su unidad, que es su deseo; cómo renuncia a Roma que es su capital? La política de Napoleón III, ni se conciliará la Italia, ni se conciliará el Pontificado, ni se conciliará el Pontificado con Italia.

A pesar de las últimas cartas de Luis Napoleón, sobre el harto grave negocio de Roma, nadie cree que diga lo que siente. Su idea es como un geroglífico olvidado, escrito en la frente de una esfinge. Nadie lo sabe. Yo muchas veces he creído que ocultaba un secreto designio, y que tenía algunas de esas ambiciones imposibles, fantásticas, sueño de los déspotas. La inteligencia de un tirano va a dar siempre en lo absurdo, como su corazón va a desear lo imposible. Cuando todos los sueños de ambición están satisfechos, renacen nuevos sueños, nuevas ambiciones, porque el corazón humano es un abismo sin fondo. Los emperadores romanos tenían todos caprichos irracionales, ó padecimientos incomprendibles. Tiberio padecía de hastio; Nerón de ansia de gloria; Calígula de amor no satisfecho; Tito de tristeza; Vespasiano de avaricia, y Vitelio, aunque se gastaba en la mesa las rentas del imperio, siempre tenía hambre. Tal vez Napoleón III anhela un poder incontestable, inmenso; tal vez quiera algo que le asemeje al Czar de todas las Rusias, algo que le ponga mas allá de los límites donde se estrella nuestra pobre humanidad; un poder, no solo político, sino religioso, el dominio sobre la voluntad y sobre la conciencia, el Pontificado y el imperio, si no para sí, para su raza, el sueño aquel fantástico de Napoleón el Grande que ansiaba por encerrar el Papa en su política y asociarle a su despotismo para que los pueblos y la Iglesia cayesen de hinojos ante su personalidad casi divina. ¡Triste destino en verdad el de Napoleón III; tristísimo! Ha empleado doce años en atraerse al Papa, y el Papa le rechaza como el preso a su carcelero. Ha derramado su sangre, la sangre de sus legiones por la independencia de Italia é Italia lo maldice. Bien es verdad que el destino de los Bonapartes, quieran ó no, es atraerse el odio de los pueblos y de los reyes. En 1815, las naciones se levantaron contra su sangrienta estrella hasta que la arrancaron los reyes, arrojándola como una pavesa a Santa Elena. Viven los Bonapartes en la incertidumbre, y mueren rechazados por la revolución, y rechazados por la monarquía. Tales son las consecuencias de una política personal, de una política egoísta. Un hombre no podría nunca arrastrar un gran peso, mientras que el tenue vapor lo arrastra con soberano ímpetu. La idea es como el vapor de la política. Así los frutos de la política personal son siempre amargos. No queremos mirar la Francia de hoy porque se entristece el corazón al ver tan grande nación, tan digna de mejor suerte en lastimero estado. Como en la Roma de otros tiempos la poesía ha roto su lira, la elocuencia ha enmudecido, la idea ha volado al cielo; en el lugar donde se alzaba la tribuna libre se reúne hoy una turba de viles aduladores; la corrupción ha ganado todo el cuerpo social, el ejército es opresor, la clase media egoísta, la aristocracia vana y podrida, y el pueblo se contenta con que destruyan medio París para darle trabajo, y consuman las rentas del imperio para darle fiestas, como aquel pueblo romano que iba a la puerta de la Annona a recibir trigo y al circo a respirar sangre, mientras el imperio se hundía bajo sus plantas, y los bárbaros ahullaban a las puertas de la Ciudad Eterna como mensajeros de la cólera celeste. Pero aunque hayamos apurado a grandes tragos la hiel de la amargura, hemos conseguido un gran bien. La leyenda de Napoleón el Grande se ha desvanecido manchada por Napoleón el Chico. Y la nube sangrienta de una falsa gloria no volverá a empañar el nuevo día de libertad que asoma en el horizonte. Napoleón III ha cumplido su destino; arrojar la losa de la eterna maldición de Francia sobre el cadáver de Napoleón el Grande.

EMILIO CASTELAR.

Algunos periódicos extranjeros, y casi todos los que se publican en España, han insertado, comentándola en diferentes términos, la siguiente carta, que se supone ha dirigido el señor general Prim, al señor duque de la Torre:

«Señor duque de la Torre.—Si algun miserable se hubiese permitido insultar en un país sometido a mi autoridad, a la duquesa de la Torre, le hubiera castigado en el mismo momento: V. no ha creído deber obrar de la misma manera, tratándose de la condesa de Reus.

Cesan, por lo tanto, todo género de relaciones entre nosotros, y solo tendré con V. aquellas que su categoría de capitán general obligue a conservar en asuntos del servicio al teniente general—Conde de Reus.»

La Correspondencia de España, en su número de ayer, añade lo siguiente:

«Dícese que además de la carta publicada por los diarios, y que se supone dirigida por el conde de Reus al duque de la Torre, ha dirigido el general Prim otras dos no menos fuertes al general Gasset y al auditor de guerra de la capitania general de la isla de Cuba, Sr. Fiol.»

TRATADO DE COCHINCHINA.

Está ya hecha la paz con el emperador de Annam. Las bases principales del tratado son: 1.ª, libre ejercicio de la religion cristiana; 2.ª, los puertos de aquel imperio quedan abiertos al comercio con España y Francia; 3.ª, pago de los gastos de guerra; y 4.ª, derecho de poder establecerse en Hue un ministro ó representante español.

En todos los tonos ha sido aplaudido este tratado, y nosotros, sin reprobarlo y sin censurar siquiera la conducta de los que allí y aquí han intervenido en él, no podemos dejar de hacer patente que hemos obrado bajo el imperio de deplorables circunstancias y arrastrados por los franceses, al paso que estos han procedido con poca consecuencia, cuando menos, y desentendiéndose de serios compromisos contraídos espontáneamente. Tenemos que dar, ante todo, ciertas esplicaciones y noticias.

Hasta principios de este siglo Tonkin y Cochinchina formaban dos reinos separados: en aquel dominó por muchos años la dinastía *Le*: despues de grandes disturbios y guerras, fueron unidos ambos reinos, declarandose el rey *Gia-Laong* por emperador. El último vástago de la familia *Le* emigró á China. Sucedió á *Gia-Laong* su hijo *Minh-Manh*, y hoy está en el trono su nieto *Tu-Duc*. La historia de la humanidad apenas presenta un tirano mas cruel y feroz que *Tu-Duc*, pudiendo decirse que deja muy atrás á los *Nerones* y *Tiberios*: estremece la relacion de los bárbaros asesinatos y persecuciones que se han consumado durante los diez y seis años de su ominoso reinado. Nuestros ilustres compatriotas *Diaz*, *Sanjurjo*, *García Sampedro*, *Salgot*, *Hermosilla*, *Berriochoa*, *Almató* y otros muchos, entre europeos é indigenas, sacrificados á sus sanguinarios mandatos, son el testimonio mas palpitante de lo que afirmamos: léanse los detalles de los horrosos martirios de esos esclarecidos varones que en las fronteras de la barbarie se esforzaban por ganar, con la persuasion y la moral, hombres y pueblos á la civilizacion. Ahora mismo; en una Memoria documentada impresa en Manila el mes de Junio último, se vé que han sido construidas en Tonkin espaciosas cárceles en los campos en las que hay hacinados miles de infelices cristianos con orden de no suministrarles mas que dos comidas mezquinas semanales, teniendo al propio tiempo señalado un premio el infiel que está de centinela en el momento que espire alguno de los presos, á los cuales se les hace sufrir este género de muerte. Si no temiéramos llenar de horror el ánimo de nuestros lectores, citaríamos otros actos no menos atroces que ponen en evidencia á ese monstruo que parece destinado á alimentarse con sangre humana.

Las maldades y la execrable fiera de *Tu-Duc* respecto de inofensivos europeos, fueron la causa principal de la expedicion franco-española que se organizó en 1858. Las fuerzas aliadas hicieron su desembarco en *Turon* el 1.º de Setiembre de aquel año; y aunque los cochinchinos tenian avisos anticipados de la expedicion por sus espías de *Macao* y *Singapore*, y se hallaban preparados, es lo cierto, que al oír unos cuantos cañonazos huyeron cobardemente, habiendo tomado un puñado de europeos la plaza y los fuertes todos de *Turon* sin que se disparara un solo tiro de fusil. Si se hubieran aprovechado aquellos momentos de confusion, desaliento y dispersion y el arrojó de nuestros soldados filipinos, mandados por valientes jefes, nada mas fácil que avanzar instantáneamente hasta *Hue*; pero el contra-almirante, *Mr. Rigault de Genouilly*, á quien estaba confiado el mando de la expedicion, no fué de este modo de pensar: en vez de internarse se ocupó por largo tiempo en reparar las fortificaciones, erigir hospitales y formar almacenes, en cuyos trabajos emplearon sus fuerzas nuestros soldados. Profanos en los arcanos de la milicia y de la política secreta, no nos atrevemos á culpar al jefe de la expedicion por la inaccion de las tropas; y sin embargo, no podemos prescindir de expresar que esa inaccion, fundada ó infundada, dió ocasion á que los cochinchinos se repusieran y se instruyeran en el arte de la guerra; los partes publicados en estos tres últimos años patentizan la resistencia que han hecho los cochinchinos en reiterados combates, muy en oposicion con la precipitada y vergonzosa fuga de la plaza de *Turon* á la simple aproximacion de las tropas aliadas.

Mientras seguian mas ó menos lentamente las operaciones militares, tenia lugar otro acontecimiento notable. Se verificó en Tonkin un levantamiento en favor del trono *Le*: público es que los franceses prestaban su ayuda á este partido, habiendo prometido no hacer paces interin durase la guerra principiada, que era la de la independencia de Tonkin. Hemos vivido muy cerca del sitio de los sucesos, y podemos asegurar, sin temor de ser desmentidos, que la fragata de vapor *Primauguet*, uno de los buques de la escuadra francesa de la expedicion, salió de *Turon* en Octubre de 1858 para las costas de Tonkin tan pronto como el contra-almirante *Mr. Rigault de Genouilly* tuvo noticia de haberse inaugurado la revolucion en aquel pais, y á bordo de esta fragata era conducido (lo mismo que *Almonte* para Méjico) un príncipe de la dinastía *Le*, educado por los mismos franceses, marchando en su compañía el misionero francés *Mr. Le Grand*. La causa de *Le*, iniciada bajo estos auspicios, llegó á ir triunfante, tanto que sus fuerzas ascendian, segun los últimos partes, á veinte mil guerreros con una armada de trescientas velas. Hallándose en tal estado las cosas, vacilante la odiada corona de *Tu-Duc*, han firmado los franceses bruscamente, no sin asombro en aquellas regiones, la paz con el tirano, y han dejado comprometido á quien con su acuerdo y apoyo habia dado el grito de independencia y reunido numerosas huestes. El resultado de tan incalificable política será, si no lo ha sido á estas fechas, que *Tu-Duc*, desembarazado de la guerra con los extranjeros, enviará su ejército al Tonkin, sofocará la insurreccion y preparará una nueva era de exterminio, si no para los europeos, á lo menos para los desventurados

tonquinos que tantos servicios han prestado á aquellos en circunstancias azarosas y que tenian derecho á confiar en la proteccion ofrecida.

El gobierno español no ha hecho sino seguir dócilmente el ejemplo de los franceses; hemos firmado tambien la paz; y muy doloroso y humillante es, sobre tantas anomalías, que no se haya consignado en el tratado nada que sea relativo á la satisfaccion que demandaban los asesinatos de tantos españoles degollados por orden de *Tu-Duc*.

Y no se crea que tales actos bárbaros se han consumado por haberse mezclado los españoles en favor de la independencia del Tonkin: la persecucion y los martirios vienen de mas atrás. Sobre todo la prensa misma ha publicado: 1.º Las pastorales de nuestros vicarios apostólicos, prohibiendo á sus feligreses tomar parte contra el gobierno de *Tu-Duc*, exhortándoles á la paciencia y al sufrimiento y á respetar y obedecer las autoridades constituidas; y 2.º Los decretos de muerte fulminados contra *Diaz*, *Sanjurjo*, *An* y otros, en que se declara que la causa única de la condena, era el haber sostenido la religion cristiana, y haberse negado á pisar la cruz.

Hemos narrado sencillamente los hechos. Apelamos á la conciencia de todos los españoles para que los juzguen sin pasion y sin espíritu de partido.

M.

ISLA DE CUBA.

Última memoria del Excmo. Sr. D. José de la Concha.

En el segundo periodo expuse al gobierno en una extensa comunicacion la necesidad de reformar el reglamento de Estado Mayor de plazas de esta isla en la parte que comprendia la clasificacion de las tenencias de gobierno, lo cual venia siendo la misma desde la fecha de aquel reglamento (1845), mientras que la poblacion y riqueza de la isla habia sufrido un incremento de mucha consideracion, haciéndose sentir especialmente en comarcas y distritos determinados, como *Cárdenas*, *Sagua* y otros, cuyos mandos, segun aquel, estaban confiados á capitanes y segundos comandantes. Propuse por lo tanto una nueva clasificacion, en la que se declararon gobiernos militares, que debian desempeñar brigadieres, los distritos de *Puerto-Principe* y *Matanzas*; comandancias militares de primera clase, para coroneles, *Cárdenas*, *Cienfuegos*, *Pinar del Rio*, *Trinidad* y *Villaclara*; de segunda, para tenientes coroneles, *Baracoa*, *Bayamo*, *Guinis* y *Sancti Spiritu*; de tercera, para primeros y segundos comandantes, *Bejucal*, *Guantanamo*, *Holguin*, *Jaruco*, *Manzanillo*, *San Antonio* y *San Cristóbal*: la isla de *Pinos*; *Bahia-honda*, *Santa Maria del Rosario*, *Santiago de las Vegas*, *Las Tunas*, *Giguaní*, *Nuevitas*, *Gibara*, *Santa Cruz*, *Cobre* y *Mayari*, se declararon comandancias de armas dependientes de los gobiernos ó comandancias militares mas inmediatas, y debian de ser desempeñadas por capitanes. El proyecto fijaba tambien la proporcion en que habian de adjudicarse á las distintas armas las comandancias militares y de armas, debiendo figurar los nombrados en la nómina de comision activa, participar de las ventajas del escalafon, sin poder optar á esos destinos sino despues de dos años de permanencia en la isla.

La reforma fué aprobada por S. M. en real decreto de 24 de marzo de 1858, y ha tenido el debido cumplimiento.

OFICINAS GENERALES.

La secretaria de la Capitanía general y las de las Subinspecciones de las armas han sufrido tambien reformas que eran indispensables.

La primera, sirviéndole de base la seccion de Estado Mayor, ha quedado asimilada á las de la Peninsula, si bien con un personal mucho mayor de dicho cuerpo y de oficiales de la seccion de Archivo, y las segundas con el aumento consiguiente al que han tenido esas armas.

Entre los diversos expedientes en que ha entendido el E. M. con la seccion de Archivo, merece especial mencion el que abraza la reclamacion de los mozos peninsulares declarados soldados en las diversas quintas; 5,277 de ellos están registrados en él con sus filiaciones y el resultado de las gestiones practicadas en su busca: 194,298 pesos han ingresado en estas cajas con destino al fondo de redimidos de los que han cubierto su compromiso con dinero, y 157 hombres han sido declarados soldados, y han tenido ingreso en el ejército.

RESERVA.

Constituyen hoy la reserva de este ejército las milicias de color, las provinciales propiamente dichas, y los cuerpos de voluntarios creados en las difíciles circunstancias por que atravesó la isla á principios de 1855.

MILICIAS DE COLOR.

Las milicias de color constituyen una fuerza de 2,000 hombres organizadas de real orden en dos secciones. La primera comprende las seis compañías mitad de pardos y mitad de morenos de la capital: las dos de la misma clase de *Matanzas*, y otras dos en el territorio denominado de *Cinco-villas*. La segunda se compone de seis compañías en igual proporcion en el departamento oriental, distribuidas entre *Cuba*, *Puerto Principe* y las demás jurisdicciones.

MILICIAS BLANCAS.

Las milicias existentes hoy están reducidas al regimiento de las disciplinadas de caballería de esta capital y á los ocho escuadrones de rurales que constituyen entre ambos una fuerza de 2,000 caballos próximamente, y se nutren del distrito municipal de la *Habana*, y de las jurisdicciones inmediatas á ella. El regimiento infantería de milicias de la capital, el batallon de *Cuatro-villas*, el

de *Puerto Principe*, el de *Cuba* y *Bayamo*, así como el de dragones de caballería de *Matanzas* y las compañías de banas de esa misma arma en los distritos mencionados, puede decirse que no existen, porque se hallan reducidos á sus cuadros, y aun estos carecen en gran parte de todo de las clases veteranas que tienen asignadas.

Tal estado demostrará á V. E. la necesidad de reorganizar esos cuerpos, reduciendo su organizacion á ciertos distritos, y únicamente al arma de caballería, porque ni la indole de la poblacion blanca ni la manera con que esta vive en los campos, ni el clima, se prestan á la formacion de cuerpos de infantería, no localizados en las poblaciones, y sobre todo por la creacion de los de voluntarios en que ha ingresado una gran parte de los naturales del pais que mas en aptitud está de prestar ese servicio.

Sentado este principio y tomando en consideracion lo recargada que está la poblacion del campo del distrito de la capital y los inmediatos que tienen que nutrir de fuerza á un regimiento de ocho compañías-escuadrones y á los ocho de estos de rurales, yo pensaba proponer al gobierno de S. M. la extincion de todos los cuerpos de milicias de infantería, la reforma de los ya indicados de caballería de esta capital y las jurisdicciones inmediatas a ella, para descargar á su poblacion de ese gravamen y la organizacion de otros cuerpos de esa misma arma en ciertos distritos importantes y poblados como *Matanzas*, territorio de *Cinco-villas*, *Puerto Principe* y *Cuba*.

CUERPOS DE VOLUNTARIOS.

Los cuerpos de voluntarios, organizados, segun queda dicho, en circunstancias difíciles, los he considerado y los considero como una reserva inmejorable y que permite al gobierno no tener en circunstancias normales el completo de la fuerza orgánica en los cuerpos del ejército; le dan una fuerza moral de la mayor consideracion y en caso de guerra la gran ventaja de poder destinar á operaciones todos ó la mayor parte de aquellos. Las consideraciones políticas y los temores que el gobierno de S. M. tiene que tomaren cuenta en la Peninsula para la creacion de esos cuerpos, no son aplicables á la isla, porque los intereses creados que representan y las condiciones políticas son una garantia suficiente para conservarlo como hasta el día en el mejor estado de disciplina, como un grande elemento de orden y fuerza y completamente agenos á la política del gobierno y del pais. Por estas consideraciones he atendido con esmero á su conservacion, bajo la inmediata inspeccion de un general y sujetos á un reglamento en el que están consignadas sus obligaciones y los privilegios que ha sido posible acordarles.

PRESIDIOS.

Los presidios correccionales á pesar del carácter civil que en si mismo llevan esos establecimientos, han dependido siempre de la autoridad del capitán general como juez de rematados que es, y no conviene en mi juicio, al menos por algun tiempo, que salgan de la accion enérgica de la autoridad militar.

Al hacerme cargo del mando en 1860, existia un presidio en cada uno de los departamentos dependiente de un jefe y este del comandante general, de manera que la accion directa del capitán general, si bien se extendia á los tres, quedaba, digámoslo así, concretada esencialmente al de la *Habana*. En dichos establecimientos no existian mas fondos ni arbitrios que las economías que producía el beneficio de la contrata del pan y de los víveres.

Ninguna de las mejoras que en España y en otros paises se han introducido en estos establecimientos habian alcanzado á los presidios departamentales á los cuales dediqué desde entonces y he dedicado despues especial atencion.

Al poco tiempo de recibir el mando en 1851 se creó la inspeccion de presidios en esta capital y poco despues y al suprimirse la comandancia general del departamento del centro se distribuyó aquel presidio departamental en este y en el de *Cuba*, en los cuales quedaron los comandantes respectivos bajo la dependencia inmediata del inspector. Se crearon fondos autorizando el destino de presidiarios á obras públicas, y á otras de ese carácter llevadas á cabo por empresas particulares; se establecieron algunos talleres dentro de los establecimientos; y á beneficio de una administracion económica sumamente celosa, fué posible atender á mejorar la condicion de los penados respecto á su mejor alimentacion, vestuario, camas y acuartelamiento, haciendo publicar por trimestres en la *Gaceta* la cuenta del producido y gasto de los fondos creados.

Con ellos se adicionaron las obras que hoy existen en el frente Oeste de la cárcel con las que se aumentaron considerablemente las dependencias del presidio con notable ventaja en todos conceptos, se hicieron algunas otras de menor importancia en esta ciudad y *Santiago de Cuba* y se atendió al equipo, armamento, vestuario y haberes de las escoltas fijas que se organizaron para librar al ejército de ese fatigoso servicio que le costaba no pocas bajas.

En el segundo periodo de mi mando ordené que no pudieran distraerse los fondos del presidio sino en obras de utilidad pública; así es que en el último largo periodo de cinco años el catálogo de las hechas con los recursos y brazos del presidio no deja de ser considerable. Los Pabellones de la Fuerza, el Palacio del Gobierno, el muelle de *San Francisco*, la Prevencion de los Voluntarios, la reparacion de los edificios de *San Agustín* y *San Francisco*, algunas cloacas importantes, la Capilla del establecimiento, la introduccion en todas sus dependencias del gas y el agua fueron entre otras muchas las de mas entidad.

Posteriormente se crearon los correccionales de vagos en el *Potrero Ferro*, habiéndose construido allí, con solo el recurso del presidio y el que proporcionaban los mismos vagos reclusos, todas las dependencias necesarias para



el correccional, y recibiendo este poderoso auxilio las obras que allí se están llevando á cabo para un establecimiento de dementes en grande escala.

Las muchas obras impulsadas con el auxilio del presidio y las municipales que por término medio dan diariamente ocupación á cerca de quinientos penados en ambos departamentos, no han impedido que se pudieran destinar varias secciones á las de diversos faros que se han levantado y se están levantando en las costas, á la explotación del guano, á varias empresas de ferro-carriles y otras de interés público, y que en ambos se hayan adquirido trenes de carretones y carretas, con los atalajes, mulas y yuntas de bueyes correspondientes en número proporcionado, y cuyo entretenimiento costean también los fondos económicos. Esos trenes producen una economía considerable en todas las obras municipales y de gobierno, en que indistintamente se emplean y prestan su auxilio frecuentemente á los cuerpos de la guarnición en los cambios de cuarteles y en los campos de maniobra, y apesar de tales erogaciones las cuentas aprobadas del último trimestre presentan una suma de 15,000 pesos de existencia disponible.

Entre las obras importantes que se hallan en curso de ejecución en ambos departamentos, me permito llamar especialmente la consideración de V. E. sobre el Casino militar que se construye en el campo de Peñalver, y el cuartel del presidio departamental de Cuba. Es el primero un vastísimo cuadrilátero, levantado en un solar adquirido con fondos de los cuerpos del ejército en uno de los puntos mas ventilados de la capital, habiéndose terminado con sólidos cimientos la planta baja, y en el cual van hasta ahora invertidos 46,754 pesos del fondo del presidio, exceptuando 8,000 pesos de maderas que recientemente ha sufragado el fondo de utensilio, si bien las obras hechas representan ya un valor de 150,000 aproximadamente. En ese vasto edificio tendrá alojamiento en breve el considerable número de jefes y oficiales comisionados y de remplazo que existen en la capital, y los recién llegados de la Península, que no pueden suplir la carencia de ese auxilio, sino á costa de sacrificios superiores al sueldo y que se hacen doblemente sensibles á los últimos. Seguro estoy, por lo tanto, de que V. E. formará el mayor empeño en la terminación de una obra de tal utilidad para sus subordinados. El cuartel del presidio de Cuba tiene una situación dominante y ventajosa y se realiza bajo un plano bien meditado, que llena cuantas necesidades y condiciones exigen los adelantos modernos.

Solo me resta para terminar este resumen dejar consignados los pensamientos ulteriores que me ocupaban; á saber: 1.º, impulsar cuanto fuese posible las nuevas defensas de la Habana; 2.º, reformar los acuartelamientos, contando en todos ellos con el que necesitan los jefes y oficiales; 3.º, cubierta convenientemente la guarnición de Cuba y Puerto Principe, así como los precisos destacamentos de observación en la costa, suprimir los demás, y reconcentrar en la Habana el mayor número posible de regimientos de infantería; 4.º, levantar nuevos campamentos de barracas en las inmediaciones del Morro y la Cabaña, y en los puntos mas convenientes, para dedicar mayor número de brigadas á las obras de fortificación, llevar la instrucción al mas alto grado, sacar á las tropas del insalubre alojamiento de las bóvedas, y proporcionar á jefes y oficiales alojamiento proporcionado á sus clases, cuya necesidad es indeclinable en un país en que tan sabido precio tienen los alquileres de casas; 5.º, la reforma que dejo indicada de los cuerpos de milicias; 6.º, insistir nuevamente cerca del gobierno de S. M. por consideraciones políticas importantes sobre la creación de un colegio militar, en que debieran admitirse el crecido número de jóvenes del país, hijos ó descendientes de militares y de empleados, cuyas familias forman una gran parte de la población de la isla, y á quienes la falta de ese establecimiento y de otros de semejante naturaleza, tiene sumidos en una situación triste y precaria.

Tal es, Excmo. Sr., el estado actual del ejército de la isla, y el de todas las dependencias militares de esta Capitanía general. Creo haber hecho cuanto ha estado á mi alcance para que V. E. encuentre las tropas en buen estado de disciplina é instrucción, y con la satisfacción interior que es tan necesaria, á cuyos objetos he encaminado todas mis providencias y resoluciones.

Dios guarde á V. E. muchos años. Habana 24 de Noviembre de 1859.—Excmo. Sr.—Excmo. Sr. D. Francisco Serrano y Domínguez, Capitan general de los reales ejércitos, y Gobernador y Capitan general de la isla de Cuba.

JOSE DE LA CONCHA.

DE LA NOVELA.

ARTÍCULO IV.

Era apenas conocida Inglaterra en su parte intelectual cuando comenzó el siglo XVIII, mirándose en el continente católico solo como tierra de herejes y rebeldes, singular en la clase de su gobierno de nadie comprendido ni estudiado, y con un pueblo, si no bárbaro, cuyos usos, costumbres y ciencia, por ser de naturaleza peculiar suya, era inútil contemplar, pues que imitarlos no cabía en lo posible, ni había de ello el menor deseo. Verdad es que la alegre corte de Carlos II, enlazado con la familia Real de Francia, y muy dado á las cosas francesas, aunque desfigurándolas al copiarlas con mezcla de grosería, no había dejado de llamar la atención del pueblo francés, pero el conocimiento que de ella había, solo descubría ideas de libertinaje, y las divertidas *Memorias del caballero de Grammont*, escritas por el inglés Hamilton, en admirable estilo y purísimo francés, en los mejores días del idioma de nuestros vecinos, solo tratan de galanteos y de la clase peor de amores, como si en el territorio británico no hubiese entonces otra cosa mas que una corte frívola y corrompida, y no un pueblo con vida

intelectual y moral, acreedor á ser considerado bajo varios aspectos. Un epicúreo, con pretensiones de filósofo, y de cuya pluma habían salido algunas producciones ligeras y cortas donde no faltaban agudeza ni buen juicio, Saint Evremont, habiendo residido largos años en la Gran Bretaña, poco dijo de aquella tierra y aquel pueblo que pudiese recomendarlos á su patria. Muerto Carlos II de Inglaterra, fué de allí á poco lanzado del trono su sucesor, pasando á gobernar como rey las islas británicas el que para sus súbditos fué Guillermo III, el cual para los franceses no pasó por algunos años de ser el príncipe de Orange, usurpador cuyo triunfo, además de serlo sobre el monarca legítimo su suegro, lo era de la heregia sobre la religión católica romana. Si bien por la paz de Riswick, quedó reconocido por Luis XIV como rey el que ocupaba el sòlo de la Gran Bretaña, el reconocimiento fué casi imperfecto, y pronto, sucediendo una guerra sangrienta á una breve paz, renovados los mal aplacados odios, lo que era desvío de los dos gobiernos lo fué también de las dos naciones. Así estuvieron las cosas hasta que, entrado ya el siglo XVIII, visitaron á Inglaterra, entre otros cuyas visitas nada dieron de sí, Voltaire, primero, y despues Montesquieu. Este último dió á conocer á sus compatriotas la constitución inglesa, ensalzándola sobremanera: aquel, atendiendo poco á tal objeto, aunque no perdiéndole enteramente de vista, de lo que mas trató fué de vulgarizar en su patria la literatura y filosofía del pueblo su vecino. Ambos lograron en gran parte lo que se proponían, pero al propósito del presente artículo solo viene á cuento indicar el camino por donde Francia primero, y despues en pos de ella Europa, hicieron lo que puede llamarse el descubrimiento de la región literaria inglesa, tierra incógnita hasta entonces.

No era, por cierto, país estéril ni escaso en frutos el que se presentó á los descubridores, y nacieron otros nuevos y preciosos despues que al descubrimiento siguió el trato. En el ramo de historias inventadas, ya se ha hablado en estos artículos del *Robinson* de Defoe, pero debe añadirse que el mérito de tan bella producción no fué desde luego conocido. Otras llamaron y fueron llamando la atención de los franceses y demás pueblos continentales.

Comenzaron á salir á luz en Lóndres, en los días primeros del mismo siglo último, unas producciones de clase nueva; periódicos no diarios, los cuales, en nada parecidos á las gacetas, trataban de materias literarias y hasta cierto punto filosóficas. La primera de estas obras, titulada *El Hablador*, *The Tatler*, era de las plumas de Addison, que vino á ser uno de los primeros escritores en prosa de su patria, no solo de su tiempo sino de los pasados y futuros, y de Steele, de harto inferior valer, pero en sus días muy estimado y puesto aun á la par con su ilustre compañero, lugar en que la posteridad dista mucho de mantenerle. Siguió al periódico de que acaba ahora de hablarse otro á él muy superior, con el título de *El Espectador*, *The Spectator*, en cuyos números hay trozos que hoy están contados entre los primeros de la clásica literatura inglesa. De ellos algunos son alegorías ó cuentecillos que, si no entran en la clase á que este trabajo está dedicado, tienen con ella tal conexión, que no mentarlos sería omisión vituperable. Pero otra circunstancia los trae dentro del círculo que los presentes artículos forman, y es que, estribando la obra de *El Espectador* en la inventada existencia de un club ó tertulia de amigos, pasa á pintar los caracteres de los tertulianos, y va poniéndolos en movimiento en los números sucesivos del periódico, habiendo en tales caracteres así creados varios dignos de atención y aprobación, y uno que se distingue entre todos por lo bien ideado y sostenido: el del baronet ó caballero de campo Sir Roger de Coverley, tipo del tory inglés de aquellos días, bondadoso por demás, corto de luces, pero de buen discurso, y lleno de preocupaciones; pintura con algo de retrato, y no poco de individualismo, en que el pintor tiene el mérito de hacer favor, y no corto; á un bando político, del cual era el acérrimo contrario (1). Otros caracteres, como el del fatuo pisaverde Guillermo Honeycomb y el del comerciante Andrés Freeport, merecen poca alabanza, aunque están bien concebidos, señalándose mas el del mismo *Espectador*, el cual se pinta á sí propio tan fiel al dictado que lleva, que, exclusivamente dedicado á mirar y considerar atentamente las cosas, tanto escasea las palabras, que, poco diferente de un mudo, aunque mudo voluntario, habla solamente por señas.

Acabado *El Espectador*, publicó el mismo Addison otro periódico con el título de *El Ayo*, *The Guardian*, inferior al antecedente, y en el cual nada hay de notar en punto á historias imaginadas.

Addison era Whig; y en su época, que lo fué de violenta enemistad entre opuestos bandos, hubo de tener por contrarios á hombres de mucho mérito, considerados como personas de gran talento é ilustración, entre los cuales se señalaban el grande orador y escritor Lord Bolingbroke, los poetas Pope y Gay, y el famoso Dean de

(1) Addison había cobrado cariño á los personajes imaginarios de su *Espectador*, y sobre todo á Sir Roger de Coverley, no obstante ser su adversario en política. Siendo dos los escritores del periódico, y habiendo tocado á Steele el inferior en fama, y mas todavía en mérito á su compañero, idear y diseñar los retratos de las personas que componían la supuesta tertulia, no hizo mas que un bosquejo de cada uno, y Addison, dando color y vida á todo lo apenas pintado, de tal manera perfeccionó las figuras, y sobre todo la del baronet Tory, que vino á hacer como creación propia la invención ajena. Esto no obstante, Steele, en un número del periódico, puso en movimiento á Sir Roger de Coverley atribuyéndole una acción, que en cierto grado no le favorecía. Fué tal la furia de Addison al considerar á su querido caballero de campo, según su entender, casi calumniado, que tuvo una disputa acalorada con Steele, el cual solo pudo aplacarle con la promesa (que cumplió) de no volver á meterse con el personaje á quien tanto quería su colega.

Addison quiso asimismo retratarse á sí propio en la persona de *El Espectador*, porque era real y verdaderamente muy callado y taciturno, si bien no tanto cuanto supuso serlo el hombre que aun entre sus amigos nunca hablaba.

San Patricio, Jonatás Swift. Este último fué novelista y autor de los *Viajes del Capitan Gulliver*, que traducidos en nuestra lengua, han dado á conocer á su autor en España.

Otro cuento (del cual habla mucho Voltaire) habia dado fama al mismo autor, que es el llamado *Cuento de la Cuba ó de la Tinaja*, *Tale of the tub*. Su argumento es poner en cotejo las tres religiones, Católica, Luterana (1) ó Anglicana, y Calvinista, para dar la palma á la segunda, que era la del autor, notándose que odiaba mas á la tercera que á la primera, pero tratando aun á la por él preferida de un modo irónico, á punto tal que Voltaire vió pruebas de irreligion, á sus ojos evidentes, en lo que no era sino modo de tratar las cuestiones todas, aun las mas graves. No tiene el *Cuento de la Tinaja* calidades de novela, ni en clase de tal debe ser juzgado, sino como una alegoría satírica, en que muestra el autor su agudo aunque raro ingenio, á la par con su condición nada buena.

Los *Viajes de Gulliver*, á primera vista, solo parecen un cuento disparatado propio para entretener á lectores de poca edad, pero el libro entero es una sátira amarga de la sociedad toda, á la cual tiene apariencia de mirar el desabridísimo escritor hasta con odio, descargando el azote sobre el pedantismo científico y literario, y aun sobre la que considera afectada moral, con rigor sumo y visible complacencia. Aunque era Swift irlandés, poco tiene del estilo de sus paisanos, florido, lozano y redundante, y muy diferente del de los ingleses. Algunos han llamado á Swift el Rabelais inglés, pero no hay semejanza entre el alegre cura católico francés y el misántropo dean protestante. Este último, como autor, desnudo de adorno, extravagante en la invención, y no en la frase, fortísimo y acerado en la ironía, escribía de un modo cual solo puede hallarse en la literatura inglesa, y aun en esta se distingue mucho de todos cuantos han manejado la pluma usándola en el mismo idioma. Menos semejante es todavía á Voltaire, aun cuando conviene con el *Cándido* de este último en pintar con negros colores la naturaleza humana. Si en otra parte de este trabajo queda calificada de cruel la alegría del príncipe de la filosofía francesa al ponderar las miserias del hombre, la burla del inglés llega á ser mas que feroz, y nada tiene de alegre, aun cuando por sus extrañezas mueva á risa.

El singular carácter de las aquí recién citadas obras de Swift apenas consiente darles el nombre de novelas, que, aplicado al *Cuento de la tinaja* disuena, y aun á los *Viajes de Gulliver* no es del todo aplicable, si por novela entendemos una composición donde están retratados los caracteres, y manifestadas y expresadas las pasiones del hombre, sin ponerles delante el velo de la alegoría. No así las obras de un autor, cuyo renombre fué altísimo, y hoy apenas vive, y cuyas historias, objeto un tiempo de la aceptación, y aun de la admiración general, y mas entre los para él extranjeros que entre sus paisanos los ingleses, ahora, si no están desconocidas, no son leídas: el inglés Richardson.

Era el autor de quien va á aquí á hablarse, no un personaje de cuenta en el mundo literario, sino un pobre librero, oscuro hasta que la luz que despidieron sus escritos vino por breve plazo á poner en claro su figura, y sin otro título alguno á ser contado entre los escritores que sus tres novelas *Pamela*, *Clarisa*, ó *Clara Harlowe*, y *Sir Carlos Grandisson*.

Richardson puede ser calificado de hombre de pocas letras. Era piadoso, y en algun modo devoto en su fé protestante, y tenia una reducida pandilla de admiradores en gentes de la clase media ajenas á la literatura, entre las cuales abundaban las mujeres. Ejerce influjo grandísimo en el hombre la sociedad en que vive, y mas siendo autor, pues recibe de ella ideas, y á su vez encuentra en ella jueces que suelen ser aprobantes, lo cual se nota, como en quien mas, en el librero novelista inglés, cuyo entendimiento é ingenio de superior clase dictaron lo bueno de sus obras, y cuya situación produjo los lunares que las afean.

En *Pamela Andrews*, la primera en fecha y última en mérito de las producciones del aquí recién mencionado autor, se notan mas sus faltas, y son menores sus aciertos. No porque esté enteramente destituida de bellezas: pues ella sola con sus imperfecciones bastaría á dar justa fama al que la concibió, porque dibuja y pinta bien mas de un carácter, ciertamente con rasgos cortos y multiplicados, apelmazándose, pero haciendo unas criaturas en las cuales descubrimos realidad, empeñando, sobre todo, una de ellas (la heroína de la historia) mas de una vez vivamente nuestros afectos. No ha dejado de haber, sin embargo, quien tache, y no del todo con injusticia, en la virtuosa *Pamela* que en su virtud asoma bastante el cálculo, y como de ser virtuosa al cabo le resulta grandísimo provecho, (1) parece la objeción mas fundada, aunque

(1) Hablando con propiedad, la religión llamada Anglicana no es la Luterana, aunque de ella tiene mas que de otra alguna. Pero hay puntos, si bien pocos, en que se acerca mas á la Católica que á la de Lutero, y otros, al revés, en que se desvia mas del catolicismo. Sin embargo, era comun considerar luteranos á los ingleses. Conocidos son los versitos

Mi hermano Perico
Se va á Inglaterra
A matar al Dragón
Y á prender la reina;
Y á los luteranos
de la Bauldones:
Y ha de traerme
A mí de la guerra
Un luterano
Con una cadena,
Y una luterana
A señora abuela.

El mismo Swift pone á Martin (esto es, á Lutero) como fundador de la religión Anglicana Episcopal que él profesaba.

(2) El mismo autor cuidó de presentar la idea de la recompensa como incentivo á cierta clase de virtud, pues puso por título á esta su novela, *Pamela ó la virtud recompensada*. Al cabo no es contrario ni á la moral ni á la religión, presentar el premio y el castigo como consecuencia de ser bueno ó malo.

contribuya á hacer mas fructuosa la leccion el maridaje de la voz de la buena conducta fundada en máximas de deber con el consejo de un interés bien entendido. En ello se vé patente el carácter de la sociedad en donde, idealizándolos un tanto, hallaba el autor modelos; y á la cual presentaba despues su trabajo buscando aprobaciones: una sociedad de mediana cultura, de tal cual piedad, á lo protestante, de buenas costumbres, de sumo arreglo, dada á buscar legitimo provecho, y no á dar suelta y encontrar satisfaccion á sus pasiones, nunca vehementes; nunca intensas. El amo de Pamela, despues su marido, y su hermana la orgullosa Lady ó mujer de un par, no están mal pintados, pero les faltan los pensamientos y mas aun, algo de los modos aristocráticos que el pintor apenas conocia, si ya no es que del todo los ignoraba.

No es Pamela el titulo de Richardson á ser novelista de primera clase; título un dia por todos reconocido, y hoy no negado, sino olvidado, no habiendo quien se le dé por bueno, ni quien se le dispute. Clara Harlowe, ó segun es comun decir, la Clarisa, es la obra maestra de su autor, y estuvo durante algunos años reputada la mejor novela conocida, llegando á tal término lo alto del concepto de ella formado, que Diderot escribia que al hablarle de cualquiera cosa, solia él responder apostrofando á los personajes de Richardson con extremos de alabanza, y que el sesudo jesuita Andrés, juez de gusto tímido, pero correcto, fallando por las leyes del clasicismo romano en sus sentencias, al hablar de la misma produccion, deja su frio estilo de historiador, y prorrumpe á si mismo en apóstrofes ya de execracion al libertino Lovelace, ya de admiracion á la virtuosa, pero desdichada Clara (1).

Sin duda la novela de que se vá aqui ahora tratando es obra de precio muy subido. Los caracteres de sus principales actores, sin ser de gran novedad, ni acreditar en quien los concibió y puso en movimiento mucha fuerza de fantasia, están bien ideados, y expresan perfectamente los buenos y malos pensamientos y afectos de nuestra naturaleza. Tiene además el mérito la historia de Clara Harlowe de ser eminentemente patética, y de serlo como sin esfuerzo. Su estilo (si es lícito usar de tal voz), es poco literario (2), pero por lo mismo, en su naturalidad parece como relacion de casos sucedidos la de los inventados, y además, estando la composicion figurada en cartas, el estilo epistolar disimula un tanto la corta falta de elegancia. El mayor defecto de la Clarisa, y lo que la hace casi insufrible á la impaciencia de los lectores de nuestros dias, es ser larga por demás, estando como en la Pamela bien pintados en ella los caracteres y sucesos, pero á costa de una prolijidad suma. Así como es, no merece la obra de Richardson el olvido en que hoy está sepultada, bien que los buenos críticos, si vuelven los ojos al lugar donde yace, no pueden mirarla sin tributarle justos y nada escasos elogios, aunque los mezclen con censuras.

No dejó de ser celebrada, si bien menos que la Clara Harlowe, la tercera novela de Richardson, titulada: Sir Carlos Grandisson, inferior á la segunda, superior á la primera, agravado en ella el defecto de las grandes dimensiones, y adoleciendo de otra falta que es el exceso de perfeccion que se supone en el héroe, excesos si en la perfeccion cabe, y que mejor podria llamarse imperfeccion por el conato de hacer que sea lo contrario. Así es que el autor pretende dar á Sir Carlos pasiones vivas aunque reprimidas por su buen juicio, pero este predomina demasiado, y no se cree en unas pasiones que, por estar á tal punto dominadas, pierden el carácter de tales. Además, el héroe es elogiado con extremo por todos los demás personajes, y, sobre causar fastidio tantas alabanzas, parece como que el objeto de estas se recrea en contemplar su propio valor, de modo, que intentando el autor hacerle hasta modesto, aparece vano y con tiesura. En compensacion de este yerro acertó Richardson en crear dos caracteres de mujeres de singular mérito en muy distinta clase, la juiciosa pero no helada Enriqueta, y la viva pero no imprudente Clementina, protestante inglesa aquella, estotra católica italiana, con cualidades cada cual de su respectiva nacion y fé.

En tanto que salian á luz y corrían con crédito las novelas de Richardson, otras de muy diferente especie venian á enriquecer el mismo ramo de la literatura inglesa. Un magistrado de policia, de ingenio, así como agudo, singular, de no comun chiste, atento observador de la naturaleza humana, en la cual, por lo que le presentaba á la vista el ejercicio de su cargo, veia mas la parte flaca y corrompida que la sana y fuerte, y con ideas filosóficas sobre la legislacion, aunque sin pretension alguna de ser filósofo dogmatizador, empezó á competir con el novelista librero, del cual se diferenciaba cuanto cabe en lo

posible. Fielding, el autor de quien aqui ahora se habla, dió primero á luz una historia ó vida de Jonatás Wild famoso ladrón de su tiempo, que habiendo gozado alta y dilatada celebridad de mala especie, llevó la pena de sus maldades. En la historia de sus hechos, escrita por el magistrado, todo ó casi todo es de invencion del autor, y forma un cuento de corto mérito, donde hay, sin embargo, rasgos y observaciones que prometen producciones muy superiores de la misma pluma.

Ya lo fué la obra titulada José Andrews, hermano de Pamela. Al dar este hermano á la heroína de Richardson, no era el objeto del magistrado satirico continuar, en cierto modo, ó con un episodio completar la obra del piadoso librero, sino lo contrario. Pamela hace papel en la historia de su hermano, y le hace no muy favorable, aunque tampoco feo, apareciendo con su carácter antiguo, pero viéndose en él los flacos; honrada, pero atenta á su interés, vana como persona subida de poco á mucho, y cuya virtud tiene un tinte ligero, pero perceptible, de gazmoñeria. José es un campesino sencillote, bueno y falto de educacion, el cual contrasta con su hermana, haciendo resaltar lo que en esta lleva la virtud de violento. La figura mejor del José Andrews es el cura Adams, eclesiástico de la religion anglicana, literato, muy llena la cabeza de los autores griegos y latinos, como suele suceder á los clérigos ingleses; hombre cuya sencillez para las cosas del mundo y la sociedad raya en simpleza; bondadoso, servicial, desinteresado, activo en extremo en favorecer á sus amigos, no teniendo por tales sino á aquellos á quienes juzga honrados, y engañándose mas de una vez en este punto, como sucede á la gente candorosa. José Andrews está bien escrito, aunque no con grande elegancia de estilo, dote que faltaba á Fielding.

Pero la grande obra de este autor, y una de las mejores entre las de su clase, antiguas y modernas, es su Tom Jones, hoy algo olvidado, y, tal vez, al recordarle notándosele mas sus faltas que sus perfecciones, pero del cual todos los buenos críticos convienen en hacer altos elogios. Los caracteres de la historia de que ahora se va aqui hablando, sin tener aquella individualidad que se deja ver en criaturas á parte de lo comun, tampoco son abstracciones reducidas á personas, y sus figuras tienen el mérito de estar vivas. La bondad de Allworthy, no falto de luces, pero crédulo, y á pesar de su benignidad, á menudo excesivamente severo cuando cree que lo debe ser; la profunda hipocresia de Blifil; el natural franco, alegre, irreflexivo del principal personaje Tom Jones, en quien hay faltas graves, y aun vicios (1) compensados con verdaderas virtudes, el brutal y jovial caballero de campo Westery, con otras mil personas inferiores en importancia, son cosa notable, y todo ello produccion de mano maestra. Verdad es que, en general, el hombre, con raras excepciones, está mirado y pintado por Fielding de un modo poco favorable, y mas todavia los pobres que los de superior esfera, si bien una señora de alta categoria como Lady Bellaston aparece tan negra que sale de los limites de lo verosímil su negrura, á lo cual se agrega un tanto de groseria en sus vicios, probando esto que el autor, en su juzgado de policia, veia las cosas y personas parecidas á lo que ponía en su obra, y que su poco trato con gentes de alta gerarquía no le habia permitido ver bien la sociedad cortesana. A los primores aqui recién indicados del Tom Jones se agrega un mérito hoy desatendido, porque es ahora nada comun, y el cual, si inferior á otros de mas alta calidad, es todavia digno de consideracion y aplauso cuando se trata de una obra de arte. La fábula en esta novela de Fielding está tejida con admirable habilidad, combinando con la unidad lo vario, sin que cosa alguna huelgue ni haya en un número crecidísimo de personajes é incidentes, fuera de alguno rarísimo, uno que no contribuya al enlace y desenlace de la historia, siendo este último, aunque largo, vivo, y ocurriendo en él los asuntos como venidos naturalmente. El crítico La Harpe, autoridad no de gran peso en las regiones á que se remonta la estética moderna, cuyas reglas, y aun cuyo nombre, le eran desconocidos; pero buen juez en su esfera, y conforme á los principios de su tiempo, admira y celebra en su Curso de literatura la fábula de la novela, objeto ahora en el presente artículo de algo detenido examen, como el libro mejor compuesto que hay en lengua inglesa, y bien podria haber añadido que en enredos y desenredos de dramas, poemas ó historias inventadas escritas en prosa, no solo nada hay que exceda al Tom Jones, sino que nada llega á igualarle.

Otra novela, Amelia Booth, salió de la pluma de Fielding, igual poco mas ó menos á su José Andrews, y no comparable con la que dá justo motivo á su fama. En ella, como en sus demás obras, y acaso mas aun, se descubren miras de reforma en los trámites legales en lo criminal, y del sistema de las cárceles de su patria, pero sin pretensiones filosóficas de servir de una historia imaginada para otro fin directo que el entretenimiento de los lectores, aunque, si, con el fin indirecto que se propone todo satirico.

Hay quien pone, si no á la par con Fielding, en punto algo inmediato, á Smollet, autor de El Rodrigo Random, El Peregrino Pickle y algunas mas novelas. En sentir del escritor de las presentes páginas, la única semejanza entre uno y otro autor está en haber ambos cultivado el mismo género, y aun la misma clase de producciones, pues en punto á valor literario media entre el primero

(1) Del Tom Jones hay una version en castellano, bastante antigua, esto es, del siglo último, pésima, y hecha de otra malísima traduccion francesa del original inglés mal abreviado y completamente desfigurado. Así es que la preciosa novela de Fielding ha corrido en nuestra España con escasísimo crédito, no consintiendo lo fatal del estilo que atiende el lector á lo bueno que en la composicion queda, aun cuando viene tan estropeada. No há muchos años salió á luz en Francia una traduccion nueva y, segun dicen, buena, de la famosa obra inglesa, expresando el traductor y los criticos que de ella hablaron que hasta entonces el Tom Jones no era conocido sino por quienes le habian leído en el original. El que esto escribe no se acuerda de quien es el nuevo traductor francés, pero, sí, de que es uno de los mas célebres escritores que hoy contiene Francia.

y el segundo inmensa distancia. Celebran algunos críticos ingleses, y á esta opinion se adhiere un buen número de lectores de la misma nacion, el acierto con que pinta Smollet el carácter de los marinos, especialmente de los oficiales de la marina militar; pero tales retratos forzosamente han de estar recargados, segun la groseria que manifiestan, y tienen apariencias, no de criaturas reales y verdaderas, sino de grotescas figuras inventadas. Sin duda hay algunas cosas graciosas en los lances y aun en los personajes ideados por este novelista, pero son de aquellos que casi se encubren á un extranjero, lo cual no es corta prueba de que la opinion favorable hasta cierto punto de él formada es debida á singularidades de la patria del autor, no pudiendo convenir en ella los lectores de otras naciones.

Harta mas celebridad y mas merecida y transmisible, y transmitida á otros pueblos y por ellos dilatada, tiene la breve novelilla titulada El Vicario de Wakefield, de Oliverio Goldsmith. De altísimas alabanzas ha sido objeto esta linda produccion, distinguiéndose en ensalzarla hasta con exceso, entre otros, lord Byron, y tiene asimismo el mérito de gozar del aura popular, esto es, del favor del vulgo de lectores, á tal punto que acaso no hay libro en Inglaterra mas generalmente leído. A ella, en cierto grado, y dentro del pueblo en cuya lengua está escrita, puede aplicarse lo que, juzgándose á sí propio, dijo de una produccion muy superior un escritor ilustre sobre los ilustres, y es que «no hay cosa que dificultar en ella,» y que «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran,» á lo cual agrega declararla «historia del mas gusto y menos perjudicial entretenimiento que se ha visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesto, ni un pensamiento menos que cristiano (1). Este general buen acogimiento hecho á algunas obras no basta á calificarlas como de primera clase, segun el voto respetable de los mejores jueces, pues á veces llegan á gozar de él, aunque por plazo corto, producciones de mérito solo mediano, pero es ya un título digno de atencion, porque algun valor encierra lo que empeña la atencion de todos, y es título ya muy atendible cuando mas de una generacion le admite por bueno, no siendo entonces, como en algunos casos suele ser, hijo de un capricho pasajero de que muchos participan. En el Vicario de Wakefield la suma hechicera sencillez del estilo, donde se retrata la del principal personaje del cuento, juntamente con una fábula entretenida y no mal tejida, ni desenredada, aunque al fin demasiado llena de incidentes algo inverosímiles, justifican el aplauso de que sigue siendo objeto. En verdad, la figura del digno párroco protestante, y las de su familia, están no cabe mejor concebidas y dibujadas con mano maestra, así como pintadas con propio y excelente colorido. Si las demás figuras no están ideadas ni ejecutadas con igual acierto, si hasta el extravagante Sir Guillermo Thornhill disfrazado de Mr. Burchell, á pesar de algunos muy buenos toques, no es una pintura de alto mérito, y si el sobrino de este, el seductor caballero Thornhill, vale poco como representacion de su clase, la figura del Vicario, con su mujer, é hijos de ambos sexos brilla tanto que con su luz deja oscurecidas las manchas de todo cuanto la rodea. La sonrisa que causa la sencillez, ó digase, la simplicidad de aquellas criaturas inocentes, lo bien contado de los lances en que son engañados por la gente artera con que tropiezan, lo patético de algunas situaciones, y el modo vivo de expresar tiernos afectos, todo ello con una naturalidad suma hermanada con no inferior viveza en la narracion hacen de la novelilla de que tratan estos renglones una de las obras de mérito de segunda clase que mas se acercan á las que le tienen del mas alto.

Diferentísimo de ella es, por cierto, otro cuento ó novela breve que tambien gozó de superior fama cuando la tenían todas las producciones de su autor, si bien esta con todas las demás y con el escritor están hoy no poco decaídas, pero de tal manera, que no hay quien ose rebajarles el valor, aunque con no citarlas está patente que no conservan su precio antiguo. Refiérese la calificacion que inmediatamente antecede á la obrilla titulada Rasselas, Principe de Abisinia, escrita por Samuel Johnson comunmente llamado el doctor Johnson. El cuento nada encierra notable en punto á invencion, pues ni los caracteres, ni el nudo, ni el desenlace, comunes los primeros, sencillo por demás el segundo y sin valor el tercero por faltarle lazo que desatar hábilmente, presentan á la vista méritos de los que realizan una historia imaginada. Pero en Rasselas abundan bellísimas descripciones, y no menos recomendables disertaciones sobre puntos de moral, siendo obra propia de un autor á quien apellidan sus paisanos el gran moralista y llaman particularmente la atencion, mereciendo aplauso, muchas bien pensadas alegorias con que él se recrea en ilustrar sus doctrinas, agregándose á esto lo bueno del estilo, correctísimo, elegante, nervioso, con exceso de pompa, falto de los idiotismos y del sabor sajón que privaba y hoy ha vuelto á privar entre los que manejan la pluma en el idioma inglés, dado á buscar las palabras que expresan una abstraccion con preferencia á las que nombran objetos físicos, ó califican personas; mezcla, en suma, de primores con imperfecciones, y modelo en la hora presente, si celebrado, poco imitado. Así es que en todas las colecciones de trozos escogidos de los buenos prosadores ingleses figuran haciendo papel distinguido retrazos del Rasselas, pero es de suponer que pocos leen la obra entera, si lo hacen para buscar en la lectura entretenimiento, pues, si no causa tedio, empeña poco ó nada la atencion ó los afectos mas vivos, siendo el supuesto Principe de Abisinia no un hombre, sino á

(1) Católico dice el pasaje citado en el texto, y se ha sustituido cristiano, porque se trata de un autor y de un personaje supuestos, ambos protestantes. Y con todo esto no deja de ser perfectamente aplicable en esta parte lo que se dice de una obra á la otra. La moral del Vicario de Goldsmith es cristiana en grado eminente en los puntos en que concuerdan todos cuantos siguen la luz del Evangelio, así los descaminados por las sendas de las herejías, ó cismas, como los que, mas felices, no se apartan de la via de la religion verdadera.

(1) Diderot, en un pasaje citado por M. Villemain en su cuadro de la literatura del siglo XVIII, dice en efecto, que cuando le hablaban de varias cosas, él, en vez de responder, decia: «Oh, amigos míos, Pamela, Clarisa, Grandisson son criaturas admirables y seguia por este tenor. Propias eran del carácter de Diderot tales extravagancias. En cuanto al abate Andrés, cuando prorrumpe en «Perce, malvado Lovelace, vomita tu alma, etc., no desatina porque vá hablando de las novelas de Richardson, pero se entusiasma demasiado. Admira hoy como increíble exceso tal extremo de admiracion y alabanza. Pero bueno es repetirlo, sino merece Richardson tan apasionado elogio, menos merece el olvido en que está en la hora presente.

(2) Es de notar que las novelas de Richardson de pocos han sido leídas en el original, haciendo veces de este, las traducciones en francés del autor de Manon Lescaut, el abate Prevost. Ahora, pues, Prevost escritor de elegante sencillez, transformaba lo que traducía, mejorándolo en general. Así hizo con las obras de Richardson, las cuales además abrevió, sin que por esto llegase á hacerlas ligeras. Con todo esto aun en inglés con sus prolijidades y la pesadéz poco elegante del estilo, tienen grande valor, porque le tienen intrínseco, aunque se le rebajen los defectos de la forma. Las novelas de Richardson fueron puestas en castellano en el último tercio del siglo próximo pasado, pero la traduccion lo fué de la de Prevost. Gustaban mucho á nuestros padres que, sin embargo, las juzgaban algo pesadas á veces, con especialidad la de Grandisson.

En nuestros dias, el famoso escritor francés Julio Janin, ha publicado una novela á manera de compendio de Clarisa. El escritor de estos artículos no la ha leído, pero sabe que ha hecho poco efecto.

manera de estátua hueca con conducto interior, por el cual, como en la cabeza de bronce, corre hasta salir la voz del autor que ni siquiera la disfrazaba cuando la usa para examinar cuestiones ó para predicar doctrinas.

En la variedad de escritores, que entonces, y desde aquellas horas hasta la presente, creciendo en número, si no en mérito, ensayaban sus plumas en escribir novelas, los había de muy diversas clases de ingenio, y entre ellos un coetáneo del mismo Johnson, se señaló por lo extravagante, pero haciéndose digno de admiración y aplauso en su extrañeza. Fué este Lorenzo Sterne, sobremedera apreciado, no solo en su patria, sino en Francia, autor de una rara obra, titulada *Viaje sentimental*, y de la novela *Tristram Shandy*. De estas dos producciones aquí recién citadas la primera no entra en el número de las que son objeto del presente trabajo, siendo tal que es imposible incluirla en clase alguna de las conocidas. No tiene menos singularidad el *Tristram Shandy*, pero, á pesar de que no hay en ella verdadera fábula, ó, digase un nudo con el correspondiente desenredo, al cabo viene á ser como una historia ó narración de parte de una vida, de invención del autor, y en donde, si escasean los incidentes, son los caracteres notables. Entre ellos, se señalan el del padre del héroe, el de Tobias, tío de este último, y el del *Cabo Trimm*, quizá el mejor de todos. Los diálogos son excelentes en su rareza, habiendo entre ellos trozos que figuran en las colecciones de los escogidos de la literatura inglesa, como, por ejemplo, uno en que el *Cabo Trimm*, con motivo de la muerte recién ocurrida de una persona, hace reflexiones filosóficas, produciendo extraño y admirablemente pintado efecto en su auditorio congregado en la cocina. La manía de Sterne, de entregarse á lo que en los modernos idiomas se llama *sentimentalismo* aparece en esta novela suya, como en la otra obra, sacando de objetos comunes materia de emociones de ternura, mezclada con reflexión, y extremada, cuanto cabe estarlo. Lo que es muy notable en un escritor inglés, y particularmente en un eclesiástico, es que tiene faltas á la decencia mal embizadas, de que son particular muestra los primeros renglones del *Tristram Shandy*. El estilo de la obra toda está en consonancia con lo extravagante de los conceptos; pero se señala á veces por un vigor extraordinario.

No son de clase tan alta como las producciones de que va hecha mención en la parte presente de este trabajo, y aun, puestas en cotejo con la de menos valer entre ellas, aparecerán inferiores, las novelas de Miss Burney, las cuales, sin embargo, fueron en su tiempo muy aplaudidas, y aun hoy pueden ser leídas con gusto por lectores no exclusivamente dados á las modas literarias de nuestros días, mereciendo que la crítica haga mención de ellas como de lo mejor de un género de poco subido precio, que en la época de la autora empezaba á correr, y después ha llegado á ser vulgar por lo mucho que ha abundado y abunda. Las composiciones de la autora aquí últimamente citada, y todas las de la misma estofa, de mas ó menos mérito, (de las cuales muchas son obras de mujeres), parecen concebidas en medio de un sarao ó tertulia de la clase alta, ó de la parte superior y mas fina y culta de la media, porque las criaturas de la sociedad, tales cuales en ella aparecen, son las figuras de semejantes historias. No hay, pues, que buscar en estas obras conceptos valientes y nuevos, caracteres distantes de la esfera ordinaria, pasiones violentas y raras, afectos analizados, ni descripciones de la naturaleza puestas en consonancia con lo que el hombre siente. Los autores de tales cuentos nos pasean de sala en sala, ó por las calles de una capital, y, si de esta se separan, es para ir á alguna casa de campo, donde es la vida, con corta diferencia, lo mismo que en la corte. Una joven virtuosa, de talento, instruida, de excelente crianza y modales, y tierna por demás, pero reservada en su ternura, y aplaudida generalmente, con varios pretendientes á su mano; un joven, como nacido y criado para servirle de pareja, y varios personajes bien retratados, cuando es un buen ingenio el autor, todos ellos de los que suelen encontrarse en el trato del mundo, y, en punto á lances, no pocos llenos de verosimilitud, los cuales ponen estorbos á un enlace que al fin se verifica, son la materia y forma de semejantes producciones. Entre estas, y como de las primeras en fecha de su género, brillan las de Miss Burney, cuya *Evelina*, ó *Memorias de la entrada de una joven en el trato del mundo*, y mas todavía, cuya *Cecilia*, ó *Memorias de una heredera*, tienen tanto mérito cuanto cabe en su clase, siendo ricas en incidentes bien enlazados, con nudo formado y desenredado con acierto, y con variedad en los personajes. Las novelas de Miss Burney traspasaron el Estrecho de Calais, y, puestas en lengua francesa, tuvieron numerosos lectores y aprobadores; pero no vinieron á España, como sucedió á las de Richardson, Fielding y Swift, y como ha sucedido últimamente á la de Goldsmith, (1) y á otras muchas inglesas posteriores, y de nuestros días.

Tantas producciones, y entre ellas algunas de superior valor, á lo cual se agrega haberlas de tan distintas y diversas clases, completamente justifican, en sentir de quien esto escribe, los elogios aquí hechos de la novela inglesa corriendo el siglo XVIII. Y es de notar que no pocos jueces en materia de crítica, de estos bastantes no ingleses, dieron la palma á Inglaterra sobre Francia en aquellos días, si bien el escocés Blair, antes estimado en mucho, y hoy entre sus paisanos caído en un desconocimiento, por ser excesivo nada justo, reconoció superioridad

en los novelistas de afuera de las islas británicas. Ni á una ni á otra de las naciones rivales parece al escritor de estos renglones que es justicia conceder exclusivamente la corona, pues halla derecho para compartirla á Fielding con Lesage, á Swift con Voltaire, á Richardson con Rousseau, á Goldsmith con Prevost y Saint Pierre, tomando en cuenta la diferencia de índole, de lengua, y de estilo en general de los dos pueblos casi vecinos y rivales, que hasta en grandeza literaria, así como en la política, han estado y continúan en porfiada competencia.

Al acabar el siglo XVIII hizo entrada verdadera en la region puramente literaria un pueblo que, hasta entonces, si había producido grandes sabios y eruditos, algunos filósofos y unos pocos escritores de mérito en prosa y verso, todavía figuraba poco en el terreno en donde apenas había hecho mas que asomar, siendo notado de muy escaso número de espectadores. Se va ahora aquí hablando de Alemania, hoy tan rica en autores, y muchos de ellos insignes, en todos los ramos de la literatura.

Poco despues de mediado el mismo siglo XVIII había nacido en tierra germánica un hombre destinado á grande celebridad, á punto de ser contado entre los entendimientos de primera clase de todos los siglos y pueblos; llegado á ser gran poeta, gran crítico, gran novelista, con lo cual hermanaba vastos conocimientos en las ciencias; hombre puesto por sus compatriotas, como poeta, á la par con Homero, Dante y Shakspeare, y dejando en línea inferior á todos los demas de toda nación y época, sin que tal exceso de alabanza, injusto por lo extremado, produjese aun en quienes le revocaban escándalo, pues hasta expresaban la revocación en términos que no calificaban de desvariada la anterior sentencia. Pero *Goethe*, que es el personaje á quien los renglones inmediatamente anteriores se refieren, no llegó á adquirir el altísimo y dilatado renombre de que hoy goza, mereciéndole, hasta mas de mediada su vida y de haber entrado el siglo en que vivimos. Sin embargo, una novelita suya, los *Melancólicos* del joven Werther, era ya leída y aplaudida en el siglo próximo pasado, pero sin remontar á su autor en la opinion general á muy considerable altura, dejándole en una muy inferior á la donde el voto universal le tiene en la hora presente colocado. En Werther apenas hay caracteres fuera del representado en el principal personaje, pues Carlota poco tiene que la distinga. El mérito de esta novela, que es grande en su línea, consiste en estar en ella juntamente analizada y sentida la pasión que por grados lleva al principal actor al suicidio, siendo tal union del análisis con el sentir vivo bien expresado cosa nada común y por extremo dificultosa, hasta que los alemanes, y sobre todos ellos Goethe, príncipe de su literatura, han dado de ella magníficos ejemplos. Corriendo el tiempo, dió de si muestras Goethe que fueron el fundamento de su fama, señalándose como poeta dramático, ya en el género romántico, como en su *Fausto*, ya en el clásico, como en su *Ifigenia*, y en calidad de novelista en su *Aprendizaje de Guillermo Meister*, producción de primera clase en la de novelas, y de que volverá á hablarse en estos artículos al tratarse en ellos, aunque someramente y de prisa, de las historias imaginadas de nuestro siglo decimonono.

De un modo superficial y algo de prisa, segun acaba aquí de decirse, será forzoso tratar las obras que darán asunto á la parte última de este imperfectísimo trabajo. Las novelas publicadas en el presente siglo en Francia, Inglaterra y Alemania, y alguna en Italia, y tal vez alguna en nuestra España, sobre ser numerosísimas, se distinguen por la suma variedad de los objetos á que tiran ó propenden, y por la diversidad de estilos, contando no solo el respectivo de cada autor, sino tambien el relativo á la clase de la obra. Hay además que descartar producciones no enteramente faltas de mérito, de las cuales no pocas han alcanzado grande celebridad y merecido alto concepto, aunque sin sostenerse por largo plazo en el puesto á que las levanta el capricho. Prometerse vencer tantos y tales inconvenientes, seria loco atrevimiento; porque, bien estará repetirlo, aun con seguridad de ser molesto, la historia crítica de las novelas ó cuentos es un trabajo de enorme dificultad, pero que va haciéndose necesario, y el cual convida á una persona que hermane lo erudito con lo crítico á emprender una tarea que redundaría, bien desempeñada, en su honra propia, y á la par en general provecho.

ANTONIO ALCALA GALLIANO.

ESCENAS INGLESA.

EL CAPITAN GARNHAM.

Los diarios extranjeros han hecho relación de un caso singular ocurrido en Londres y que ha dado margen á una decisión solemne de la autoridad pública. Una parte de la prensa lo ha examinado por el lado del ridículo y de la exageración: nosotros nos proponemos ocuparnos de él con alguna seriedad, porque consideramos serio, grave y digno de respeto todo cuanto concierne á los tribunales de justicia y al ejercicio de los derechos así civiles como políticos de los subditos de un país. Un hecho, por insignificante que parezca, puede muchas veces entrañar una cuestión elevada de principios, y es ciertamente lo que encontramos en el suceso que motiva estas líneas. No por eso desconocemos lo que hay en él de excéntrico y risible.

El capitán Garnham, cuyo carácter revelarán los incidentes que vamos á relatar, se acercó á la galería de pinturas de la Exposición universal de Londres, quiso entrar en ella y la comisión no lo permitió, por cuanto llevaba bajo el brazo un paraguas; paraguas de notables dimensiones cubierto con su forro de hule: la comisión se apresuró á invitarle á que lo dejara en los puntos de depósito establecidos á la inmediación de cada una de las puertas de entrada. Garnham protestó altamente contra tal exigencia, fundándose en que de este modo se le obligaba á salir por una puerta determinada y se le coartaba el derecho de ir y andar por donde le acomodase, y con un objeto que era como parte ó suplemento del traje de un hombre en Inglaterra. Ensayó Garnham, en vano, penetrar por alguna de las

trece entradas de la exposición: de todas fué rechazado y volvió á la galería de pinturas, donde se le precisó á depositar el paraguas, no sin que protestara contra el ataque que en su persona recibían el libre arbitrio y las garantías constitucionales de los ingleses. A su salida, al pedir el paraguas, le pidieron un penny (catorce maravedís próximamente) por gastos de custodia: así lo tenía dispuesto la Comisión por punto general. Garnham, lleno de cólera, reprodujo con mas calor sus protestas: alegó que no había depositado espontáneamente su paraguas, que fué compelido á la fuerza y de una manera arbitraria, que la comisión solo estaba autorizada para exigir los derechos de entrada, pero no los de custodia de efectos, que había creado ilegalmente esta gabela y que todo inglés estaba facultado para resistirse á una exacción no votada por el Parlamento. Por no empeñar un debate enojoso y de un interés pecuniario bien mezquino, se hizo comprender al capitán Garnham que por aquella vez podía llevar su paraguas sin pago alguno. Indignó á Garnham la restricción que iba envuelta en este permiso y lo combatió diciendo que no era su ánimo ahorrar un penny sino defender el derecho constitucional de todo ciudadano inglés á entrar en la Exposición con un paraguas ó á hacer que se le custodiara gratuitamente: dió bastante á entender que no se tranquilizaría interin esta cuestión no se resolviera en favor de las libertades inglesas, á cuyo fin volvería á aquel sitio para cerciorarse si la Comisión Real de la Exposición insistía ó no de sus pretensiones.

Volvió, en efecto, Garnham al día siguiente: depositó su paraguas y rehusó el pago del derecho de custodia. El agente de la comisión, que á la sazón estaba allí de servicio, ignorante de lo sucedido el día anterior, no tuvo reparo en devolver el paraguas sin entrar en contestaciones. Por tercera vez apareció allí Garnham, y al intentar la misma discusión sobre el derecho constitucional que creía asistirse, fué expulsado instantáneamente con su paraguas. El pertinaz Garnham se presentó de nuevo, y ya entonces le fué denegada decididamente la entrega del paraguas.

En tal estado acudió Garnham por medio de procurador y abogado, al tribunal de Brompton y formalizó su demanda que, al decir de algunos periódicos, tenía nada menos que veinte páginas: por ella pedía «que por todas las vias de derecho fuese compelida la Comisión Real de la Exposición á restituir al nombrado Garnham el paraguas en cuestión, libre de todo derecho, gravámen, impuesto, contribución ó exacción, sea de la clase que fuera, segun y como esta sea garantida á los subditos ingleses por la Constitución.» Se señaló día para el juicio y letrados de una y otra parte sostuvieron las pretensiones de sus clientes.

Nos resta hacer conocer la decision del tribunal en este negocio que ha llegado á adquirir cierta celebridad. El juez declaró: 1.º, que atendido el silencio de la ley sobre el caso, no podía apreciarse la cuestión bajo el aspecto constitucional y político, sino conforme al derecho común y á la naturaleza de los hechos: 2.º, que el capitán Garnham, al depositar su paraguas, había manifestado clara y reiteradamente que acudiría á recogerlo sin hacer pago alguno ni consentir ninguna exacción, de suerte que los agentes de la Comisión no podían prestar ignorancia sobre la intención de Garnham: 3.º, que habiendo sido aceptado en depósito el paraguas, á pesar de la declaración terminante de Garnham, se había mostrado implícitamente aquiescencia á los deseos de él, resultando, si no un convenio expreso, á lo menos un contrato virtual: y 4.º, que por consecuencia condenaba á la Comisión Real á que restituyese el paraguas al capitán Garnham, sin que a este se exigiera derecho alguno, pagando ambas partes las costas.

Prescindiendo de lo que tiene de exagerado la conducta de Garnham, hallamos en ella sentimientos nobles, patriotismo, amor á la legalidad y una gran fuerza de voluntad para atacar los abusos. Muchos rasgos de este género nos presentan el carácter inglés y las costumbres de aquel país.

La cuestión en su fondo nos parece de fácil resolución. No versa sobre los derechos de entrada en el palacio de la Exposición: estos los había establecido justamente la administración, y no cabe ponerse en duda la legalidad de su cobranza. Tambien son indisputables la intervención y atribuciones de la autoridad en los espectáculos y reuniones públicas, en que por razones de orden, seguridad ó respeto, puede prohibirse dentro de la ley la entrada con baston, paraguas, palo, etc. Pero ¿hay derecho para obligar á que estos objetos depositen los concurrentes en un lugar determinado? ¿Le hay para cobrar un impuesto ó retribución por ese depósito contra la voluntad de los interesados? Nosotros creemos que no, y que ni hubo tal propósito en la Comisión de la Exposición de Londres. En hora buena que la administración impida la entrada en el sitio de la reunion ó del espectáculo con alguno de los objetos mencionados: hasta aquí obra en la esfera de sus facultades, pero no debe pasar adelante. Si al interesado acomoda depositar su baston ó paraguas, no en el punto marcado, sino en otro cualquiera, parece escusado decir que está en plena libertad de hacerlo. Si lo deja por su gusto en donde la autoridad ó la empresa hubiesen señalado, entonces ejerce un acto puramente voluntario, y el depositario puede exigirle la retribución, ora convenida, ora anunciada previamente al público. A nada se obliga al particular respecto del depósito: lo hará donde mejor le parezca, como pudo haber hecho Garnham, pero si lo hiciere en los sitios de custodia dispuestos por la comodidad misma del público, es evidente que hay una obligación de satisfacer los gastos del depósito.

La decision del juez de Brompton está basada en razonamientos de otra índole. Supone que Garnham hizo el depósito contra su voluntad, habiéndolo aceptado los agentes de la comisión con la condición tácita de que aquel no había de pagar, y hasta se consigna que hubo un cuasi-contrato entre el depositante Garnham y la Comisión de la Exposición. Hay seguramente mas sutileza que solidez en esta argumentación. Lo que llama la atención es que todavía estas contiendas se reduzcan á un procedimiento forense y á fórmulas jurídicas, cuando su misma naturaleza evidencia que pertenecen á un órden esencialmente administrativo y de policía. Mas como en Inglaterra no existe la organización que en Francia, España y otros países, ni está debidamente deslindado lo judicial y lo administrativo, vemos con frecuencia que los tribunales comunes, que por cierto no son pocos en Inglaterra, entienden de asuntos semejantes, ajenos á su competencia, segun los principios adoptados en todas las naciones que marchan al frente de la civilización. Es una prueba de que la Inglaterra está aun bastante atrasada en cierta clase de instituciones.

JOSE MANUEL AGUIRRE MIRAMON.

EL DON DE LA PALABRA.

Estamos asistiendo á las últimas agonías del partido de la reacción, y no queremos mas prueba de ello que el lenguaje que emplean sus órganos: la conducta que observan, las aspiraciones que no disimulan, los idólos

(1) La version del *Vicario de Wakefield*, á que se refiere aquí el texto, está hecha del original inglés, sin pasar por el idioma francés, y, si no es admirable, merece ser calificada de buena. Sin embargo, tan linda producción no ha tenido aceptación en España, donde muchos leen con admiración á Eugenio Sue, en el *Judío errante*, ó aun en su *Martin el expósito*, y á Dumas hasta en su *Vizconde de Bragelonne*. Quizá por lo mismo que agradan estas obras, está la de Goldsmith desatendida. En el paladar intelectual, como en el físico, quienes se dan á manjares fuertes y groseros pierden el gusto para encontrar placer en platos delicados.

que inciensan, y los principios y personas que anatematizan.

Esas crispaturas espasmódicas que produce en ellos el triunfo de las ideas modernas; esos torrentes de injurias groseras y de torpes calumnias que rebosa en las columnas de sus periódicos; esa insensata guerra que declaran á todo lo que lleva el sello de la civilización, á todo lo que se revela contra la esclavitud del pensamiento, son síntomas innegables del despecho que abrigan en presencia del triunfo de sus contrarios.

Y es que conocen que el arma que los hiere, lejos de embotarse, se afila mas cada dia.

Esa arma irresistible se llama la *Palabra*.

La palabra es al pensamiento lo que la respiracion es á la vida. El animal que no respira no vive; el hombre que no habla no piensa. Por hablar entendemos expresar de cualquier modo la operacion de la inteligencia. El que escribió que el *agradecimiento es la memoria del corazón*, era mudo de nacimiento.

La palabra hablada, escrita, y aun no mas que simbolizada, es la única prerogativa que distingue al hombre del resto de la creacion; es lo que le asegura el dominio que ejerce en la naturaleza. Los animales piensan, pero no hablan; por consiguiente, no pasan del análisis á la síntesis; de lo concreto á lo abstracto; de lo relativo á lo absoluto; y sin abstraccion, sin la aglomeracion sintética, y sin la idea de lo absoluto, no puede haber raciocinio, ni induccion, ni ideas generales; no puede haber palabra.

La palabra se extravía: es cierto, es doloroso confesarlo. El fanatismo, la supersticion, el poder absoluto, la diplomacia, hablan, como hablamos los liberales, los demócratas, los amigos de todas las libertades, pero cuando estos maléficis agentes hablan, buen cuidado tienen de que no hablen sus opositorés. Monopolizan la palabra, porque conocen toda su importancia, todo su vigor, todo lo irresistible de su fuerza. Dejados hablar á nosotros, y veremos, como suele decirse, quién queda encima.

¡Cuántos y cuán formidables han sido y son todavía los obstáculos que, en las naciones de origen latino se oponen al libre uso de la palabra! Y sin embargo, unas veces desnuda, otras disfrazada, se insinúa en las mayorías, penetra en todas las clases, se infiltra en la opinion, cunde en los periódicos, en los libros, en la conversacion, en las efusiones de la amistad y de la familia, y mina, y desmorona, y arruina la obra de la palabra que han dictado intereses protervos, que han exhalado labios impuros y que han trazado manos vendidas.

Para que la palabra triunfe, es preciso que sea libre. La palabra esclavizada es la asfixia de la razon; es el envilecimiento de la imagen de Dios, que su *palabra* ha estampado en nuestras almas.

À estas consideraciones nos ha conducido la lectura de la carta que ha publicado en Paris el distinguido escritor Eugenio Pelletan, dirigida á Mr. Imhaus, el cual ocupa hoy el no envidiable puesto de *Directeur de la librairie*, como si dijéramos la inquisicion de levita: puesto que acababa de desempeñar el gran vizconde de La Guerniere.

Mr. Imhaus ha sido un hombre muy estimable. De la clase de menestral, supo elevarse, sin mas impulso protector que su talento y su honradez, á la de negociador diplomático, bajo las órdenes del ministro Persigny. De ingenioso inventor de máquinas destinadas á la fabricacion del azúcar, Mr. Imhaus pasó de pronto al elevado puesto que tiene á su cargo: la represion de la palabra en el imperio vecino. En Francia, la expresion del pensamiento, bajo el régimen actual, depende de las arbitrariedades de una oficina. Las ideas se analizan en un informe; se alambican en un expediente, enferman en una amonestacion (*avertissement*) y mueren en un decreto. Sin embargo, (seamos justos) en Francia no se conocen las delicias de la ley Necedal. En Francia no hay mas *recogidas* que ciertas criaturas del sexo débil, puestas bajo el celo maternal de las monjas del Buen Pastor.

Mr. Pelletan se dirige al improvisado director sin mas objeto, diestramente disimulado, que el de hacerle ver la odiosidad de las funciones que ejerce.

Su produccion abraza dos puntos de vista. El primero se refiere á los principios generales y filosóficos que se ligan con la gran cuestion de la libertad de hablar y de imprimir. «El hombre, dice, tiene la obligacion rigorosa de pensar: si cesa de pensar, muere. Aun viviendo, muere parcialmente en razon de las cortapisas que se ponen á su pensamiento. Pero, decir, *pensar*, es lo mismo que decir *hablar*, porque, en todas las lenguas conocidas, es una misma la voz que identifica el habla y el pensamiento: *logos* en griego: *verbum* en el idioma de la Biblia. Resulta que el hombre no piensa, sino porque habla, y la perfeccion del habla es el habla escrita. Gracias á la escritura, la tierra entera no forma mas que una junta, una asamblea, un *meeting*, como dicen los ingleses. Esta reunion es la patria de la inteligencia.

El hombre que piensa es mi conciudadano, no importa la latitud de la localidad en que resida. Inmediatamente que descubre una verdad, la participa... pero esta verdad no puede pasar al estado de creencia; no puede convertir uno á uno los entendimientos individuales, sino en cuanto corresponde á la naturaleza comun, esto es, á la razon; porque el error, en su calidad de tal, no posee el don de convertir. Sin embargo, doloroso es confesarlo, el error entra como parte en la humanidad: pero nunca con la complicidad de la razon; sino contra su voluntad y contra sus esfuerzos. El error no obtiene un triunfo efimero, sino cuando la razon se adormece, ó bien cuando cede la palabra á la pasion, ó bien cuando se deja comprimir por la autoridad. ¿Qué se necesita, pues, para extirpar el error, que es el contrabando del alma humana? Despertar la razon y restablecer el poderio que por medio de la palabra ejerce. ¿Y por qué medio?—por la discusion.

La discusion es la higiene del pensamiento.

La discusion conserva la salud del alma, con tal que pueda apelar de la creencia engañosa á la creencia verdadera.

Cada vez que la inteligencia tropieza en la oscuridad encuentra cerca de si una mano salvadora que la restituye al imperio de la luz. Pero es indispensable que el salvador tenga la libertad de salvar; esto es, que la palabra le sea libre.»

Tal es el pensamiento; tal es la palabra. Mas para que desempeñen las altas funciones de su competencia, ¿qué se necesita? Una especie de sacerdocio; un ministerio que trasmita á la mayoría de los seres humanos lo mas puro, lo mas incontaminado del pensamiento, por medio de lo mas claro y persuasivo de la palabra. Tal es el elemento, la atribucion, el deber del escritor.

El escritor representa el génio de un pueblo; eleva y purifica la inteligencia de los que no han penetrado como él en los arcanos del espíritu; dirige moralmente la sociedad, y la transforma. El, es quien la conduce de progreso en progreso hasta un término que nadie es parte á fijar y que se pierde en las regiones de lo indefinido; en fin, el escritor es el que separa y desembaraza la idea del derecho, latente en todas las conciencias para colocarla en el poder, y deposita en sus manos los destinos de la humanidad.

¿Por qué reclamamos la libertad absoluta en favor del escritor? Justamente porque no es un agente libre. Si á la fuerza interior que lo impulsa y á la cual no puede resistir, añade el poder la fuerza exterior que lo comprime, lo encadena, como hace por ejemplo, la ley Necedal, el escritor es el mas infeliz de los hombres.

¿Y cuál es esa fuerza interior que le pone la pluma en las manos? La conviccion.

«Hay en la conviccion, dice Pelletan, un movimiento involuntario que anula el de la libertad, y por tanto abuelve de toda responsabilidad al que lo siente. No ha estado en su arbitrio descubrirlo; no está en su arbitrio ocultarlo. Cuando cree agarrarla, esa verdad le quema la mano, y la abre, aun exponiendo su vida. Hasta la cuchilla del verdugo se ha empleado para exterminar una idea: mas no por eso la idea ha renunciado á la palabra.»

Esta medalla tiene su reverso, porque nada hay perfecto en la humanidad. «Conocemos, dice el autor, génius independientes que cambian de creencias con la misma facilidad que de ropa blanca. No conocen otra verdad en politica que la diferencia entre lo caro y lo barato, y el que lee lo que escriben se siente impulsado á preguntárselos: ¿cuánto vais ganando? Hay una consideracion, sin embargo, que obra en su favor, y es que sacan de su talento el único partido á que se presta. No tienen otro que el de la domesticidad. La naturaleza los ha destinado á servir. Sirven y hacen su oficio.»

Esto, por supuesto, no se ha escrito para España.

JACINTO BELTRAN.

LA SUPRESION

del tráfico de esclavos africanos en la Isla de Cuba, examinada con relacion á su agricultura y á su seguridad.

CARESTIA DE LOS JORNALES.

III.

De cuantos motivos se alegan para continuar el contrabando africano, este es el único que tiene alguna apariencia de verdad; y no vacilo en confesar francamente que, al bajo precio en que se venden en Cuba los esclavos introducidos en Africa, el hacendado saca mas provecho del trabajo de ellos que del de libres jornaleros. Pero en la crisis á que han llegado las cosas, ¿se funda acaso ese provecho en una base firme y permanente? ¿No es, por el contrario, un bien fugaz y engañoso, una ilusion fatal, que sorprendiendo los sentidos, desconcierta la razon, y no la deja percibir sus verdaderos intereses? ¿Quién será el hombre sensato que prefiera ganar hoy diez para perder mañana toda su fortuna, y aun su vida y la de su familia, á contentarse con una ganancia menor, pero del todo segura, y por lo mismo trasmisible á su posteridad? Aun sin fijar la vista en el porvenir, y contrayendo la cuestion á solo el pecuniario interés del momento, yo demostraré que, á pesar de la carestia de los jornales en Cuba, bien puede continuarse ventajosamente la elaboracion del azúcar.

1.º En la sola enunciacion de las palabras *carestia de jornales* se descubre un sofisma que alucina, pues se toma como origen lo que no es sino efecto de los daños que produce el comercio de negros. ¿Por qué son caros en Cuba los jornales de los labradores? Porque hay pocos que se dedican al cultivo de los campos en clase de jornaleros. ¿Y de dónde proviene que haya pocos? Proviene de que no habiéndose necesitado nunca por estar provistos de esclavos todos los ingenios y cafetales, las personas libres que hubieran podido hallar ocupacion en ellos, han tenido que emplearse en tareas de otra clase. Luego la carestia de los jornales nace de la escasez de jornaleros; y la de estos, de la introduccion de esclavos africanos destinados al cultivo de los campos; luego mientras continúe el comercio de negros, continuarán tambien los mismos inconvenientes; y si se desea removerlos, es menester atacar el mal en su raiz. Los hechos vienen en apoyo de este raciocinio. En Puerto Principe de la isla de Cuba bajaron en 1841 los salarios de los labradores blancos con solo haber llegado de Cataluña 200 colonos; y alquilábase en aquella ciudad y en los campos de su jurisdiccion hasta por seis y siete pesos al mes.

2.º De que los jornaleros de brazos libres sean algo mas caros que el servicio de los esclavos, no se infiere absolutamente que sin ellos ya no se puede hacer azúcar. Para esto debería probarse que los jornales son tan crecidos, que necesariamente han de arruinar al hacendado; y mientras no se suministre esta prueba, la cuestion

cambia de naturaleza, viniendo á quedar reducida, no á la ruina inevitable del hacendado, sino á la mayor ó menor utilidad pecuniaria que momentáneamente sacará, segun que emplee, ya esclavos, ya jornaleros.

3.º Cuando se trata de decidir si alguna empresa es útil ó gravosa, no basta atender á uno solo de sus elementos; es preciso además que se pesen todas las circunstancias que puedan influir, bien sea de un modo favorable, bien contrario. Los hacendados que para calcular la utilidad de los ingenios solo toman en cuenta el valor de los jornales, parten de un principio equivocado, pues se figuran que, porque estos no sean baratos, ya no se podrá encontrar en ninguno de los otros elementos de la produccion ahorro alguno que compense su carestia. Afortunadamente hay en Cuba muchos medios á que se puede recurrir para balancear esta causa, causa que no se debe considerar como constante, sino meramente transitoria, pues con la afluencia de colonos se restablecerá muy pronto el equilibrio, y las cosas tomarán una marcha mas sentada. Los siguientes son algunos de los arbitrios que se pueden adoptar.

Aligérense, ó del todo suprimanse los impuestos que gravitan sobre el azúcar y otros frutos cubanos.

Eximárase de toda contribucion ciertos articulos de que el hacendado se sirve para el consumo de sus operarios.

Entiéndase igual proteccion á todas las máquinas é instrumentos que se puedan emplear en la agricultura, y en la elaboracion del azúcar.

Simplifíquense y perfeccionense las operaciones agrícolas é industriales de los ingenios, ya introduciendo máquinas, que reemplacen el trabajo de tantos negros como hoy se emplean, ya mejorando la calidad del fruto, ya aprovechando los desperdicios de que sabe sacar partido un buen sistema de economia.

Fácilitense, en fin, los medios de comunicacion, no solo construyendo caminos en toda la isla, sino rompiendo las trabas que impiden la libre navegacion de sus costas. Si en Cuba hubiera caminos, ¿cuán diferente no sería la suerte de sus hacendados! ¿cuánto no ahorrarian en el porte de sus frutos á los puntos de su embarque! Antes de la construccion del ferro-carril de la Habana á Güines, cuya distancia es de 12 leguas, los amos de los ingenios situados en aquel partido, pagaban por la conduccion de cada caja de azúcar á la capital 5 1/2 pesos fuertes, y á veces mas. Si un ingenio fabricaba 2,000 cajas, el porte de estas podría costar de 7 á 8 mil pesos; mas ahora, con el camino de hierro, se pueden ahorrar de 5 á 6 mil, cantidad bastante para mantener con mucha decencia una familia respetable.

Estas ideas se corroboran, observando lo que pasa en otros países, donde, aunque no se hace azúcar por jornaleros, sino por esclavos, el precio de estos es tan subido, que escede en mucho al importe de aquellos. En los ingenios de la Luisiana solamente se emplean esclavos, y su valor es tan alto, que sobrepuja al de los de Cuba en el triple, y aun mas (1). Pues á pesar de esto; á pesar de que el clima mata la caña, y que es preciso resembrarla anualmente; á pesar de su escaso rendimiento y de la mala calidad del azúcar, todavía esta ha podido competir en el mercado con la de la isla de Cuba; y ha podido, no por otra razon, sino por la facilidad de las comunicaciones, y por la proteccion que aquel gobierno supo dispensarle. Hágase otro tanto en Cuba, y sus ingenios subsistirán, sean cuales fueren los brazos que los sirvan.

Compensacion de la carestia de jornales se encuentra tambien en ciertas ventajas que ofrece el servicio de colonos blancos, y que en vano se buscarian en el de esclavos.

1.ª La mayor inteligencia de aquellos, y el mayor interés con que trabajan, les da gran preponderancia sobre los esclavos africanos.

2.ª Cuando una hacienda está servida por libres, si alguno de estos adquiere vicios, contrae alguna lesion, ó se vuelve perezoso en el trabajo, el hacendado puede despedirle, reemplazándole con brazos útiles, ó dejarle en su finca, haciendo un nuevo ajuste que le sea menos gravoso. Pero cuando los labradores son esclavos, el amo está condenado á sufrir los mismos gastos, sin poder disfrutar de los mismos servicios.

3.ª La indolencia, y á veces la perversidad de los esclavos, es causa de muchos quebrantos en un ingenio. El animal que se suelta y estropea el sembrado, el caballo que se pasma, el buey que se desnucan, la chispa que salta y quema el cañaveral, ó incendia todo el ingenio, son males que acaecerán con menos frecuencia, cuando las haciendas no estén entregadas á salvajes africanos. En estos últimos meses se ha visto en el ingenio San Francisco, de Hernandez, situado en la jurisdiccion de Matanzas, que los negros, en vez de apagar el fuego que se habia prendido, lo fomentaban, corriendo de un cañaveral á otro con haces encendidos de hojas secas de caña. Todo el ingenio, menos la casa de purga, fué devorado por las llamas.

4.ª Con la fidelidad y responsabilidad personal de los colonos blancos se evitan robos de azúcar y de viveres, que en un ingenio grande equivalen al año á centenares, y aun á millares de pesos.

5.ª Las enfermedades, fugas, capturas, bautismos, matrimonios y entierros, son gastos que recaen sobre el amo de los esclavos, y que, en una hacienda de cien negros, bien pueden calcularse por lo bajo de 500 á 600 pesos. Nada tendrá que pagar el hacendado, el día que emplee labradores libres.

6.ª Las sublevaciones de los esclavos llevan consigo pérdidas que no afectan al que se sirve de libres. El número de negros que perecen en la contienda, y los gastos del procedimiento judicial, ó las gratificaciones para

(1) De 1844 á 1858, el valor de los esclavos ha mas que duplicado en la Habana; y por consiguiente, el salario de los que se alquilan para las tareas del campo, ha crecido extraordinariamente.

impedirlo, son cargas que gravitan sobre el amo de los esclavos. Con la reciente conspiración, la pérdida de cada hacienda en la jurisdicción de Matanzas, se puede calcular en tres negros por término medio. Los severos castigos han inutilizado á muchos; y los grillos y la maza que se han impuesto á otros, ya por sentencia judicial, ya por voluntad de sus amos, privan á estos de su trabajo.

7.ª Por miedo al tráfico y á sus consecuencias, ¿no se han resentido considerablemente todas las haciendas, y señaladamente los ingenios y cafetales? ¿Y cuál no sería el valor á que subirían, si, en vez de esclavos, estuviesen servidas por brazos libres? ¿No hay muchos hacendados que tienen fondos en los bancos extranjeros? ¿No es verdad que esos capitales les rinden un interés muy bajo, respecto del que les producirían en Cuba? ¿No han perdido algunos millones de pesos con las quiebras de los bancos de los Estados-Unidos del Norte de América? Y todo esto ¿no es un grave quebranto, que están sufriendo por el fundado temor que les infunde la continuación del tráfico de negros? Yo ruego á los hacendados, que fijen la mente en estas consideraciones, y que, cuando computen el gasto que les ocasionan sus esclavos, nunca olviden aquellas pérdidas, ni el costoso seguro que están pagando á los países extranjeros.

Yo estoy tan íntimamente penetrado de los inmensos beneficios que ha de producir á Cuba la abolición del tráfico africano, que lejos de temer que con ella mengüen nuestros frutos, firmemente creo que aumentarán. Cerrada que sea la puerta á la introducción de esclavos, los colonos que vayan á Cuba, si se les deja, como siempre debe dejarse, la libre facultad de aplicarse á lo que quieran, se dedicarán á la profesion que mas ventajas les ofrezca. Pero entre tantas como Cuba presenta, la agricultura se llevará la preferencia, pues á ella convida la fertilidad de sus campos, y el premio con que paga las fatigas del labrador industrioso. Inculta yace todavía la mayor y mejor porción de las tierras cubanas; sus propietarios, imbuidos hasta aquí en el error de que sin negros no se pueden cultivar, y careciendo muchos de medios para comprarlos, ningún beneficio sacan de ellas. Con otro sistema de agricultura, estos propietarios no esperarían que Africa les enviase sus miserables labradores: pedirían los suyos á la culta Europa, y á la América; y con muy corto capital, y á veces sin ninguno, podrían destinar sus campos improductivos á las mas pingües cosechas. No faltarán entonces, si conocen que les conviene, quienes den algunas suertes al cultivo de la caña; y ora ñagan azúcar en grande, ora en pequeña cantidad, no por eso será menos cierto el provecho personal que saquen, y el público beneficio que dejen. Hay en Cuba, por desgracia, una prevención general contra la elaboración del azúcar en pequeño. Acostumbrados á ver grandes ingenios, parece á muchos que sin ellos ya no será posible fabricarla; pero en la India, en la China, y en otras partes del Asia, la caña se ha cultivado y cultivada en pequeño, y el azúcar se hace tambien en pequeño. En grande y en pequeño se elabora tambien en las colonias francesas. Martinica tiene para 60 ingenios grandes 355 muy pequeños. Mayor es el número de estos en Guadalupe, y mucho mayor todavía en Borbon. Esta isla contaba en 1858, según un estado presentado al gobernador de ella por el consejo colonial, los ingenios siguientes:

De 400 á 500 esclavos.	3
De 300 á 400 —	4
De 200 á 300 —	31
De 100 á 200 —	17
De 50 á 100 —	141
De 20 á 50 —	162
De 10 á 20 —	688
De 1 á 10 —	4063
Total.	5409

En Puerto-Rico tambien se fabrica en grande y en pequeño. Y Cuba misma, sin salir de su recinto, nos ofrece la demostración mas patente. ¿Cuál fué el origen del azúcar? ¿Cuántos negros hubo en los primeros ingenios de la Habana y Matanzas? Con ocho, con seis, y aun con menos, así empezaron esas haciendas, y sirvieron de modelo á las colosales que hoy se admiran. Y si nos paseamos por el interior de la isla, encontraremos hoy mismo en Puerto-Príncipe, Bayamo y otros puntos, muchos hacendados que con 5 ó 6 negros, no solo hacen azúcar, sino que al mismo tiempo destinan sus tierras á varias culturas y al pasto de ganados. ¿Por qué, pues, no se ha de poder reducir todavía á una esfera mas estrecha la siembra de la caña, y la elaboración del azúcar? ¿No lo está entre nosotros la del tabaco, y la de otras muchas semillas? Lejos de haber inconvenientes, se obtendrán grandes ventajas, porque cultivándose las tierras con mas economía y esmero, rendirán mas utilidad. El labrador, sin ocuparse exclusivamente en la caña, podrá dedicarse á otros cultivos; y no dependiendo su fortuna de una sola granjería, hallará en los otros frutos una compensación de las pérdidas que el envilecido precio del azúcar pudiera ocasionar. No se diga, pues, por mas tiempo que, para hacer mucha azúcar, es menester trabajarla en grande. Haya muchos que se empleen en ella, y nada importa que estén reunidos ó separados.

Cuando abogo por la producción del azúcar en pequeño, no es porque yo tema que sin esclavos no se haga en grande. Creo, por el contrario, que habrá propietarios que á ella se dedicarán, bien sea pagando jornales, bien limitándose á construir las fábricas y máquinas necesarias para su elaboración, y dejando á colonos el cuidado de cultivar la caña de su cuenta. Este último sistema se sigue en varios países, y casos habrá en que sea entre nosotros preferible al primero; porque dividida la tierra en pequeñas suertes, la cultura será mas perfecta: si el año es malo, ahorrará el hacendado los jornales, que de otra manera pagaría; y como el interés del colono no está limitado por un salario fijo, se empeñará en cultivarme-

mas de la mitad de los gastos que hoy hacen improductivamente, y que obtendrán de la caña un rendimiento doble del que hoy consiguen.

Así es como las colonias que Holanda tiene en Asia, han prosperado rápidamente en estos últimos años. Oigamos lo que dice un hombre digno de fe (1) «En Batavia, donde los propietarios son ricos, y han hecho establecimientos considerables, las propiedades que se componen de 500 acres y aun mas, están arrendadas por chinos que residen allí. Estos subdividen las propiedades en suertes de 50 á 60 acres, y las subarriendan á trabajadores libres, bajo la condición de sembrarlas de caña; los cuales reciben una cantidad determinada por cada *pecul* de azúcar que producen. De este modo, el arrendador sabe con certeza lo que le costará cada *pecul*; no necesita de inquietarse pensando en el trabajo que otros han de hacer; y cuando la caña está en sazón, operarios empleados al efecto vienen á cortarla y á conducirla al molino ó trapiche. Entonces no quedan en la hacienda, durante siete meses del año, sino los labradores que preparan la cosecha siguiente.»

En la isla de Java tambien están separadas las funciones de agricultor y de fabricante. Cultivase allí casi toda la caña de cuenta del gobierno holandés (2), quien la da á los fabricantes para que la muelan; y estos por un precio moderado le entregan despues el azúcar elaborada.

Porter refiere tambien lo que sucede en las Indias orientales. «A veces, dice, el fabricante compra directamente las cañas al labrador; otras, este recibe por ellas, según el convenio que hace, una parte del producto. Este es de dos tercios, si el labrador lleva la caña al molino; pero si su parte es de cuenta del fabricante, entonces solo se le da la mitad. Hay casos en que el labrador recibe una parte de los productos accesorios, el ron por ejemplo; pero esto no es lo comun: semejantes pormenores son objeto de convenios particulares.»

En las provincias de Málaga y Granada las fábricas y los molinos no pertenecen á los que cultivan la caña. Del azúcar que se hace se paga al fabricante la mitad en unas partes, y en otras una porción diferente. Por lo menos, así era cuando en 1855 viajé por aquellos puntos de España.

Aunque en las colonias francesas, lo mismo que en Cuba, las funciones de agricultor y fabricante están reunidas bajo de una sola mano, hay, sin embargo, casos en que, si un hacendado francés no puede acabar su cosecha por cualquier accidente, lleva el resto de la caña al ingenio de su vecino, quien la muele por la mitad del producto. Lo mismo hacen algunos hacendados hortelanos (*habitants vivriers*; en Cuba *sitieros*) que cosechan caña, pues muelen en el ingenio mas inmediato la porción que les queda, dando la mitad del azúcar elaborada (5).

Finalmente, en las Antillas inglesas empieza ya á introducirse este sistema; y en Santa Lucia está ya establecido. Una de las ventajas que produce, es el ahorro de capitales en la elaboración del azúcar. La comisión nombrada por el gobierno francés para examinar las cuestiones relativas á la esclavitud y á la constitucion política de sus colonias, se expresa en los términos siguientes por el órgano respetable del duque de Broglie, su digno presidente, y autor del informe presentado á aquel gobierno en Marzo de 1845.

«En efecto, si debemos atenernos á los hombres de la profesion; á los hombres experimentados en semejantes materias, ilustrados por los inmensos progresos que ha hecho entre nosotros la industria del azúcar indigena (de remolacha), una fábrica bien montada, cuyos edificios son de un tamaño regular, y las máquinas de una fuerza media, puede elaborar fácilmente cada año de uno á dos millones de kilogramos de azúcar. La Martinica fabrica anualmente casi 24 millones, y la Guadalupe casi 37. Veinte fábricas, pues, bien montadas, bastarian cumplidamente á la Martinica, y 50 á la Guadalupe. La primera tiene hoy 494 ingenios y la Guadalupe 518; en otros términos, existen en cada colonia tantas fábricas, cuantas son las heredades en que se cultiva caña. Desde luego salta á la vista la considerable pérdida que debe causar semejante estado de cosas. ¿Qué cuantiosa suma de *capital fijo* debe hallarse absorbido *inútilmente* en terrenos, edificios, máquinas y aparatos de toda especie! ¿Qué enorme cantidad de *capital circulante* debe hallarse *inútilmente* disipada cada año en reparacion, en conservacion, en salarios personales y en gastos generales de toda clase! ¿Qué enorme cantidad de trabajo humano en cada hacienda debe sustraer *inútilmente* la fabricacion á la laboranza!—Renuncien, pues, en fin, los hacendados á este sistema ruinoso y añejo, entiéndanse entre sí, asociense en grupos de 20, 50, 40, mas ó menos, reúnan su crédito y sus capitales para sustituir á esa muchedumbre de fábricas dispendiosas y mezquinas, de *trenes* anticuados, en que todavia hoy hacen el azúcar como se hacia 150 años há, un corto número de fábricas bien situadas, bien consruídas, provistas de todos los aparatos que la ciencia ha inventado, y la industria ha perfeccionado. Para esto bastará una reunion de capitales que no exceda de algunos millones de (*francos*) en cada colonia.»

El autor del informe, cuyas palabras he trascrito, dice que si los hacendados de las colonias francesas, para instalar las nuevas fábricas, y dirigir la elaboración del azúcar según el método que hoy se emplea, mandan á buscar á Europa algunos centenares de buenos obreros inteligentes en la fabricacion del azúcar de remolacha, no solo podrán restituir al cultivo los vastos terrenos ocupados por edificios inútiles, sino que ahorrarán anualmente

(1) Porter, *On the culture of sugar cane*.
 (2) No pertenece al gobierno el cultivo de la caña, ni tampoco la propiedad del azúcar, en las tierras libres repartidas por los ingleses durante su dominacion en aquella isla. Los propietarios indigenas que no han sido depuestos, tambien conservan el derecho de cultivar caña, hacer azúcar y venderla libremente.—*Java, Singapore et Manille*; par Maurice d'Argout. Paris, 1842.
 (3) *Question coloniale sous le rapport industriel*; par Paul Daunberg. Paris, 1841.

mas de la mitad de los gastos que hoy hacen improductivamente, y que obtendrán de la caña un rendimiento doble del que hoy consiguen.

Aunque la perspectiva no sea tan risueña para los hacendados de Cuba, porque no se hallan en tan tristes circunstancias, pueden, sin embargo, alcanzar grandes ventajas, y muchas mas todavia los que en lo sucesivo se dediquen á la granjería del azúcar, pues que no han hecho los gastos que hoy gravitan sobre los actuales amos de ingenios.

Aquí pudiera levantar la mano, y cerrar la primera parte de este papel; pero no debo proseguir, sin antes desvanecer ciertas dudas y temores que pudieran asaltar á algunos que, deslumbrados con lo que pasa en las colonias inglesas, teman ligeramente iguales consecuencias entre nosotros, si se pone término á la *trata*. Un momento de reflexion bastará para disipar estos temores, y tranquilizar los ánimos atribulados. En aquellas colonias, la ley de emancipacion ha introducido una novedad esencial, y cambiado enteramente la posicion de los hacendados; mas en Cuba, como que no se trata de EMANCIPAR LOS ESCLAVOS, sino solo de ABOLIR EL CONTRABANDO AFRICANO, es inconcuso, que no se pueden aplicar á ellos mismos resultados. En las colonias inglesas, las tierras no son tan fértiles como en Cuba, y siendo muy desiguales los productos, las circunstancias en que el hacendado inglés se pierde, el cubano se enriquece. Lo que si debe llamar fuertemente la atencion, es que todas las dificultades con que ahora lucha el colono británico, son efecto de la ley de emancipacion, ó mejor dicho, de la precipitacion con que se dictó, pues no se tomaron medidas que asegurasen, ó los mismos brazos que hasta entonces se habian empleado, ú otros nuevamente introducidos. De aquí nació, que en muchas islas los negros abandonaron á millares las haciendas, para establecerse en las ciudades, ó trabajar de su cuenta en tierras que compraron muy baratas. La escasez repentina de brazos produjo la carestia repentina de salarios, y esta carestia, las consecuencias que hoy se deploran. Pero las islas donde no hubo ese trastorno, ni esa dislocacion de brazos de los campos á los pueblos, esas han seguido una marcha firme, y aun aumentado sus productos.

En Antigua, la producción de azúcar de 1827 á 1853, últimos siete años de esclavitud, ascendió á un millón 9,851 quintales; mas en los siete primeros de completa libertad, esto es, de 1854 á 1860, llegó á un millón 258,750. En las Barbadas tambien se ha fabricado mas azúcar despues de la emancipacion que antes de ella. La isla Mauricio exportó en los ocho últimos años de esclavitud, contados desde 1826 á 1853, la cantidad de 158,677,040 kilogramos de azúcar, y en los ocho primeros de libertad, á saber desde 1854 á 1861, 254,008,207 kilogramos. Verdad es, que entraron bastantes colonos en este periodo; pero el aumento de azúcar no ha sido proporcional á su número, y aun cuando lo hubiese sido, esto siempre probaria que la emancipacion no ha sido funesta en Mauricio. Y si tal es el próspero resultado que nos presentan algunas de las colonias inglesas que han pasado por la prueba difícil de la emancipacion, ¿cuál no será el de Cuba, que se halla en pleno goce de todos sus esclavos? Este es el punto cardinal de la cuestion, y en cerráramos dentro de sus limites, probaré, que en las colonias inglesas y francesas se hizo mas azúcar despues de la abolición del TRAFICO DE NEGROS que antes de ella.

El gobierno inglés prohibió el comercio de esclavos de Africa en 1807; y sus colonias de las Indias occidentales exportaron en los seis años anteriores las siguientes cantidades de azúcar:

Años.	Kilogramos.
1801.	208,838,734
1802.	230,712,160
1803.	163,822,400
1804.	165,681,040
1805.	163,646,280
1806.	205,630,072

Total. 1,138,390,736 (1)

Despues de *abolido el tráfico*, continuaron los colonos ingleses en la posesion de sus esclavos hasta el año de 1854. Veamos ahora el azúcar que exportaron en los tres sexenios, ó sea en los 18 años que precedieron á la emancipacion.

Años.	Kilogramos.	Años.	Kilogramos.	Años.	Kilogramos.
1817	186,837,495	1823	191,619,752	1829	210,879,946
1818	191,713,746	1824	199,324,941	1830	198,715,749
1819	198,405,128	1825	177,795,049	1831	208,387,222
1820	191,413,077	1826	203,243,193	1832	192,163,961
1821	198,395,784	1827	180,315,616	1833	185,631,877
1822	174,432,398	1828	219,035,975	1834	195,210,711
2,141,197,628		1,172,931,526		1,190,990,566 (2)	

Aparece, pues, de estos estados que las colonias de la América inglesa, á pesar de no haber recibido esclavos de ningún país del mundo, ni colonos de ninguna especie, aumentaron la producción del azúcar con solo el trabajo de los negros que les quedaron despues de *abolido el tráfico*.

Si de las colonias británicas pasamos á las francesas, cuales son la Martinica, Guadalupe y sus dependencias, Guayana y Borbon, encontramos un resultado igualmente satisfactorio. La *trata clandestina* no cesó en ellas hasta 1852; y comparando la exportacion de su azúcar, en los siete años anteriores, con los siete que siguieron, se obtiene la prueba mas concluyente.

(1) Este estado, que se sacó de los registros de la aduana de Londres, se halla en el *Rapport sur les questions coloniales*, por Jules Lechevalier, impreso en la imprenta real de Paris, en folio imperial, por orden del ministro de Marina y Colonias de Francia.
 (2) Este estado se publicó por orden del Parlamento, y se insertó haciendo la reduccion de quintales á kilogramos, en el informe citado del duque de Broglie.

Años.	Kilogramos.	Años.	Kilogramos.
1825	53.616,523	1832	77.307,799
1826	73.266,291	1833	75.597,243
1827	65.828,406	1834	83.049,141
1828	78.474,978	1835	84.249,890
1829	80.996,914	1836	79.326,022
1830	78.675,558	1837	66.535,563
1831	87.872,404	1838	86.992,808
518.731,074		553.058,466 (1)	

Queda, pues, demostrado, que las colonias francesas hicieron en el segundo septenio de 1832 á 1838, 54.527,392 kilogramos mas que en el primer septenio de 1825 á 1831, en que aun se introducian negros en Africa (2).

Pero supóngase que sin la introduccion de nuevos esclavos africanos no sea posible sembrar caña ni en grande ni en pequeña. Dos consecuencias resultarían de aqui: una, que no por eso se atrasará la agricultura cubana, pues se emprenderán nuevos cultivos, y se extenderán y perfeccionarán los ya establecidos. Además, en el estado de abatimiento en que se halla el precio del azúcar, y en la rápida extension que este ramo está tomando en el Asia y otros países, no es acertado continuar en Cuba como hasta aqui, lanzándose á ciegas en la construcción de tantos y tan costosos ingenios. La prudencia aconseja que se haga una pausa para dar tiempo á que aclare el horizonte, dedicándose á otros cultivos, que sin necesitar de tan considerables capitales, dejen un provecho mayor y mas seguro.

La otra consecuencia es, que la abolición del tráfico, lejos de perjudicar á los actuales hacendados, debe serles favorable. Favorable, digo, porque no tratándose de privarles de sus esclavos, continuarán con sus ingenios, mientras á los demás habitantes se les impide hacer otros nuevos. De esta manera, siendo ellos solos los que pueden producir azúcar, pues que, segun su falsa creencia, no se puede hacer sin esclavos, se establece, por decirlo así, un monopolio en su favor, cuyo efecto necesario ha de ser el alzamiento de precio de aquel fruto: y tanto mas alto será, cuanto este monopolio no se circunscribe á la isla de Cuba, sino que se extiende á todas las colonias inglesas; porque si es verdad que en las Antillas no se puede hacer azúcar sin esclavos africanos, abolida ya la esclavitud en las británicas, y estando para abolirse en las francesas, claro es que quedará un vacío enorme en la producción del azúcar, vacío que llenarán en parte los actuales hacendados de Cuba, sacando grandísimo provecho. Aun les resultará otra ventaja, y es que, cesando el contrabando africano, los esclavos existentes adquirirán una estimación considerable, y el hacendado que haya empleado en ellos 20,000 ps.; por ejemplo, dentro de muy poco tiempo verá duplicar y aun triplicar su valor. Así ha sucedido en la Luisiana, donde hay esclavos que se venden hasta en 2 y 3,000 pesos.

Pero te engañas, replicarán: dentro de breves años perecerán nuestros esclavos, y nuestra ruina es inevitable. ¡Vanos temores! La historia de lo que ha pasado en los países donde hace mucho tiempo que se prohibió el comercio africano, y donde las leyes han sido observadas sobre este particular, debe infundir aliento á nuestros temerosos compatriotas. Abriendo esa historia, sus páginas nos descubren una verdad importante. Esta es, que si en unas partes ha disminuido la población esclava, en otras ha aumentado; y que esta misma disminución ha sido tan pequeña, y tan dependiente de causas que hubieran podido evitarse, que no hay riesgo que comprometa la fortuna del hacendado.

DIMINUCION GENERAL DE LOS ESCLAVOS EN LAS COLONIAS INGLESA DE AMERICA.

Muy importante seria saber el número de esclavos que estas tenían al tiempo de la abolición del tráfico, pues comparando entonces los estados de aquella época con los posteriores, se formaría un cuadro completo. Pero no existiendo tan preciosos documentos, me reduciré á establecer una comparación entre los primeros censos que se hicieron despues de abolido el tráfico, y los últimos que se publicaron antes de la emancipación.

Colonias.	Años.	Esclavos.	Años.	Esclavos.
Antigua.....	1817	32,269	1831	29,537
Barbadas.....	1817	77,493	1832	81,500
Bermudas.....	1822	5,242	1831	3,915
Berice.....	1818	24,549	1831	20,645
Demerara y Esequibo.....	1817	77,867	1829	69,467
Dominica.....	1817	17,959	1831	14,232
Granada.....	1817	28,029	1831	23,604
Jamaica.....	1808	323,827	1829	322,421
Montserrat.....	1817	6,610	1828	6,262
Nieves.....	1817	9,602	1831	9,142
San Cristóbal.....	1817	20,158	1831	19,085
Santa Lucía.....	1815	16,285	1831	13,348
San Vicente.....	1817	25,218	1831	22,997
Tabago.....	1819	15,470	1832	12,090
Trinidad.....	1808	21,985	1831	21,302
Las Virgenes.....	1818	6,899	1828	5,399
Bahamas.....	1822	10,888	1831	9,705
		720,360	684,652	

Esta tabla indica una disminución de 53,708 esclavos. Mas, ¿deberá considerarse como el exponente verdadero de la mortandad? Para no caer en graves errores, es preciso rebajar el número de libertos que ha habido entre las dos épocas; pues es innegable que, no habiendo perecido, sino pasado á otra clase, no pueden contarse en el número de esclavos muertos. Nada diré de los libertos que hubo en Jamaica desde 1808 hasta 1817, y en la isla de Trinidad desde el mismo año de 1808 hasta 1815, por-

(3) *Notices statistiques sur les colonies francaises*, imprimées par ordre du ministre de la marine et des colonies. Appendix á la 4^a partie. Paris, 1840.

(4) Las mismas colonias francesas exportaron:
En 1839. 87,664,893 kilogramos.
1840. 75,545,696
1841. 85,850,825

que no he podido encontrar ningun dato ni noticia; y aunque pudiera calcular aproximadamente este número, prescindiré de ello, pues de este modo se conocerá mejor cuán distante estoy de incurrir en exageraciones. Contrayéndome, pues, á los años posteriores, esto es, empezando á contar desde 1815 para unas colonias, y desde 1817 para otras, y sin pasar nunca de 1852, resulta que hubo 49,382 libertos. Rebajándolos del total 720,560, quedan 700,778, cuya cantidad, comparada con la de 684,652, da una diferencia de 16,126, que es el exponente verdadero de la mortandad. He dicho que los esclavos ascendieron, segun los primeros censos, á 720,560; y como la mortandad que hubo desde entonces hasta la formación de los últimos, fué de 16,126, aparece que la disminución solamente ha sido en todo este intervalo de 2 y 25 centésimos por ciento; número que, si se prorratea entre cada uno de los 17 años transcurridos, viene á dar 15 centésimos, fracción insignificante en cálculos de esta especie.

Mas, por corta que sea esta disminución, aun pudo ser menor, ó no haberla habido absolutamente, si todos los hacendados hubiesen puesto mas empeño en la administración de sus heredades; pero entregándolas muchos al cuidado de administradores, y retirándose á vivir en Europa, los esclavos sufrieron lo que la presencia del amo no hubiera permitido. Observaré tambien, que casi todas las colonias que han tenido mas mortandad son cabalmente aquellas donde se ha recargado á los esclavos de un trabajo excesivo. ¿No es verdad que si se hubiera adoptado otro sistema la disminución habria sido casi nula? ¿No hubieran podido aumentar tambien los esclavos? Cuando en algunas colonias ha sucedido así, no hay razon para negar que en las demás pudiera haber sucedido lo mismo.

AUMENTO QUE HAN TENIDO LOS ESCLAVOS EN VARIAS COLONIAS, DESPUES DE ABOLIDO EL TRAFICO.

Empezando por las francesas, dice una autoridad irrecusable (1): «La abolición de la trata, suprimiendo todo reclutamiento exterior, ha hecho mucho en favor de la población negra: ha sido preciso tratarla mejor, tener gran cuidado con las mujeres en cinta y con los niños pequeños. Así es que esta población, que hasta poco ha disminuía cada año casi un 5 por 100, hoy se mantiene naturalmente, y aun parece que ya empieza á aumentarse.»

Entre las colonias británicas hubo algunas que, aunque en la apariencia tuvieron disminución, en realidad sucedió lo contrario. Cuando Inglaterra proscribió el tráfico en 1807, Jamaica contaba 519,531 esclavos. Mas á cuánto ascendió su número segun los censos de 1829? A 522,421; es decir, que en vez de haber disminuido en los 22 años corridos, hubo aumento de mas de tres mil esclavos. Diráse que proventría de los que se introdujeron en Africa en todo el año de 1807, pues la prohibición no empezó á tener fuerza hasta 1808. Aun concediendo esto, siempre se obtiene un dato muy satisfactorio, porque habiendo llegado los esclavos en 1808 á 525,827, todavia en 1829 su número no bajó de 522,421, ó lo que es lo mismo, su disminución en los 21 años fué solamente de 4,406. Pero si se atiende á los que adquirieron la libertad durante ese período, y á los que fueron llevados á otras islas, entonces se llega á diferentes resultados. Yo no he podido averiguar á cuánto subió el número de unos y otros en los primeros 9 años de la abolición del tráfico; pero empezando á contar desde 1817 hasta 1829, aparece que en estos 12 años hubo 735 exportados y 6,050 libertos, ó sea un total de 6,785. Es, pues, claro, que la muerte por sí sola no fué bastante á menguar la población esclava, y que sin las manumisiones y exportaciones, habria llegado en 1829 á 529,206; esto es, á 5,579 mas que en 1808.

De los censos de la isla de Dominica en 1817 y 1826 consta que en la primera época hubo 47,959, y en la segunda 43,592. Esta diferencia no fué causada por la muerte, pues habiéndose libertado 400 esclavos en los 9 años transcurridos, y exportándose á otros países 2,482, estas dos cantidades, reunidas á los 43,592, dan la suma de 47,974, suma á que habrían llegado los esclavos en 1826, á no haber sido por las manumisiones y exportaciones; y aunque de ellas se rebajen 4 negros que fueron introducidos de otras islas en dichos nueve años, siempre queda para 1826 un total de 47,970, ó sean 41 esclavos mas que en 1817.

En este mismo año contaban las Barbadas 77,495 esclavos; mas en 1829 ya se habían elevado á 81,902. Este aumento no puede atribuirse á las importaciones de otras colonias inglesas, puesto que en el intervalo de los doce años solamente se introdujeron 91 esclavos, y rebajados que sean, queda todavia un total de 81,814. Si á él se agregan los 4,400 libertos y los 248 exportados que hubo en aquellos 12 años, resulta para 1829 la suma de 85,439, ó sea un aumento de 3,966.

Las islas de Bahama tenían en 1825, 9,284 esclavos; mas en 1851 llegaron á 9,705. Todo este aumento provino de la reproducción natural, pues los nacidos durante este tiempo escedieron en gran número á los muertos y libertos.

Los ingleses se apoderaron por segunda vez del cabo de Buena-Esperanza en 1806, cuya colonia tenía entonces 29,419 esclavos. Cesó el tráfico, y su número se ha ido aumentando en virtud de su propia reproducción. En 1810 habia 50,421, y en 1855 llegaron á 55,622, sin contar con los prófugos y libertos que hubo en todo ese intervalo.

A los Estados-Unidos se les computaron en 1770, 580,000 esclavos, y los censos hechos despues de la

(1) Rapport fait au ministre de la marine et des colonies francaises par la commission instituée pour l'examen des questions relatives á l'esclavage, p. 131.—Paris 1843.

independencia prueban el rápido incremento que han tenido.

En 1790	697,897	En 1820	1,543,688
1800	893,041	1830	2,009,043
1810	1,191,364	1840	2,847,355

Aparece, pues, que el aumento de los esclavos

De 1790 á 1800	fué de	por ciento.
1800	1810	de 33.40
1810	1820	de 20.57
1820	1830	de 30.75
1830	1840	de 23.81

Diráse empero que en Cuba, en vez de aumentar, los esclavos menguarán, y que su disminución no será tan pequeña como en algunas colonias inglesas, puesto que los sexos no se hallan en la debida proporción. No negaré, que si estuviesen balanceados como en aquellas, la reproducción seria mayor de lo que podrá ser; pero aun con esta desventaja, creo que si su número no se aumenta, puede muy bien conservarse. No es por cierto la desproporción de los sexos la que ha disminuido los esclavos en algunas colonias. El exceso de trabajo y la falta de cuidado, estos son, si no los únicos, por lo menos los motivos principales de su mortandad. Por eso es, que examinando los estados de la población esclava, se encuentran algunas colonias, en que habiendo más hembras que varones, los esclavos sin embargo han disminuido; y por el contrario, otras en que han aumentado á pesar de haber menos hembras.

DIMINUCION DE LA POBLACION ESCLAVA CON MAS HEMBRAS QUE VARONES; Y AUMENTO, CON MAS VARONES QUE HEMBRAS.

Quando en las colonias francesas menguaba constantemente la población esclava, Martinica y Guadalupe tenían mas hembras que varones. Así consta del censo de 1855, con respecto á los esclavos de 14 á 60 años.

	Varones.	Hembras.
Martinica.	23,435	25,398
Guadalupe.	30,618	31,432
Total.	53,453	56,880

Acerca de las colonias inglesas, he formado la tabla siguiente.

Años.	Varones.	Hembras.	Total.	Años.	Total.	
Granada.	1817	13,737	14,292	28,029	1831	23,604
Montserrat.	1817	3,047	3,563	6,610	1828	6,262
Nieves.	1817	4,685	4,917	9,602	1831	9,142
San Cristóbal.	1817	9,685	10,483	20,168	1831	19,085
Santa Lucía.	1815	7,394	8,891	16,285	1831	13,348
Bermudas.	1822	2,620	2,622	5,242	1831	3,915
Tabago.	1819	7,633	7,837	15,470	1832	12,090
Virgenes.	1818	3,231	3,668	6,899	1828	5,399
Antigua.	1817	15,053	17,216	32,269	1831	29,537

Lo contrario ha sucedido en los Estados Unidos. En 1820, tenían 4,545,688 esclavos, á saber: 732,725 hembras, y 790,963 varones. Mas á pesar de la preponderancia de estos, el total de esclavos en 1820 pasó de dos millones, y hoy escede de dos millones y medio.

En el cabo de Buena Esperanza, el número de varones siempre ha sido muy superior al de las hembras; pero esto no ha impedido que los esclavos hayan aumentado por sola la reproducción.

	Varones.	Hembras.	Total.
En 1806 hubo	18,956	10,163	29,119
1810	19,821	10,600	30,421
1833	19,378	14,244	33,622

Aún hay colonias donde, á pesar de haber disminuido la totalidad de los esclavos, su número, sin embargo, creció en unas haciendas, mientras menguó en otras. Deméara, antes de la emancipación, ofrece casos muy particulares, y con ellos se prueba incontestablemente, que la mortandad de los esclavos procede en gran parte del modo con que se los trata. En las haciendas de crianza de ganado fué de 2, y aun de 1 1/2 por 100; en los cafetales, de 3 1/10 por 100; en algunos ingenios, de 3 1/2 por 100. Pero en los algodonales, en vez de disminuir, tuvieron un aumento de 4 1/16 por 100; siendo de notar, que mientras en estas últimas haciendas los varones excedían á las hembras en mas de 5 por 100, en los ingenios las hembras excedían á los varones en la misma proporción. Demuéstrase, pues, cómo no es la preponderancia del sexo femenino la que aquí influyó en el incremento de los esclavos, porque cabalmente hubo disminución donde habia mas hembras, y aumento donde mas varones. Ingenios hubo en aquella misma colonia, y tales son los del partido de *Ana Regina*, donde siendo el número de varones mayor que el de las hembras, los esclavos tuvieron en los años de 1829, 1850 y 1851, un aumento de 2 por 100.

Y sin andar buscando ejemplos extraños, la misma isla de Cuba nos dá una lección importante. Haciendas de primer orden hay allí, y yo pudiera mentarlas, en las que, á pesar de la desproporción de los sexos, los esclavos han aumentado sin nuevas introducciones. En general, la mortandad anual de las haciendas, es menos que en tiempos anteriores, pues los hacendados, entendiendo ya mejor sus intereses, están persuadidos de que el modo de producir mucho, es tratar bien á sus esclavos. ¿Qué habitante de la isla de Cuba no se alegra al contemplar el cambio feliz de la opinión, de algunos años á esta parte, y que á él debe atribuirse la grande diferencia que se toca entre la mortandad de hoy y la de los tiempos pasados? Y mas grande podrá ser todavia, si se reflexiona que, recayendo casi todas las pérdidas sobre los negros recién importados, se disminuirán considerablemente con la abolición del tráfico, pues aclimatados los unos, y nacidos en el país los otros, están exentos de los peligros que corren los nuevamente introducidos.

Considerando, pues, las cosas en su curso ordinario, no hay temor de que mengüen los esclavos; pero aun cuando menguasen, esto no puede comprometer la fortuna de ningún propietario. Si la mortandad fuese de un golpe, entonces sí podrían ser muy dolorosas sus consecuencias; mas, como en caso de haberla, no ha de venir sino con mucha lentitud, sobrado tiempo queda, y sobrada facilidad hay para reponer sin ningún quebranto las levisimas pérdidas que vayan ocurriendo. ¿No fueron muy graves las causadas por el cólera en 1835? ¿Cabe alguna comparación entre la muerte repentina de tantos negros, y la lenta cuanto incierta disminución que el fin de la trata pudiera producir? Y si pudimos salvarnos de aquel terrible naufragio, ¿con cuánta mas confianza no debe abrirse nuestro corazón a un venturoso porvenir? Si pérdidas puede haber, serán pérdidas pequeñas, insignificantes, ó mejor dicho, aparentes. Quizas, que no lo temo, dejarían de hacerse por dos ó tres años un corto número de cajas de azúcar; pero si tal fuere, ellas serán la ofrenda mas aceptable que quemaremos en las aras de la patria, para alcanzar nuestra salvacion.

Yo he probado que ni la calidad del trabajo de los ingenios, ni el clima de Cuba, ni la carestía de los jornales en ella, pueden servir de pretexto para continuar el comercio africano, ni menos impedir la colonización de labradores blancos. He probado también que en las colonias inglesas y francesas, la producción del azúcar ha crecido despues de la abolición del tráfico de esclavos; y he probado, por último, que, si estos han sufrido en algunos países una lenta y casi imperceptible disminución, en otros han aumentado, á pesar de la desproporción de los sexos, y que lo mismo puede suceder en Cuba si se adoptan medidas conservadoras. Pero, aun suponiendo que ninguna de estas cosas sea lo que es; aun suponiendo que, sin nuevos esclavos africanos, Cuba ya no pueda adelantarse, ni tampoco sostener el rango que hasta aquí ha ocupado en la escala de los pueblos agricultores, tal es la fuerza irresistible de las circunstancias, que España se halla en el dilema, ó de acabar para siempre con el contrabando de negros, ó de comprometer la existencia de la mas hermosa de sus colonias. Y este punto interesante, elevando la cuestión á una esfera política, formará el complemento de este papel.

JOSÉ ANTONIO SACO.

ECONOMISTAS MODERNOS.

ARTICULO II.

Entre los economistas cuyas doctrinas analiza el autor de la obra que anunciamos con mayor esmero y detención, el ilustre inglés Ricardo Cobden debía ocupar, y ocupa en efecto, un lugar distinguido. La obra inmensa que inició y consumó este hombre, no solo lo coloca á la cabeza de los grandes reformadores, sino en el número de los mayores bienhechores de la humanidad. Cobden no es, sin embargo, un economista en el verdadero sentido de esta palabra. Sus miradas no han abrazado toda la extensión de la ciencia que abarca tantas y tan complicadas cuestiones en las obras de los grandes maestros. Ha escrito poco, y no ha escrito mas que sobre un solo asunto. Nada sabemos de sus opiniones sobre materias de crédito y circulación, sobre el precio regulador de los productos, sobre las relaciones mútuas del capital y del trabajo, sobre la ley de población de Malthus, ni sobre otras muchas cuestiones debatidas por Smith, Say, Ricardo, McCulloch, Mill y otros insignes escritores; cuestiones muchas de las cuales están todavía *sub judice*, y que han dado origen á escuelas inconciliables. Mas diremos; fuera de ese asunto especial y único que tomó con tanto empeño, que ilustró con tan sana doctrina y tan triunfadora elocuencia, y que llevó á cabo con éxito tan completo y brillante, Cobden, en su calidad de legislador y de hombre público, ha desmerecido notablemente en la opinión de sus compatriotas. Como miembro de la Sociedad de la Paz, fundada en Manchester por su colega y amigo Bright, ha llevado hasta un extremo, que raya en lo ridículo, las doctrinas de aquella sofística, aunque benévola y bien intencionada institución. Para proclamar el principio de *paz á toda costa*, no podía escogerse momento mas inoportuno que el reinado de Napoleón III en Francia. Cuando se fabricaban en Cherbourg los famosos muelles, desde los cuales podrían embarcarse 40,000 hombres en el espacio de una hora; cuando los coroneles franceses escribían al emperador, invitándolo á que armase una expedición contra Inglaterra; cuando el emperador les respondía dándoles gracias por su celo y patriotismo, Cobden no se cansaba de aplaudir las intenciones humanas del gobierno imperial, y de poner en las nubes la mansedumbre, la abnegación política, las intenciones pacíficas y conciliadoras del jefe del imperio. No fueron parte á desengañarlo la intervención de los franceses en Italia, la usurpación de la Saboya, los enormes armamentos marítimos que en todos los puertos del imperio se hacían, la frustrada expedición de Siria, ni el lenguaje destempladamente hostil, de que, contra la Gran-Bretaña, hacían constantemente uso los escritores pagados é inspirados por Luis Napoleón. No se habló una sola vez en el Parlamento de alguno de estos excesos, sin que Cobden se irritase contra los que en ellos descubrían lo que para nadie era un secreto. Llegó la hora de reconocer los peligros que amenazaban la seguridad y la dignidad de Inglaterra, y la nación, identificada con su gobierno, pensó seriamente en defender su territorio, y en dar una lección severa á los que intentasen invadirlo. Formóse, por un movimiento espontáneo de la población entera, esa formidable milicia voluntaria, que es en la actualidad uno de los ejércitos mas disciplinados y mejor organizados del mundo. Pidió el gobierno, y el Parlamento le concedió, inmensas sumas para el aumento de la marina y la defensa de las costas. Una sola voz se alzó con-

tra estos esfuerzos del mas noble y enérgico patriotismo, y fué la de Cobden. En una célebre sesión de la Cámara de los Comunes, en que lord Palmerston pintó con los mas vivos colores todos los inconvenientes, todos los peligros, todos los embarazos que circundaban á la nación, aludiendo discretamente á la probabilidad de la guerra, Cobden tomó la palabra, y en uno de los discursos mas destemplados que jamás se han pronunciado en aquel recinto, atacó personalmente al primer ministro con el mayor encarnizamiento y con las frases mas irrespetuosas y denigrantes. Cobden está intimamente convencido de que en la política del actual emperador de los franceses no hay el menor pensamiento de engrandecimiento ni de ambición. En su sentir, aquel personaje es el amigo mas sincero de la Gran Bretaña, el promotor mas celoso de la paz universal, el mas ardiente partidario de la independencia de las naciones. Si se adoptasen sus consejos, Inglaterra podría estar segura de todo ataque exterior, aunque no tuviese un buque de guerra en la mar ni un cañón en sus fortalezas. Mil veces ha reconvenido públicamente al gobierno porque no desarma la escuadra y no licencia el ejército. Su infortunio favorable al emperador lo lleva hasta el punto de aprobar el despotismo bajo cuyo peso gime la Francia, fundándose en el manoseado argumento, que los franceses gozan hoy toda la libertad de que necesitan, y de que pueden hacer un uso prudente.

Pero si, en consecuencia de este extravío mental, la popularidad de Cobden, como orador, como legislador y como hombre público, ha decaído notablemente en Inglaterra, no por esto desconoce su patria el inmenso beneficio que recibió de sus manos, ni las grandes prendas morales é intelectuales que ostentó en su lucha contra las leyes sobre importación de granos. No hay clase social en aquella nación, no hay ramo alguno de producción, no hay género de industria, no hay hogar doméstico, á donde no hayan penetrado las consecuencias de una legislación fundada en la ley sagrada de la caridad cristiana, en los instintos mas nobles de la naturaleza humana, en las doctrinas mas inatacables de la ciencia económica, y en las lecciones mas elocuentes de la experiencia. Que Cobden no haya brillado como hombre político, como juicioso discutidor, como exento de errores y preocupaciones; que se haya dejado arrebatar en sus opiniones políticas por ilusiones propias solamente de entendimientos vulgares y mezquinos, es un nuevo testimonio de la imperfección de la condición humana. Raros son los hombres superiores que lo son cumplidamente en todos los ramos á que aplican el ejercicio de sus facultades. Todos saben que Cicerón fué un mal poeta, y Newton un teólogo menos que mediano.

Cobden, sin haberse hecho notar antes por ninguna cualidad sobresaliente, ocupando en el partido liberal un puesto nada brillante, y perteneciendo á la clase manufacturera, de la que nunca han salido en Inglaterra grandes exhibiciones de influjo, de popularidad y de patriotismo, salió repentinamente de esta modesta situación, y se presentó denodado y casi solo, á combatir á una de las clases mas opulentas, mas poderosas, mas influyentes de cuantas encierran en sus límites los Estados europeos. No repetiremos aquí lo que todo el mundo sabe acerca de la aristocracia inglesa: de sus vastísimas posesiones, de su elevación social y política con respecto á todo el grueso de la población, de su íntima alianza con el trono del respeto que inspira á las clases medias é inferiores, de la dependencia en que estas viven, particularmente en los condados, de las condescendencias que arranca á los ministros, cualquiera que sea el partido que los sostiene. La aristocracia inglesa acababa de salir triunfante de una terrible crisis, en la época en que nos referimos. La democracia, ó si quier, el partido liberal ó *whig*, habia creído herirla de muerte, con el bill de reforma parlamentaria introducido en la Cámara de los Comunes por Lord John Russell, y en efecto, esta esperanza no carecía de fundamento. Aquel acto legislativo abolía el derecho que tenían muchas familias nobles de nombrar miembros de aquella Cámara, abuso que se fundaba en una ficción, ó mas bien en una absurda antigüedad, pero cuyos resultados eran importantísimos, ya que, por su medio, estas familias llegaban á ser dueñas de una parte no despreciable de la representación nacional. Tan dañosa prerogativa se conservó, con una ligera disminución, despues de la promulgación, del *bill*. Solo desapareció su forma técnica ó legal, pero quedó en pie el influjo, y bajo la nueva legislación, como en los tiempos de Jorge III, las elecciones para la Cámara de los Comunes, en la mayor parte de la isla no toman otra dirección que la trazada por los lores, cuyas posesiones radican en los condados respectivos. Cobden no atacó á la aristocracia en sus privilegios; la atacó en sus intereses; porque destruir un monopolio como el que les aseguraban los derechos prohibitivos, impuestos á la importación de granos, era lo mismo que ocasionar una gran rebaja en el arrendamiento de las tierras, y por consiguiente, una gran disminución en las pingües rentas de los señores. El trigo se vendía caro porque la protección fiscal le aseguraba la venta al precio que los expendedores querían imponerle. Había, pues, un enlace de intereses tan favorable á los propietarios como dañoso á los consumidores, á quienes solo se permitía la compra de grano extranjero cuando, por efecto de una mala cosecha, el del país habia subido al precio de hambre, como allí se dice. Tal era el formidable enemigo contra el cual se propuso Cobden medir sus fuerzas.

Y no era solamente la verdadera y pura aristocracia la que se interesaba en la conservación de la legislación vigente. Fuera de aquel elevado círculo, hay en Inglaterra la clase de *country gentlemen* (caballeros del campo) que se compone de grandes hacendados, que generalmente viven en sus posesiones, que ejercen los cargos de jueces de paz y de primeras autoridades parroquiales, que de este modo dominan en una vasta clientela, que están aferrados á las prácticas y tradiciones de sus antecesores, y que siempre han tenido celos de la clase ma-

nufacturera, de la cual debía aguardarse que apoyase enérgicamente el pensamiento lanzado al público por uno de sus miembros. También confiaba el partido conservador con el apoyo del clero, aliado natural de todo lo antiguo, y cuyos amplios ingresos provenían en gran parte de la propiedad territorial. De todo esto puede deducirse que, desde el principio de la contienda, el gran innovador tenía en su contra las fuerzas mas activas, las mas preponderantes masas de la nación inglesa.

¿Y de qué armas podía disponer para vencer la resistencia que debía aguardarse? De una sola: el convencimiento, débil por cierto y precario recurso, comparado con el prestigio de la alcurnia y de la riqueza, con la obstinación de los errores envejecidos, con la pertinacia de los intereses sordidos y con ese terror que infunden á la gran mayoría de los hombres las transiciones repentinas, y las grandes alteraciones de lo que existe y de lo que se respeta. Cobden conoció la necesidad de transmitir su convencimiento á todo el cuerpo de la nación, y que la palabra pronunciada ó escrita debía ser el único instrumento que podía asegurarle la victoria. Por fortuna, vivía en el seno de una nación en que habian escrito Smith, McCulloch, Ricardo y Mill, y en la cual las doctrinas del libre cambio habian hecho considerables progresos. El comercio y la industria manufacturera no tardaron en afiliarse al pensamiento de la proyectada reforma. Los medios de llevarla á cabo debían ser costosísimos. Todo debía hacerse en grande: todo debía llevar el carácter de la inflexibilidad del propósito y de la seguridad del éxito. Era preciso inundar la isla de oradores (*lecturers*) que convocasen las poblaciones, y las expusiesen en lenguaje enérgico, pero claro y al alcance de todas las inteligencias, los fundamentos en que se apoya el designio; era preciso multiplicar en todos los periódicos del reino los anuncios relativos á la empresa; era preciso, sobre todo, pagar escritores distinguidos que redactasen folletos, para ser distribuidos gratuitamente, y en los cuales se empleasen las armas de la razón y los datos de la estadística en defensa de la doctrina del libre cambio. Para todos estos dispendios se hallaron recursos metálicos en abundancia. En todas las ciudades principales se abrieron suscripciones que se llenaron con increíble rapidez. Además, muchas corporaciones, y entre ellas no pocos ayuntamientos, provocaron espontáneamente esas célebres reuniones populares que, con el nombre de *meetings* forman parte de la constitución inglesa. Estas reuniones no mandan: se limitan á sancionar resoluciones en que se expresa el voto de los concurrentes: institución admirable que reúne todas las ventajas de la democracia, sin tropezar en ninguno de sus inconvenientes: arma poderosa con que se lucha de buena fé, con perfecta igualdad de fuerzas, y que no obtiene un triunfo que no legitime. Ninguna gran reforma se ha introducido en la política interior y exterior de Inglaterra, sin que el *meeting* la haya preparado. Los *meetings* emanciparon á los católicos, sentenciaron la causa promovida en la Cámara de los Pares por Jorge IV contra su mujer; hicieron la reforma parlamentaria propuesta por lord John Russell, y sostendrán siempre las buenas causas y las medidas favorables á los intereses generales y al decoro y la seguridad de la nación. Una opinión sostenida con uniformidad y constancia por los *meetings* está segura de su triunfo en el Parlamento.

Sin embargo, la cuestión de la ley sobre importación de cereales, tenía en contra, como ya hemos visto, tan formidables sostenedores de la protección, que no se habria conseguido en una sola legislatura una fuerte mayoría favorable á la abolición de los derechos de importación, á no haberse declarado partidario de esta medida, el mas eminente republicano de la Gran Bretaña. Sir Roberto Peel, el cual, no solo por ser el ornamento, el caudillo y el adalid mas enérgico del partido *tory*, con cuyos mas distinguidos miembros le ligaba una amistad íntima, sino á efecto de un convencimiento profundo, habia combatido la propuesta innovación con todos los recursos de una retórica seductora y de un lenguaje acalorado. Sir Roberto Peel cedió á las luminosas argumentaciones del partido contrario. La razón pudo mas en él que los empeños, los hábitos y las doctrinas de la secta á la cual se habia afiliado desde su entrada en la vida pública. Su conversión consumó la obra empezada por Ricardo Cobden. Había repetido este en todos sus discursos que los terratenientes se engañaban al temer la merma de sus ganancias, dado que se abriesen los puertos de Inglaterra. Sostenía, por el contrario, que los intereses de la agricultura reclamaban la reforma del arancel vigente con no menos urgencia que los del comercio, la industria y el consumo.

Anunciaba que el concurso de los granos extranjeros no ocasionaria la baja de precio en las cosechas inglesas ni la baja de los arrendamientos en las fincas rústicas; predicciones que hasta los mas ardientes libre-cambistas tomaban por exageraciones de un celo honroso, pero desmedido, porque es máxima trivial que la abundancia produce la baratura, como la escasez produce la carestía. Pero esta regla no es tan absoluta que deje de modificarse por circunstancias colaterales y por influjos indirectos, y esto es justamente lo que sucedió en la ocasión de que vamos hablando. El privilegio de que gozaban los dueños de tierras y los labradores, asegurándoles la venta de frutos sin temor de rivalidad, habia atraído inmensos capitales á tan ventajosa especulación. Terrenos que, se calificaban de tercera y cuarta clase, en el orden de su aptitud á producir plantas cereales, y que, por consiguiente, se dejaban incultos para el crecimiento natural del heno, ó para prados artificiales, se abrieron á los surcos del arado, ocasionando grandes sacrificios pecuniarios, desde luego en la operación de segar la constante humedad de que allí está impregnada la tierra, y despues y siempre en el uso indispensable de los abonos, los cuales habian subido á precios ruinosos antes de la introducción del guano. Todos estos adelantos se cubrían con exceso por el alto precio que imponían á los granos los

cosecheros; pero resultaban graves perjuicios á la nacion en general, y, entre ellos, la disminucion de las tierras de pasto, y la consiguiente escasez de ganado de toda clase, siendo muy sensible la del vacuno, cuya carne forma el principal alimento de la raza normando-sajona. Además, la ampliacion dada al cultivo, exijia mayor número de operarios, y su consecuencia natural era el exorbitante precio del jornal. A todos estos inconvenientes puso término la reforma. Abandonado el laboreo de las tierras inferiores, quedaron dedicadas al heno, alfalfa, espalceta, nabos y otros vegetales adaptados al alimento de los animales útiles, y grandemente disminuido el pedido de brazos, ahorraban los cultivadores el exceso de gasto, que la subida del jornal motivaba. De este modo quedaron satisfechas todas las clases de la poblacion: los consumidores, porque el precio del pan se mantuvo á sus alcances; los propietarios y cultivadores, porque no temian la competencia extranjera, llevándole la ventaja de no gastar un penique en conducciones, seguros y demás adiales á que todo tráfico internacional está sujeto.

Dado ya este gran paso, y derrocado el sofisma proteccionista en su mas formidable baluarte, fácil era combatirlo y vencerlo en los otros de que todavía podia disponer. Sir Roberto Peel conoció todo el partido que podia sacar de un experimento cuyas consecuencias habian sido tan satisfactorias. Entonces fué cuando se dedicó á las reformas de los aranceles generales. Las leyes sobre importacion de cereales fueron abolidas en 1846. En 1848 se disminuyeron y se igualaron los derechos sobre el azúcar. En 1849 desapareció el acta de navegacion promulgada por Cromwell, y á la cual se atribuia generalmente la preponderancia maritima de Inglaterra; se abolieron absolutamente las prohibiciones y los derechos diferenciales; todos los derechos excesivos que contenia el arancel quedaron reducidos á limites equitativos; se borraron del mismo muchos artículos cuya importacion no producía al Erario mas que insignificantes ingresos; por último, desde que Sir Roberto Peel adoptó franca y lealmente la doctrina del tráfico libre, hasta su muerte prematura, no pasó una sola legislatura, sin que introdujese nuevas mejoras en la legislacion fiscal de su pais. Sus sucesores han heredado tan sano y benéfico principio. El arancel de las aduanas inglesas no contiene en la actualidad mas que cuarenta artículos. En el Parlamento se ha dicho que dentro de breves años no contendrá mas que catorce, y fuera del Parlamento se cree que, pocos años despues de esta época, exenta de aranceles y de aduanas, Inglaterra quedará convertida en un inmenso puerto franco abierto á todas las naciones del mundo. La imaginacion no puede abrazar el influjo que forzosamente ha de ejercer esta benéfica revolucion en la suerte de los pueblos civilizados.

Los mas tenaces defensores de las doctrinas que incesantemente combatimos y no cesaremos de combatir en LA AMERICA, no podrán resistir á la lógica de los guarismos. Durante los veinte y cinco años que precedieron á la primera reforma de que hemos procurado dar alguna idea, las exportaciones de mercancías inglesas se habian mantenido estacionarias. En 1842 su valor no pasó de 47.381,023 libras esterlinas. Cinco años despues, en 1847, llegaron á 58.842,377. En los cinco años siguientes, en 1852, á 78.076,854: y en el tercer quinquenio, á 122,066,107. En resumen, el aumento de las exportaciones inglesas, en un periodo de quince años, subió á la enorme suma de 74.685,084 libras esterlinas. No necesitamos gastar el tiempo en seguir el hilo de las trascendencias de este progreso en todos los ramos de la ventura pública.

Tal fué la obra de Ricardo Cobden. El autor de la obra en cuyo exámen nos ocupamos, ha sabido hacer plena justicia á este gran bienhechor de la humanidad. Hemos notado, sin embargo, en su trabajo algunos vacios, que el lector podrá suplir con los datos que preceden.

JOSE JOAQUIN DE MORA.

ARIBAU.

Unimos nuestro sincero sentimiento al que han expresado ya nuestros colegas de Madrid y Barcelona, con motivo del fallecimiento del distinguido literato, colaborador de LA AMERICA, D. Buenaventura Carlos Aribau. En él han perdido las letras españolas uno de sus mas brillantes ornamentos. A una erudicion vastísima y escogida; reunia Aribau un gusto literario mas puro y mas delicado que el que generalmente se encuentra en los que no son mas que eruditos. Investigador diligente de nuestra antigüedad clásica, no buscó en ella un dato que no contribuyese á ilustrar una doctrina; ó á rectificar la opinion sobre el mérito respectivo de los escritores de otros dias. Las escasas composiciones poéticas que han corrido bajo su nombre se distinguen por lo correcto de la versificacion y la suavidad del estilo. En los últimos años de su vida se dedicó á los estudios económicos, adoptando las doctrinas de los grandes reformadores que han dado tanto impulso á la ciencia desde los tiempos de Adam Smith. A las prendas de su ingenio y á los tesoros de su saber, unia las dotes que mas recomiendan al hombre á los ojos de sus semejantes, una honradez á toda prueba y una esquisita modestia. Hombres como Aribau son los que deben servir de modelo á nuestra juventud estudiosa. No pueden eleger otro mas adaptado á las necesidades intelectuales de la época presente.

Es el cuarto de los colaboradores de LA AMERICA que ha fallecido, en los seis años que lleva de publicacion: el nombre de nuestro muy querido amigo Aribau, como el de los Sres. Jimenez Serrano, Escalante y Baralt, continuará á la cabeza de LA AMERICA, como un recuerdo constante de su raro mérito, y un tributo de admiracion y cariño á su memoria.

MINISTERIO DE LA GUERRA Y DE ULTRAMAR.

EXPOSICION A S. M.

Señora: Los grandes elementos de riqueza que el vasto Archipiélago filipino encierra, reclaman un detenido y concienzudo estudio, muy difícil de hacer convenientemente por las autoridades encargadas de su complicada administracion, obligadas á consagrar su probado celo á las exigencias apremiantes del despacho diario de los negocios. La única manera de llenar esta necesidad, es crear una comision Régia, que, desembarazada de los cuidados de la administracion activa y sin intervencion alguna en ella, dedique toda su atencion á aquel importante objeto; y que al mismo tiempo no ofrezca el mas leve peligro de entorpecimiento para el curso ordinario de los negocios, ni de competencias ó conflictos entre las autoridades existentes. Indispensable ha de ser que el Comisario Régio visite por sí mismo las mas importantes provincias del Archipiélago, y muy especialmente las de las islas Visayas y de Mindanao, que muy recientemente han merecido de la soberana solicitud de V. M. meditadas ó importantes reformas. El gobierno de V. M. abriga profunda confianza de que la comision Régia, cuya creacion tiene la honra de proponer, será origen de trascendentales medidas, que trasformen las actuales condiciones de las provincias españolas de la Oceanía, desenvolviendo sus poderosas fuerzas productoras. Impulsado por las consideraciones que preceden el ministro que suscribe, de acuerdo con el parecer del Consejo de ministros, tiene la honra de proponer á V. M. el adjunto proyecto de decreto.

Sevilla 19 de Setiembre de 1862.—Señora: A L. R. P. de V. M.—El ministro de la Guerra y Ultramar, Leopoldo O'Donnell.

REAL DECRETO.

Conformándome con lo que me ha expuesto el ministro de la Guerra y de Ultramar, de acuerdo con el parecer del Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se crea una Comision Régia para que proceda á estudiar todos los ramos de la administracion civil de las islas Filipinas.

Art. 2.º El Comisario Régio podrá reclamar directamente de las dependencias públicas los expedientes orgánicos concluidos que le convenga examinar para el buen desempeño de su cometido: cuando necesite algunos antecedentes que estén en curso, la reclamacion se hará por conducto del gobernador capitán general, que resolverá lo que estime oportuno, conciliando los resultados de la comision que se crea con la conveniencia de que el despacho ordinario no sufra entorpecimiento.

Art. 3.º El Comisario Régio no tendrá ningunas atribuciones activas en aquella administracion, sino únicamente la de estudiar sus diferentes ramos, segun queda expresado, debiendo en su dia elevar al gobierno una circunstanciada Memoria sobre el estado de cada uno de ellos y las reformas que puedan introducirse.

Art. 4.º Con el fin de que estos trabajos reúnan las condiciones que han de hacerlos útiles, el Comisario Régio visitará las provincias del Archipiélago cuya importancia lo merezca, y muy especialmente la capital de las Visayas, la isla de Panay y la de Mindanao.

Art. 5.º El Comisario Régio disfrutará del sueldo de 15,000 pesos fuertes anuales, y percibirá además la asignacion tambien anual de 5,000 pesos para gastos de viajes.

Art. 6.º Con el objeto de auxiliar los trabajos de la comision se nombrará un secretario, jefe de Administracion de primera clase, y el conveniente número de auxiliares. El secretario tendrá el haber anual de 6,000 pesos y la gratificacion de 2,000 para gastos de viaje: el número y dotaciones de los referidos empleados auxiliares se fijarán de real orden.

Art. 7.º Los empleados de la Comision Régia tendrán en todos conceptos los mismos derechos activos y pasivos que por regla general están concedidos á los empleados públicos.

Art. 8.º El ministro encargado del despacho de los negocios de Ultramar cuidará de la ejecucion del presente decreto.

Dado en Sevilla á diez y nueve de Setiembre de mil ochocientos sesenta y dos.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra y Ultramar, Leopoldo O'Donnell.

REALES DECRETOS.

De conformidad con lo propuesto por el ministro de la Guerra y de Ultramar, de acuerdo con el parecer del Consejo de ministros, vengo en nombrar Comisario Régio para el estudio de todos los ramos de la administracion civil en las islas Filipinas, á D. Patricio de la Escosura, ministro que ha sido de la Gobernacion.

Dado en Sevilla á diez y nueve de Setiembre de mil ochocientos sesenta y dos.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra y de Ultramar, Leopoldo O'Donnell.

De conformidad con lo propuesto por el ministro de la Guerra y de Ultramar, de acuerdo con el parecer de mi Consejo de ministros,

vengo en nombrar secretario de la Comision Régia, creada para el estudio de todos los ramos de la administracion civil en las islas Filipinas, á D. Narciso de la Escosura, secretario que ha sido del Tribunal de Cuentas del Reino.

Dado en Sevilla á diez y nueve de Setiembre de mil ochocientos sesenta y dos.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra y de Ultramar, Leopoldo O'Donnell.

En la *Gaceta* correspondiente al 3 del actual apareció la real orden que á continuacion copiamos, disponiendo que el señor Ulloa vuelva á encargarse de la direccion de Ultramar.

Ilmo. Sr.: La reina (Q. D. G.) no ha tenido á bien admitir la dimision que en 14 del actual, y fundado en el mal estado de su salud, presentó V. I. de la direccion general de Ultramar.

Satisfecha S. M. del celo é inteligencia con que la ha desempeñado, es su real voluntad que vuelva V. I. á encargarse desde luego del despacho de la misma.

De real orden lo comunico á V. I. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Cádiz 28 de Setiembre de 1862.—Leopoldo O'Donnell.—Sr. D. Augusto Ulloa, director general de Ultramar.

Hé aquí el oficio del Sr. Mantilla de que nos ocupamos en la *Revista general*, que tan fuertes y merecidos ataques ha sufrido de la prensa de todos los matices políticos:

«Gobierno político de la Habana.—Seccion tercera.—He tomado la resolucion de que no se expida pasaporte á ningun individuo para la República mejicana, sin tomar antes por mi mismo los informes correspondientes respecto á las personas que los soliciten, disponiendo asimismo que á los que se les conceda *tengan la precisa obligacion* de visarlos por ese consulado, quedando facultado V. S. para desechar los que considere no deben dársele curso. Y lo digo á V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Habana 21 de Agosto de 1862.—El gobernador político, Antonio Mantilla.—Hay una rúbrica.—Señor cónsul general de Francia en esta isla de Cuba.»

TIMBRE.—Durante el mes de agosto último, los periódicos

políticos de esta órte han satisfecho las cantidades siguientes por franqueo para el extranjero:

	Reales.
LA AMERICA.....	1,188
La Epoca.....	1,112
La Gaceta.....	1,099
Las Novedades.....	1,067
La Esperanza.....	776
La Correspondencia de España.....	720
La España.....	419
El Clamor Público.....	302
El Correo de España.....	302
La Iberia.....	295
El Contemporáneo.....	295
El Diario Español.....	270
La Discusion.....	209
El Constitucional.....	168
La Regeneracion.....	163
La Verdad.....	137
El Pueblo.....	113
El Pensamiento Español.....	85
El Reino.....	39

Como se vé por el anterior estado, que han reproducido estos dias algunos periódicos, LA AMERICA satisface por franqueo para el extranjero, por solos dos números, mas que los periódicos diarios de grandes dimensiones por sus veintiseis ó veintisiete números mensuales: siendo el tamaño de nuestra publicacion doble que el mayor de los diarios de Madrid, resulta que abonamos *catorce ó quince veces mas* que el que satisface mayor cantidad.

A esos 1,188 rs. por franqueo para el extranjero, satisfechos por nuestros dos números de Agosto, debemos añadir:

1,600 sellos de Antillas.
1,600 de provincias.
160 de Filipinas.

Total: 1,188 rs. y 3,360 sellos de timbre.

MANIFIESTO DE MAZZINI.

A los italianos.—La bala del fusil real que hirió á José Garibaldi ha desgarrado la última línea del pacto firmado hace dos años entre nosotros los republicanos y la monarquía.

Al desligarme en el mes de Mayo de toda obligacion hacia el gobierno en lo que se referia á la accion respecto á Venecia y Roma, decia estas palabras:

«No se trata ya de república ó de monarquía, se trata de accion ó de inercia, de unidad ó de desmembramiento, de tener en la patria al extranjero ó fuera de ella.»

En mi nombre y en el de mis amigos sello hoy esa línea, que era un último aviso dado al gobierno, y declaro agotada en cuanto á nosotros toda tentativa de acuerdo, muerta toda esperanza de concesiones ó de obras verdaderamente italianas de parte de una institucion que no vive mas que de una vida extranjera, impotente para dirigir, buena únicamente para reprimir brutal y tiránicamente las aspiraciones mas santas y legítimas de un pueblo que pide su bienestar.

La monarquía no puede, no quiere hacer la nacion: arrastrada por no sé qué fatalidad, deshace rápidamente la parte de la nacion ya hecha, y hecha por otras manos que las suyas. En nombre de la unidad, amenazada por un justo descontento creciente; en nombre de los mártires republicanos todos, que por una serie de sacrificios no interrumpidos por espacio de medio siglo, echarian los cimientos de la patria italiana; en nombre de la conciencia ofendida por dos años de subterfugios inútiles, de hipocresías funestas, de concesiones que hacen traicion sin provecho á la dignidad nacional, envilecen la bandera y corrompen una generacion llamada á inaugurar la vida del porvenir; nos separamos hoy para siempre de una monarquía que ha peleado en Sárnico por el Austria y en Aspromonte por el Papa. Volvemos libres de todo lazo que no sea por la causa sagrada de la patria á nuestra antigua bandera, á la fé de nuestros ilustres antepasados, al grito republicano que creó nuestras glorias, al pueblo, que ya es la única esperanza de la Italia; á lo lógico, á lo cierto.

La historia dirá que hemos sido leales y pacientes; recordará que por respeto al juicio todavía extraviado del pueblo, por amor hacia Garibaldi, por deseo de intentar todos los medios posibles de concordia, hemos arrojado á los pies de una monarquía, conocida solo de nosotros por sus perfidias, sus ambiciones y sus persecuciones, nuestros proyectos, nuestras esperanzas, nuestros votos, nuestros recuerdos, nuestras fuerzas agitadoras, y el amor que hemos creado en Europa en provecho de la Italia y nuestra influencia sobre las clases trabajadoras y sobre esa multitud de jóvenes formados en nuestras doctrinas.

Ella recordará que cuando despues de la paz de Villafranca la monarquía, intimidada ó culpable, abandonaba á Venecia, ofrecía entrar á la parte con el de Borbon de Nápoles, y renunciaba por sumision al gobierno francés á la Italia, todos nosotros, pueblo, voluntarios, escritores, reanudamos la obra interrumpida, provocamos la insurreccion de Sicilia, escitamos la fermentacion napolitana, aceptamos, á pesar de las calumnias y de los ultrajes, el programa monárquico de Garibaldi, aplaudimos los plebiscitos que daban á la monarquía ociosa y acobardada diez millones de hombres, libertados no por ella, sino por nuestro propio brazo y el de Garibaldi. Ella recordará que por evitar divisiones, abandonamos á la monarquía la direccion de expediciones poderosas preparadas de antemano, con un oro que no era el suyo, y compuestas de hombres que no le pertenecian.

IDEA GENERAL

SOBRE EL ANTIGUO IMPERIO DE LOS INCAS.

Es achaque antiguo, endémico y pegadizo, lo mismo en América que en Europa, figurar una gran suma de dichas, y cantar en composiciones ditirámicas la excelsa felicidad, el piélagos de venturas en que placidamente nadaban los naturales de aquella region antes que aportasen á sus playas las primeras naves españolas, y pintar sobre láminas esmaltadas de oro y carmin, la riqueza, la paz y el buen orden que allí existían bajo el gobierno paternal y bienhechor de los Motezumas y Atahualpas.

Fueron los franceses los que en primer término se encargaron de la incumbencia de regalar á la Europa atónita con las cosas que oía del Nuevo Mundo, multitud de episodios del género anedótico, y distribuir en pociones maliciosamente confeccionadas, el veneno del impropio contra la nacion que mas despierta, ó mas alentada que lo eran entonces las demás del continente, se lanzó sola á los desiertos del Océano, llevando consigo la civilizacion y la inteligencia necesarias para doctrinar un hemisferio, que tal vez yacería hoy rudo y perdido para las letras y el trato humano como estaba antes, sin el denuesto imponderable de esos hombres que la maledicencia zahiere.

Mantenan latente los extranjeros el deseo de hacer pasar á los españoles, no como los introductores de las ar-

tes y las ciencias en tierras incultas, no como los artífices ilustrados de esas cien ciudades que ennoblecen orgullosas, lugares que antes estremecían con su rugido los tigres, y en que solo se oía el silbo pavoroso de la culebra de cascabel, sino como los demoletores implacables de una sociedad bienhadada que perdió todos sus hechizos al sentir de cerca el aliento impuro de los conquistadores. Los conatos de entretener a los lectores crédulos y desocupados con relaciones fantásticas, unas en estilo sentimental y lloron, otras salpicadas de diatribas punzantes, respirando hiel y difamación, vienen siendo el pan cotidiano de los extranjeros desde la primera época de nuestras conquistas, con la mira de interesar la sensibilidad pública en favor de los indios, y atraer la odiosidad sobre los que a costa de indecibles fatigas lograron sacarlos de la abyección en que estaban, é infundirles la dignidad de hombres sociales. Esta es la causa por qué aunque llovieron á chaparrones escritos con diferentes títulos y en diversas formas sobre asuntos relativos á las Indias Occidentales, si sacamos los que dieron á luz Robertson, Humboldt y últimamente Prescott, que si bien no enteramente purgados de apreciaciones erróneas, brillan en ellos el juicio y la imparcialidad, tan clásicamente desatinaron Marmontel, Raynal y Montesquieu como el abate De Prat y la tropa de escritorzuelos que dándose ó tomando de él ejemplo, echaron á correr fortuna por el mundo sus trapacerías y pobres producciones.

En un principio, la malquerencia contra los españoles era hija puramente de antipatías de nación, de añejas rivalidades, y mas aún de la envidia mortificante que provocaba en todas partes el verlos dueños y señores de montes de plata, y de tierras dilatadas y feracísimas, á que daban mayor pábulo resentimientos que habían engendrado los triunfos de nuestras armas, y la preponderancia política á que llegamos, desde el día feliz en que Fernando é Isabel ocuparon el trono. En adelante la animosidad varió de condición, y simuló excusarse con otro pretexto. Tuvo lugar este cambio nada mas que aparente, pues que en el fondo el objeto y el estímulo eran unos mismos, al anunciarse las ideas diabólicamente humanitarias de los enciclopedistas, que al paso que se escandecían cuando la ley condenaba á un profervo á la expiación por haber hollado todos los respetos divinos y humanos, consideraban como una cosa trivial, como un caso cualquiera, llevar al patíbulo á un rey inocente, y hacer que subiesen sus fatales gradas sabios eminentes, y honrados y beneméritos ciudadanos, no por efecto de los arrebatos de una conmoción popular y momentánea, sino por un sistema calculado de exterminio, seguido por largo tiempo, y bajo fórmulas decretadas expresamente para que la vida no tuviese escudo, ni valiese á nadie el clamor santo de la justicia. Los mismos que en su patria se gloriaban de ofrecer cada día á la espectación pública, cien cabezas ilustres en las escarpadas de la guillotina, vestidos con el traje de la filantropía, lloraban á lágrima viva por la suerte de los indios, deplorando escenas que eran obra puramente de su inventiva.

Extraño es por demas que en estos nuestros días, en que la crítica depura los acontecimientos, y que á las lecciones de la experiencia, andan unidos el espíritu de investigación y las censuras del raciocinio, se discurre sobre la América, como se discurre en el tiempo en que el navegante inglés Raleigh vino esparciendo la fábula del *Goldado*, y los aventureros alemanes, que por desdicha de Venezuela, mandó allá Carlos V, propalaron que en cierta comarca del interior, existía una casa toda de oro. No debe causar esto admiración, cuando ya entrados en el siglo XIX, el representante de Colombia, en Francia, rogó en nombre de su gobierno á un ideólogo parisiense que formulase un plan de ley fundamental que sirviese para constituir aquella República, cuyo trabajo fué desempeñado tan á las mil maravillas, que á no ser por el defecto de impracticable y extravagante, dejara muy atrás todo lo que se cuenta de la Arcadia, y de las bellezas de la edad de Oro (1). Muy bien hizo el docto mejicano D. Lucas Alaman, al comunicar tan peregrina noticia, acompañarla con risa burlona, como lo hicieron tambien otros de sus paisanos, conocidos por su instrucción y talento. Pero, á pesar de ello, todavía no faltó un americano, escritor moderno, D. Andrés Lamas (2), que tocado al parecer de la manía de soñar con los idios que oyó entonar al país americano, admite una conseja, que ciertamente no es de estos tiempos. Da, pues, por sentado que los individuos de la estirpe de los incas no eran de tez cobriza y semblante decaído como los demás habitantes del Perú, sino blancos, pelirubios y bien apersonados, y que sabiéndose por tradición que allá en cierta época vivieron un hombre y una mujer, hijos del sol, á formar el imperio y la dinastía, deduce el Sr. Lamas que esta pareja celestial debió venir no menos que de Inglaterra, sacando, en conclusion, que la descendencia de aquellos monarcas se derivaba íntegramente de la pura raza anglo-sajona.

No hay duda que las noticias confusas que nos quedan del antiguo Perú, se prestan fácilmente á las elucubraciones del entusiasmo épico, y ofrecen campo á la ficción poética; pues que ficción y no otra cosa es cuanto

se viene diciendo con referencia á medio siglo atrás de la conquista (1). Las costumbres allí eran uniformes como el movimiento de una rueda hidráulica: todo era maquina y sujeto á una regla invariable: no habia individualismo ni voluntad personal, porque el soberano discurría por todos, y los súbditos trabajaban para la comunidad, pero no por acción propia, si no por un sistema impuesto, de cuyas reglas á ninguno le era permitido apartarse, ni para atrás ni para adelante, ni ser mas ó menos que lo que se le ordenaba. Esta organizacion civil aún en el supuesto de que fuese cual nos la pintan los que la han descrito, pudiera admirarse por especial, mas no por buena, pues supone un pueblo de autómatas ó de esclavos, que viven y mueren en servicio de su señor. Mas así y todo, de ella tomaron pié los cuadros galanos en que figuran bienaventuranzas pasadas, y un estado de armonía y sosiego que no caben en lo humano, y es propio de la mansion de los querubines.

En extranjeros si nos paramos á reflexionar sobre el espíritu de que estaban empapados, no sienta del todo mal verlos autores de semejantes odas. Mas de disimular es aún en los americanos, que por las inspiraciones de vanagloria muy comunes en todos los pueblos, ó por tal de dar calor á la causa de la independencia en que andaban empeñados, no desdecía que admitiesen á bulto todo lo que pudiese lisonjear aquellos dos sentimientos. Y menos lo extrañáremos cuanto que el contagio llegó á los españoles, que por el deber de mirar por su propio honor, estaban obligados á juzgar las cosas por otro criterio que el de la imaginación, teniendo además como tenían la facilidad de estudiar, digámoslo así, la cuestión sobre el mismo terreno, y beber en fuentes puras, lo cual no quisieron, ó no supieron, ó no pudieron los extraños. Por eso cuando vemos á estos que se descominan, nos parece excusado tratar de meterlos en vía, porque si por acaso alguno reconoce que iba mal, ciento seguirán echando á volar sus inventivas, y errando á sabiendas. Pero respecto á los españoles, es otra cosa. Podrán quizá adolecer sus producciones acerca de nuestra historia colonial, de falta de estudio práctico de lo que eran y son aquellos países, de cálculos equivocados, de confiarse demasiado de autoridades sospechosas por sus prevenciones contra nuestra patria; pero de seguro que no se ha de echar en ellas de menos rectitud de intención, buena fé y deseo del acierto; circunstancias que no solo preparan, sino que reclaman rectificaciones fundadas, y polémicas juiciosas, que den útiles resultados, como enderezadas á buscar en el esclarecimiento de los sucesos, la estirpacion de mil dudas, que no hacen mas que anublar la verdad, y entorpecer el deseo de inquirir que á todos nos mueve.

El me pone hoy la pluma en la mano, de resultas de haber leído en LA AMERICA correspondiente al 8 de Setiembre último, un artículo suscrito por el Sr. D. José Joaquín de Mora, antiguo y bien reputado publicista, á quien el autor de estas líneas tuvo en otra ocasion el placer de apoyar, cuanto permitian sus cortos alcances, en una cuestión económica que dignamente sostenia. (2) ¿Y si entonces uni voluntariamente mi voz á la suya, porque coincidíamos en opiniones, habrá razon para que hoy que disienten, deje de exponerle algunos reparos, si bien al hacerlo, vaya con el convencimiento de que me dirijo á una persona, de cuya superioridad de conocimientos tengo pruebas, y cuya erudición es justamente apreciada? En el artículo de que va hecho mérito, con motivo de presentar el Sr. Mora un resumen de la *Historia de la conquista del Perú*, recientemente publicada en Lima por D. Sebastian Lorente, se expresa en términos que hacen ver que dicho Sr. Mora, piensa respecto á aquel derruido imperio, del modo que piensan los que mas alto lo colocan, y se deduce al mismo tiempo que el autor de la obra que extracta, cuya no tengo el gusto de haber leído, se muestra inclinado á las descripciones bizarras, y á las galanuras de estilo, cualidades que agradan en un historiador, si á ellas, por ventura, no sacrifica otras de mas precio, como se dice del florido Solis, y aun del sesudo Mariana.

Cuanto mas esfuerzos se hagan para concordar los relatos que corren respecto á la antigua nación peruana y su gobierno con el texto de la historia, menos esperanzas quedan de llegar á conciliarlos. Hablasenos de cosas que, sobre resistirlas la razon, no se avienen de modo alguno con lo que registramos escrito. No obstante esta inarmonía, sobreponiendo las noticias apócrifas á las autorizadas, las de mera invención á las positivas, se hace uso de ellas para afejar la conducta de los españoles, poniendo en contraste la cética felicidad en que plugo colocar á los indios peruanos, la fantasía poética de Marmontel, y los rasgos apasionados del seudo-historiador Carli, con la organizacion administrativa que estableció allí el gobierno español. Lejos, por cierto, de descubrir ese Empireo poblado de serafines y santos, lo que aparece evidenciado en el Perú, son escenas espantables, hechos inauditos, perpetrados por el último de sus emperadores, de cuya vida se tienen noticias, y ninguna

de sus antecesores, pues en el país no habia letras, ni pinturas, ni geroglíficos, ni signo alguno simbólico que representase los sucesos y las ideas. Las fuentes únicas donde han de buscarse, están dentro de las obras de autores que, ó por contemporáneos ó por cercanos á la conquista, presenciaron sus pasajes, ó oyeron sus incidentes en dias poco distantes, tuvieron ocasion de recoger alguna que otra tradicion confusa de boca de los naturales, y pudieron hablar con toda seguridad del estado en que los encontraron los conquistadores.

A mas de los escritores poseemos tambien documentos fehacientes; oficiales y extra-oficiales que, prolijamente examinados, nada arrojan de si que testifique la primitiva prosperidad del Perú, cual dá á entender el señor Mora. Entremos á examinar algunos de sus párrafos. Sienta en uno, que el descubridor del mar de Sur Balboa, halló que por él navegaban gentes á remo y velas en barcos poco inferiores en tamaño á los de los españoles, noticia que aunque mas se procure es imposible ajustar á los datos que tenemos, y ni siquiera á lo mismo que poco despues refiere el articulista. A los datos porque el primer cronista de la América meridional, Garcilaso de la Vega, dice terminantemente (Comentarios Reales, Lib. IV, cap. XIII), que aquellos indios no sabían el arte de navegar *ni siquiera en piraguas*: con lo que expresa el articulista, porque si Blasco Nuñez de Balboa tuvo que cortar maderas y labrarlas en las playas del Darien, y hacerlas pasar á hombres lo mismo que la jarcia, herramientas y demás utensilios navales por las sierras inaccesibles, bosques y rios del istmo de Panamá, para construir un bajel en que navegar por el Pacífico, no se tomaría de seguro tan penosísimo trabajo, teniendo allí buques ya contruidos, tan grandes ó poco menos, que los que usaban los españoles. Y no solo Balboa tuvo que habilitar bajeles, si no que Cortés y Alvarado, que emprendieron descubrimientos y conquistas por las costas del Sur, se vieron en la misma precision, habiendo empleado mucho tiempo, y crecidos caudales en los trabajos de arsenal, que podrian excusar enteramente si hubiesen tenido ya preparados por los indios medios de embarque. En las continuas travesías que durante las expediciones de los Pizarros se hacian desde el Callao al Istmo y vice-versa, no se cuenta de que se hubiesen empleado otros trasportes que los de construccion española, ni que los indios de unos Estados tuviesen comunicacion por mar con los de otros distantes (4).

Hace el Sr. Mora la siguiente pintura del emperador Atahualpa, cuyo trono derribaron los españoles: «era, dice, un monarca legitimo de una nacion grande, morigerada y gobernada por leyes y tradiciones justas y moderadas: su dinastía ocupaba el trono por derecho hereditario que contaba siglos de duracion (2). Tanto por la veneracion casi religiosa que tributaban los peruanos á la institucion monárquica, cuanto por las *prendas amables* del que á la sazón ocupaba el trono, su persona era objeto, no solo del respeto debido á la institucion, sino al *tierno y filial afecto* de sus súbditos.» Si fuese dable comprobar con hechos una parte siquiera de lo que contienen las precedentes líneas, merecerian entregarse á las llamas como mendosos, los escritos y los testimonios que nos quedan del tiempo. Cuidado que no voy á acotar con testigos de tacha, ni á echar mano de autoridades extrañas, pues que me acojo á la del indio Garcilaso, peruano y pariente propinquo de Atahualpa, que habla de lo ocurrido casi en su acordanza, y oyó contar á su madre, y á muchas personas testigos de lo que narra. Una parte del capítulo XXIII y otros siguientes del libro IX, los dedica á referir las nunca oidas crueldades, los actos sobre toda ponderacion sanguiarios de ese monarca de *prendas amables* que á la sazón ocupaba el trono. Los anales del género humano no hacen mencion de otro monstruo que lo haya inflamado en tan eminente grado. Despues de haberse lavado en la sangre de doscientos hermanos suyos, hijos de Huayna-Capac, en la de sus tíos y parientes, comprendiendo mujeres y niños, dentro y fuera del cuarto grado con tal, que tuviesen algo con la sangre real, llevó su furia hasta los criados y dependientes que se contaban por miles, y por fin, á los lugares del circuito del Cuzco que mandó arrasar. ¿Es creible que los vasallos de esta fiera rabiosa la habian de amar con tierno y filial afecto? Fuera la gente peruana la mas estúpida y mas desapiadada de la tierra, si teniendo á la vista tales escenas de alevosía é inhumanidad, no se estremeciese de horror y de compasion.

Mas en su honor debemos decir sobre la fé del respetable y verídico autor que arriba se menciona, que fueron tan otros los sentimientos que en los indigenas produjo la atroz conducta de Atahualpa, que en todo el imperio se miró su caída y muerte, como un golpe de la Justicia Divina que se valió de la mano de los españoles para imponer un castigo merecido á tamaños crímenes. En prueba, desde entonces aquellos fueron distinguidos con el nombre de *Viracochea*, que era el que los indios daban á un hijo de su Dios el Sol, aparecido en sueños á uno de sus emperadores.

JOSE ARIAS MIRANDA.

(Se continuará.)

(1) Habiendo pedido el enviado de Venezuela en Paris, D. N. Facios, por recomendacion del baron de Humboldt, á uno de los primeros literatos de aquella capital, creo que fué M. Regnault de Saint Jean d'Angeli, que formase un proyecto de Constitucion para dicha República, entre otras mil extravagancias, tenía la de que todos los casamientos se habian de hacer en cada pueblo en la fiesta de la primavera, dándose por un jurado de ancianos, las doncellas mas hermosas y virtuosas á los soldados mas valientes, y á los labradores mas inteligentes y activos. Todo lo demás era por este estilo. Tomo literalmente estas palabras de la *Historia de Méjico*, escrita por el aventajado americano D. Lucas Alaman, que empezó á publicar con extraordinaria aceptación en la expresada capital el año de 1849.

(2) *Coleccion de memorias y documentos para la historia y la geografia de los pueblos del Río de la Plata*, por D. Andrés Lamas, impresa en Montevideo año de 1849.

(1) Todo cuanto se dice sobre el Perú de los tiempos anteriores al que fué ocupado el país por los españoles, es puramente un sueño ó una coleccion de sueños. Tal nombre merecen al P. José de Acosta, sabio naturalista que se propuso estudiar con toda atencion las tradiciones de aquel país, declarando al cabo de muchas diligencias practicadas al intento, que no son mas que absurdos y desconciertos. *Historia Natural y Moral de los Indios*, lib. I, cap. XXV. En Chile, dice el abate Molina, no habia letras ni la tradicion ofrece ninguna seguridad para rastrear nada acerca de la primera poblacion. (*Compendio de la Historia geográfica natural y civil del reino de Chile*). La historia antigua del Perú, como expresa el entendido literato William Prescott, muestra tal oscuridad, que nada se puede saber ni del último siglo del imperio. Garcilaso y Sarmiento, los dos escritores antiguos de mas reputacion, están tan discordes en su narracion sobre la serie dinástica de los sucesores de Manco-Capac, que mientras el primero los pone sucediéndose pacíficamente de uno en uno sin atentados ni revoluciones, el segundo presenta mucho de unos y otras, trastornos y guerras en la serie de aquellos monarcas.

(2) La cuestión de la libertad de comercio que se agitaba en 1844.

(1) El estudioso italiano Beturini, que empleó muchos años en descifrar las pinturas mejicanas, dice que no halló en ninguna rastro ni signo que indicase comercio marítimo ni trato con otras naciones. Robertson y Prescott son del mismo parecer.

(2) La dinastía era muy moderna, aunque no puedan fijarse los años. Si bien reina gran oscuridad en la serie de los monarcas, el que mas, solo cuenta trece, que puede calcularse durarían unos dos siglos poco mas ó menos, aunque Humboldt calcula cuatro. Betancour dá á Méjico once emperadores, Torquemada solo siete, Herrera diez. Acosta once, en todos los demás historiadores se advierte la misma discrepancia con ser que en Méjico habia pinturas como suplemento de la escritura y en el Perú no. En lo que sí hay completa conformidad, refiriéndose á geroglíficos y tradiciones, es en que los indios actuales no eran antiguos ni en un país ni en otro, y que habian venido en emigraciones sucesivas por disintos rumbos.

SONETO.

El corazón es péndulo que advierte
golpe tras golpe en una misma herida,
cuán cercana á la muerte anda la vida,
cuán pegada á la vida vá la muerte.
Las empuja el dolor hasta la inerte
tamba que en nuestra senda está escondida
á tan serena sombra, que convida
á redimir muriendo nuestra suerte...
Mas el dolor no mata en un instante
como la daga, y fiero la asemeja,
porque se clava con seguro tino;
y así en el seno el péndulo oscilante
golpe tras golpe advierte al que se queja,
que vá la vida andando su camino.

ANTONIO ROS DE OLANO.

A LA PURISIMA CONCEPCION

DE NUESTRA SEÑORA.

Sus vasallos, en naciendo,
Marcaba con diestra impia
Tirano feroz, tremendo:
La grey esclava infeliz
Mostraba mientras vivía
La indeleble cicatriz.
Un príncipe bienhechor,
Vecino al cruel tirano,
Reinaba con esplendor:
Infinita multitud
Besaba en su régia mano
El cetro de la virtud.
Nunca lidió sin vencer,
Y mil pueblos arrancó
Del tiránico poder:
Mas, entre tanta victoria,
Pesar hubo que nubló
La clara luz de su gloria.
Le daba su reino fiel
Nombre amoroso de padre,
Merecidísimo en él:
Padre comun por amor,
Era el hijo de una madre,
De las madres la mejor.
La de aquel justo monarca
Nacido en el reino habia
Del tirano de la marca:
Diadema resplandeciente
Ver dejaba todavía
Mancha en la materna frente.
«Esa mancha es mi pesar,»
Decía á la Madre el Hijo:
«¿Quién la pudiera borrar!»
—«Por mas que pese á los dos,»
Con mofa el tirano dijo,
«No la quita sino Dios.»
Vestir quiso nuestro ser
Dios, libre para buscar
Entrañas de que nacer:
Digna, pues, de tal honor,
Limpia urna debió guardar
La pureza del Señor.
Siempre con vuelta diurna
La tierra ante Dios girara,
Sin darle digna la urna:
Si Él, pródigo omnipotente,
Por si no la fabricara
De materia conveniente.
Primero que hubiese día,
Trazó en su infalible juicio
La creacion de MARIA:
Y, sin decreto especial,
MARIA heredara el vicio
De la culpa universal.
Humillara al mismo Eterno
La ley que abrió justiciera
Bajo el Eden el infierno:
Manchada con las demás,
La MADRE DE DIOS naciera
Vasalla de Satanás.
Mas nada hay que menoscabe
Grandeza que Dios exalta,
Que todo lo puede y sabe:
No es en Él de suponer
Ciencia que yerre, ni falta
De poder ni de querer.
¿Qué ansiaba aquel soberano
Tan opuesto confinante
Del afador inhumano?
Ansiaba su amor filial
Ver el materno semblante
Libre de la vil señal.
Es costumbre y es deber
Del hijo en mayor esfera
Sus padres engrandecer:
Sencillo discurso arguya
Si Dios por su Madre hiciera
Lo que un hombre por la suya.
Pues si era de Dios decoro
Labrar para sí sagrario,
Puro antes, eriendo el oro;
Si ya resuelto en su idea
Prodigio tan necesario,
Bastaba decir: «Que sea.»
Lo que ser debiera fué,
Y así la razon lo ha visto,
Dirigida por la fé:
Juntas claman fé y razon:
«¡Pura fué, MADRE DE CRISTO,
Pura fué tu CONCEPCION!»
Por eso el Padre Eterno
Corona sentó de Hija
En tu frente virginal;
Y el Santo Espíritu así
Con sus alas te cobija,
Y Esposo descendiendo á tí.
Dios hijo, con labios hechos
Por Dios y por tí á la par,
Bebió pureza en tus pechos:
Aun en carne aposentado,
No se pudo amamantar
Con bebida de pecado.

Si puros mil serafines
Tienden amoroso vuelo
Por los célicos jardines,
Tú sobre todos estás,
Y eres la Reina del cielo,
Por ser tu pureza más.
Riquísima de ella emanó
De tus dotes la corriente,
Con ser criatura humana:
De la cuna al atahud
Fué tu pureza la fuente
Para el mar de tu virtud.
Negó fé á tu privilegio
Duda que cegó, buscando
Tu ser natural egregio:
Dentro de aire el hombre vive,
Y el aire mas puro y blando
Ese es el que no percibe.
Mas ya te adoren cual eres,
Predilecta bendecida
Entre todas las mujeres:
De uno al otro mar glacial
Proclámame concebida
Sin pecado original.
Mil grandezas derrocó
Nuestro siglo turbulento,
Siguiendo al que le impelió:
A veces errado vá;
Mas él te alzó monumento
Que nunca perecerá.
Suena ante el Señor el canto
Que sin término se ensancha
Diciéndole: Santo, Santo:
Ya la tierra en un clamor,
¡Sin mancha, grita, sin mancha
La Madre del Redentor!
Lance el sol de tu pureza
Rayos de gracia, que al mundo
Le cambien naturaleza;
En el valle este de llanto
Cierra el abismo profundo,
Cárcel de eternal quebranto.
Sangre tuya inmaculada
Vertió de sí la hostia pia
En cruz por su amor clavada:
Purifique de delito
Al que á tí eleva, ¡oh, MARÍA!
Un Dios te salve contrito.
Porque eres de gracia llena,
Primera consagracion
De la arcilla damascena;
Y, cual trofeo y testigo,
Yace á tus pies el dragon,
Porque el Señor es contigo.
Porque á la Divinidad
Le cobró filial tributo
Tu limpia Maternidad:
Tus glorias una concentre:
Jesus bendito es el fruto
De tu purísimo vientre.
Santa, á cuya santidad
Trono dá que al suyo allega
La inefable Trinidad:
Erario de sus favores,
¡Madre de Dios! mira y ruega
Por nosotros pecadores.
En el gozar y el gemir,
Hoy, mañana, en cualquier hora,
Guía tú nuestro vivir:
Madre nuestra eres tambien:
En nuestra muerte, Señora,
Llévanos contigo. Amen.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EN LA RESTAURACION
DEL MONASTERIO DE LA RÁBIDA

y de la casa

DONDE FALLECIÓ HERNAN-CORTES.

(A SS. AA. RR. los Serms. Sres. Infantes de España, Duques de Montpensier.)

De la Rábida el convento,
Fundacion de orden francisca,
Deseñada desierto, solo,
Desmantelada en ruinas,
No por la mano del tiempo,
Aunque es obra muy antigua,
Sino por la infame mano
De revueltas y codicias,
Que á la nacion envilecen
Y al pueblo desmoralizan.

Rom. hist. del DUQUE DE RIVAS.

Siempre la airada mano
Del sañudo mortal mas destructora
Que la del tiempo fué. Bárbaro Atila
Monumentos del arte soberano
Que respetó la edad fiero aniquila;
Y Omar, afrenta del linaje humano,
Cuántas obras la ciencia enriquecieron
Y un siglo y otro acumulando fueron
En el seno feliz de Alejandria,
Para templar sus termas regaladas
Lanza en hoguera impia.
Tal su aciaga mision. Azote duro
De naciones decrepitas, debia
Llegar aquel hasta el egregio muro
Que baña el Tiber; pero al vivo rayo
De la enseña del Gólgota y al fuego
Del supremo Pastor, absorto y ciego,
Como en letal desmayo
Desfallecen sus impetus, doblega
La insultante cerviz, cede en su furia,
A impulsos de piedad el alma entrega.
Y la ciudad de Rómulo no injuria.
Tanto pudo la cruz, tanto el divino
Acento de la fé, tanto las leyes
De paz y amor. Y abierto ya el camino
De la verdad incontestable y pura,
¿Aun orgulloso el hombre se figura,
Con infernal protervia,
Que ha de ahogarla su estúpida soberbia?
¿No la mira vencer? En fanatismo

De irreligion grosero
Se aclama triunfador el ateismo.
¿Qué vale su arrogancia?
De cristiana virtud rotos los lazos,
Olas de sangre á sumergir en Francia
Un trono secular hecho pedazos
Suben rugiendo; y el ardiente soplo
De la ciencia falaz que duda y niega,
El que la vil materia deifica
Y la bandera del horror despliega,
Pasa, sucumbe, muere;
Y el árbol de la cruz, faro brillante
En el mar de los tiempos sin ribera,
Muestra al hombre que lucha zozobrando
El puerto de la dicha verdadera.
Pero al temblar los íntimos cimientos
De tronos y naciones,
Al nacer y morir instituciones,
Quedan en pie los nobles monumentos
Del arte y la piedad altos prodigios,
Como ricos vestigios
De cien generaciones;
Como célica palma
Con que el fecundo espíritu cristiano
Patentiza su origen sobrehumano,
Y la torpe maldad de los ilusos
Renegados del alma.
¡Y el pueblo de Isidoro,
El de Pelayo, el de Isabel, un día,
En vértigo nefando, con desdoro
De su cultura y de su fama pia
El del arte y la fé rico tesoro,
De católico ardor mística herencia,
Indigno de su nombre,
Ha de hollar en bastarda indiferencia?
¿Qué han enseñado al hombre
Los siglos que pasaron?
¿Quiénes son los ínicos que se alzaron
A destrozarse sin fruto
Portentos que brillaban inmortalmente?
¿Los que al rumor de impuras bacanales
Sembraban destrucción, y llanto y luto?
¿Oh si pudiese la infalible historia,
En sus veraces páginas de hierro,
De tanto y tanto yerro
Negar á los futuros la memoria!
Católicos se dicen
Los que la angusta religion maldicen.
Ilustracion y libertad proclaman
Los que las glorias de la patria infaman.
¿Cómo su planta asoladora imprime
Honda huella en el santo monasterio
Cuyo huésped sublime
Dió á España un hemisferio!
Ni respeta el tranquiolo
Del ínclito Cortés último asilo,
Ni la sagrada tumba de Gonzalo,
Terror del moro, admiracion del Galo.
Regenerar la humanidad presumen
Resucitando estériles doctrinas...
¡Miser error! y en ansia se consumen
De celebrar su triunfo entre ruinas!...
Llora, España infeliz, tu suerte llora.
Dios es la libertad, Dios es la patria,
E hijos espúreos de tu suelo ahora
Su nombre sacrosanto
Único alivio en el mortal quebrantó,
Ciegos olvidan cuando Europa entera,
Libre ya del naufragio de la duda,
Contra la voz de irreligion artera
Con la divina fé su pecho escuda.
Y son estos, oh Dios, los que cediendo
En oprobioso afán á injusto encono,
Saciada su codicia, en abandono
Los templos dejan que con raro estruendo
Van á tierra cayendo?
¿Son estos los altísimos varones
Que transmutan la faz de las naciones?
¿Qué fuera de Colon si entre las olas
El soplo de la fé, dándole vida,
No impulsara las naves españolas?
¿Tan honda es la raiz, tan escondida
De las formas políticas la esencia,
Que el vano aliento de profana ciencia,
Para cambiar tan misero accidente,
Ha de amenguar el brillo refulgente
De la eternal creencia?
Ni aun el alcázar del saber perdonan,
Y ¡de libros, de sábios,
De cristianos católicos blasonan!
¿A qué poner con temerario anhelo,
A qué poner en pugna
La tierra con el cielo?
¿Oh aberracion punible! ¡Oh vandalismo!
Hija es la libertad del cristianismo.
Vosotros que á la fé y al generoso,
Al puro, al verdadero patriotismo
Teneis abierto el corazón piadoso,
Príncipes, recoged las verdes palmas
Que la iberica nacion agradecida
Rinde en tributo á vuestras nobles almas.
A su antiguo esplendor restituida
Por vuestro celo ardiente
Ya se ve la morada penitente
Donde el siervo de Dios, el gran Marchena
Dió con amor profundo
Pan y alivio á la pena
Del destinado á redimir un mundo;
Y el humilde retiro venerable
De Cortés, en escombros sepultado,
Con mano liberal ha rescatado
De muerte al parecer irrevocable
Vuestro amor á la patria y á la gloria.
¿Oh perenal memoria
De los héroes perinélitos! La llama
De perpétua salud en vuestra fama
Los antes abatidos monumentos
Salva del rayo; y mágicos acentos,
Para vergüenza del infando encono
De los nuevos Atilas descreídos,
Ya, Príncipes, publican
Por cien pueblos y cien cómo edifican
Depuesto el abandono,
Cuando todos destruyen, los nacidos
A la sombra de un trono!

MANUEL CAÑETE.

POR VIA DE EPITALAMIO.

FRAGMENTO.

Por un puñado de oro,
—como á vil esclavo un moro,
cual Judas al Redentor...—
¡oh, tú, la sola que adoro,
me has vendido y á mi amor!

Mi amor y yo, —no lo niegues,—
éramos tuyos... Mas él
hará que en oro te anegues
con tal de que nos entregues...
—¡y nos entregas, infiel!

¡Por tan mezquino tesoro
nos das á mi amor y á mí!...
—á mí, que tanto te adoro,
que todo un mundo de oro
hubiera dado por tí!—

¡Quiera Dios que rica seas
cual no fué ningún mortal...
que oro por doquiera veas...
y todo lo que poseas
se trueque en áureo metal!

—Y que yo arrastre una vida
miserable y escondida:
que de hambre y dolor suspire...
y que en todo lo que mire,
tu imagen halle esculpida.

Que el pan que de puerta en puerta
logre tras ruegos prolijos,
en tu sombra se convierta...
y en cambio, tengan tus hijos
de oro el alma...—dura y yerta.

Que no consigas hallar
quien te quiera como yo...—
y yo no pueda encontrar
mujer que me haga olvidar
la historia que nos unió!

P. A. DE ALARCON.

EL MOSQUITO Y EL BUEY.

FABULA.

imitacion de Lokman.

Sobre el cuerno de un Buey iba posado
Un Mosquito muy ruin, pero muy tieso,
Y le dijo: «te veo algo cansado,
¿Es que yo te fatigo con mi peso?»—
El Buey le contestó: «¡bicho menguado!
Solo á tí te ocurriría decir eso:
¿Pensas que ni siquiera te he sentido?
Cuanto mas ruin el ruin, mas presumido.»

MIGUEL A. PRÍNCIPE.

GLORIA

¿Qué es la gloria? Angel divino,
que desde el celeste coro,
arroja coronas de oro
del talento en el camino:
faro que muestra al marino
radiante puerto en la altura:
realidad de una ventura
que sueña la mente loca:
placer que apenas se toca;
vaso que nunca se apura.

Por ella la frente erguida
y el trémulo labio enjuto,
alza frenético Bruto
el puñal del regicida;
por su lumbré apetecida
sacudiendo su desmayo
al mundo asombra Pelayo,
y Franklin brabo y sereno,
mira entre el rugir del trueno
esclavo á sus pies el rayo.

Por ella el gran Ciceron,
águila de la elocuencia,
sube al templo de la ciencia
escalón por escalón;
por ella aparta Colon
las aguas del Océano;
y con génio sobre humano,
por ella elevan los hombres
para cifras de sus nombres
San Pedro y el Vaticano.

A los pies de sus altares
le ofrecen por sus laurales,
Miguel los pinceles
y Petrarca los cantares;
deja sus plácidos lares
por ella el bravo marino;
y en incierto remolino
salva el piélagos iracundo
haciendo del barco un mundo,
y de la mar un camino.

Feliz quien tras ráudo vuelo
sobre un altar se levanta,
fija en el Mundo la planta
y la cabeza en el cielo;
el que calmando su anhelo
celestes auras respira;
mas ¡ay! que al par de mi lira
una voz doquiera retumba;
la gloria empieza en la tumba;
la de la tierra... es mentira.

BERNARDO LOPEZ GARCIA.

BRINDIS DE VICTOR HUGO.

«Señores: La emoción que me embarga es inexplicable; sed, pues, indulgentes conmigo, si la palabra no responde al sentimiento.

Si tan solo debiera contestar en este día al digno burgomaestre de Bruselas, nada me sería más fácil.

Bastábame para ensalzar al magistrado tan generalmente querido, y á esta noble y hospitalaria ciudad, repetir lo que está en todos los labios, convirtiéndome en un eco: pero, ¿cómo responderé á las otras elocuentes y cariñosas palabras que se me han dirigido?

Al lado de editores importantes, á quienes se debe la fecunda idea de una librería internacional, especie de lazo preparatorio de la unión de los pueblos, veo aquí reunidos publicistas filósofos y eminentes escritores, honor de las letras y gloria del Continente civilizado. Estoy confuso, me siento turbado al considerarme objeto de esta gran fiesta de la inteligencia, al ver que se me hace tanto honor á mí que no soy más que una conciencia que acepta el deber, un corazón que se resigna al sacrificio.

¿Cómo dar gracias á todos? ¿Cómo estrechar á la vez tantas manos amigas? Muy fácilmente. Vosotros, cuantos os hallais aquí, escritores, periodistas, editores, impresores y filósofos, ¿qué representais? Tadas las manifestaciones de la inteligencia, todas las formas de la publicidad. Vosotros sois el espíritu-legión, el nuevo órgano de la moderna sociedad; vosotros sois, en fin, la prensa. ¡Brindo por la prensa! ¡Por la prensa de todos los pueblos! ¡Por la prensa libre! ¡Por la prensa fuerte, gloriosa y fecunda!

Señores: la prensa es la luz del mundo moderno, y en todo lo que es luz hay algo providencial.

Señores: el pensamiento es mas que un derecho, es el aliento del hombre. Quien pone trabas al uno, atenta á la dignidad del otro. Bajo el punto de vista del derecho, hablar, escribir, imprimir y publicar, son cosas idénticas. Estas diversas acciones que constituyen en sí una misma, son las ciruelas de la inteligencia en acción que se ensanchan incesantemente: son las ondas sonoras del pensamiento.

De todos estos círculos, de todas estas irradiaciones del espíritu humano, el mayor es la prensa. El diámetro de la prensa es el diámetro de la civilización.

A medida que la libertad de la prensa disminuye, disminuye la civilización. Donde se la cohibe, puede decirse que está interrumpida la nutrición del género humano.

Señores: la misión de nuestra época es sustituir con otras nuevas las antiguas bases de la sociedad, crear el verdadero orden y colocar las verdades en el puerto de las ficciones. En este colosal trabajo, encomendado á nuestro siglo, nada resiste á la prensa cuando aplica su fuerza de tracción al militarismo, al absolutismo, á todas las ideas y los hechos mas refractarios.

La prensa es un poder. ¿Por qué? Porque es la inteligencia. La prensa es la trompeta viva que toca la diana á los pueblos, anunciándoles el triunfo de la verdad.

No tiene en cuenta la noche sino para saludar la aurora; sdivina el día próximo á nacer y se lo advierte al mundo, aunque ¡cosa rara! algunas veces ella es la *advertida*. Esto me hace el efecto de un buho reprimiendo el canto del gallo.

¡Sí, señores! en ciertos países la prensa se halla oprimida. Pero, ¿es esclava? No. Prensa y esclava son términos inconciliables que forman una frase imposible.

Por lo demás, hay dos grandes maneras de ser esclavo: la de Espartaco y la de Epiteto. El uno rompe sus cadenas; el otro pone á prueba su espíritu. Cuando el escritor encadenado no puede recurrir á la primera, todavía le resta la segunda.

No; hagan lo que quieran los tiranos, pongo por testigos á todos los que me oyen, y esto vos lo habeis dicho en términos admirables, M. Pelletan, y como vos otros mil lo han demostrado con su generoso ejemplo, no hay esclavitud posible para el espíritu.

Señores: en el siglo XIX no hay salvación posible sin la prensa. Naufragios, estravíos, desastres; hé aquí lo que sin ella se encontrará á cada paso.

Hay ciertas cuestiones actuales que son las cuestiones del siglo, y que están ante nosotros por resolver. No hay término medio; es preciso estrecharse contra ellas ó buscar un refugio en su seno. La sociedad navega irresistiblemente con este rumbo. Estas cuestiones sirven de asunto á un libro de que acaba de hablarse con gran elocuencia. Puperismo, parasitismo, producción y repartición de la riqueza, sistema monetario, crédito, trabajo, estimación del proletariado, disminución progresiva de la penalidad, miseria, prostitución, derechos de la mujer que sacan á la minoría de la mitad de la especie humana, derechos del niño que exigen (sí, señores, *exigen*) la enseñanza gratuita y obligatoria, derechos del alma que implican la libertad religiosa; tales son los problemas. Con la prensa libre se esclarecen, son practicables, se ven sus principios, se ven sus soluciones, pueden abordarse y se puede penetrar en ellos. Abordados y penetrados, es decir resueltos, salvarán al mundo. Sin la prensa, noche profunda; todos estos problemas se hacen al punto terribles, no se distinguen mas que sus asperezas, no se puede acertar con la entrada, y la sociedad está á pique de naufragar. Apagad el faro y el puerto se convierte en cañal.

Señores: con la prensa libre no hay error, no hay vacilación posible en la boca de la humanidad.

En medio de los problemas sociales, la prensa es el dedo indicador.

Nada de incertidumbre. Caminad hácia la perfección, la verdad y la justicia; porque no basta marchar, sino que es preciso marchar hácia adelante. ¿A dónde vais? Esta es la cuestión. Simular el movimiento, no es realizar el progreso; marchar al paso sin avanzar, es bueno para la obediencia pasiva. Agitarse sin resultado en la senda trazada, es un movimiento maquinal, indigno del género humano.

Tengamos un objeto, sepamos á dónde se vá, equilibremos el esfuerzo al resultado, que cada uno de nuestros pasos lleve una idea, que estos pasos se encadenen lógicamente entre sí, que tras la idea venga la solución y después del derecho la victoria. Ni un solo paso atrás. La indecisión del movimiento anuncia el vacío del cerebro. Querer y no querer. ¡Hay nada mas triste y miserable! El que duda y retrocede ó permanece inmóvil no piensa. Por mi parte, puedo decir, que no admito la política sin cabeza, como no creo en Italia sin Roma.

Supuesto que he pronunciado esta palabra, Roma, permitid que me interrumpa, y que mi pensamiento se vuelva un instante á ese valiente que yace lejos de nosotros en el lecho del dolor. Tiene razón para sonreír. La gloria y el derecho están con él. Lo que confunde, lo que anonada es que se hayan encontrado en Italia, en la ilustre Italia, hombres capaces de esgrimir su espada contra tan grande virtud. ¡Qué! ¡Eso es hijos de Italia, no han reconocido en él un romano!

¡Y esos hombres se llaman los hombres de Italia, y dicen que han conseguido un triunfo cuando esta es decapitada! ¡Ah! Este es un sombrío episodio, y la historia retrocederá indignada ante este triste y repugnante triunfo, que consiste en matar á Garibaldi para no tener á Roma.

Señores: ¿Cuál es el auxiliar del patriota? La prensa. ¿Cuál es el espantajo del cobarde y del traidor? La prensa.

Se que la prensa es aborrecida, y este es un motivo para amarla. Todas las iniquidades, todas las persecuciones, todos los fanatismos la denuncian, la calumnian, la insultan y la injurian como pueden. Recuerdo algunas palabras de una célebre enciclopedia: en ella un Papa contemporáneo, Gregorio XVI, enemigo de su siglo, lo que suele ser achaque de los Papas, y teniendo siempre presente el antiguo dragón y la bestia del Apocalipsis, calificaba así la prensa: *Gula inæca, caotig, impetus immanis cum strepitu horrendo*. No niego nada de esto, el retrato es parecido. Boca de fuego, humo, rapidez prodigiosa y santa locomotora del progreso.

¿A dónde vá? ¿Dónde conduce á la civilización? ¿Dónde lleva á los pueblos ese poderoso remolcador? El túnel es largo, oscuro y terrible. Todavía puede decirse que la humanidad está bajo tierra, porque la materia la envuelve y la ahoga, y las supersticiones, los errores y las tiranías forman una pesada bóveda; porque está entre tinieblas

desde que el hombre existe; la historia entera es subterránea, por ninguna parte se vé el rayo divino.

Pero en el siglo XIX, después de la revolución francesa, nace la esperanza y se descubre la verdad. Allá delante de nosotros aparece un punto luminoso. Se agranda, aumenta á cada instante; es el porvenir, es la realización, es el fin de la miseria, es la aurora de la alegría, es Cansam, es la tierra de promisión donde no habrá mas que hermanos. ¡Animo, santa locomotora! ¡Animo, pensamiento! ¡Animo, ciencia! ¡Animo, filosofía! ¡Animo, prensa! ¡Animo, espíritu! Se acerca la hora en que la humanidad, fuera de ese lóbrego túnel de seis mil años, se deslumbrará al mirar cara á cara el sol de la idea.

Señores: una palabra mas, y permitidme con vuestra cordial indulgencia que sea relativa á mi persona.

Es una dicha estar entre vosotros, y doy gracias á Dios que ha dado esta hora de placer á mi triste vida. Mañana volveré á entrar en mi oscuridad; pero os he visto, os he hablado, he oído vuestra voz, he estrechado vuestras manos y llevo á mi soledad este recuerdo.

Mis amigos de Francia y los demás amigos míos que están aquí, hallarán natural que sea á vosotros á quienes yo dirija mis últimas palabras. Once años há que me visteis partir casi jóven; hoy me volveis á ver hecho un viaje. Los cabellos han cambiado, pero no el corazón. Os doy gracias por haberos acordado de un ausente; os doy gracias por haber venido; acojed, y vosotros tambien (los mas jóvenes cuyos nombres me eran queridos desde lejos, y á quienes veo aquí por primera vez), acojed las señales de mi profundo enternecimiento. Me parece que respiro entre vosotros el aire natal; me parece que cada uno de vosotros me trae un poco de Francia; me parece que veo salir de todas vuestras almas, agrupadas en torno mio, algo de encantador y de augusto, que se asemeja á una luz, y que es la sonrisa de la patria.

¡Brindo por la prensa, por su poder, por su gloria, por su eficacia. ¡Brindo por su libertad en Bélgica, en Alemania, en Suiza, en Italia, en España, en Inglaterra y en América! ¡Brindo por su redención en los demás pueblos!

Por una coincidencia singular, y de la cual nos felicitamos, este número en que damos cuenta, aunque no tan extensamente como desearíamos, del discurso del Sr. Nuñez Arenas, contiene el pronunciado por Victor Hugo en el banquete de Bruselas, y un ligero trabajo de uno de nuestros colaboradores sobre el don de la palabra. Estas tres producciones están impregnadas del mismo espíritu, se proponen el mismo fin y han recibido el sello del espíritu de la ilustración moderna. No nos cumple hablar del artículo que nos pertenece; del discurso del Sr. Nuñez Arenas, hemos dicho lo que nuestros estrechos límites nos permiten; el del eminente poeta novelista habla por sí mismo, y nos presenta tan luminosas perspectivas y tan intenso fulgor de elevadas consideraciones, que nos ofuscarían y perturbarían nuestra imaginación, si al mismo tiempo no penetrasen en nuestras almas con toda la fuerza del convencimiento y con toda la espontaneidad de la intuición. Nótese el sentido que encierran estas palabras:

«Tengamos un objeto, sepamos á dónde se vá, equilibremos el esfuerzo al resultado, que cada uno de nuestros pasos lleve una idea, que estos pasos se encadenen lógicamente entre sí, que tras la idea venga la solución y después del derecho la victoria. Ni un solo paso atrás. La indecisión del movimiento anuncia el vacío del cerebro. Querer y no querer. ¡Hay nada mas triste y miserable! El que duda y retrocede, ó permanece inmóvil, no piensa. Por mi parte, puedo decir, que no admito la política sin cabeza, como no creo en Italia sin Roma.

Supuesto que he pronunciado esta palabra, Roma, permitid que me interrumpa, y que mi pensamiento se vuelva un instante á ese valiente que yace lejos de nosotros en el lecho del dolor. Tiene razón para sonreír. La gloria y el derecho están con él. Lo que confunde, lo que anonada es que se hayan encontrado en Italia, en la ilustre Italia, hombres capaces de esgrimir su espada contra tan grande virtud. ¡Qué! ¡Eso es hijos de Italia, no han reconocido en él un romano!

¿Puede darse un retrato mas fiel, una diatriba mas sangrienta contra esa política vacilante, pueril, ridícula, y al mismo tiempo perturbadora, maléfica y asesina que se alza hoy en medio de la culta Europa, para encadenar sus aspiraciones y frustrar sus esperanzas?

En presencia de un escogido y numeroso concurso solemnizó la Real Academia Española el aniversario de su fundación el 28 del mes pasado en sesión pública, que llenaron el secretario D. Manuel Breton de los Herreros, con la historia detallada de los trabajos desempeñados por la Academia durante el último año, y nuestro amigo y colaborador D. Manuel Cañete, con un discurso sobre el drama religioso español. Esta producción, justamente aplaudida por los que asistieron al acto, se recomienda por la escogida erudición que en todas sus partes brilla, así como por la pureza y elegancia del estilo y de la dición. Encierra noticias curiosísimas sobre esta desdeñada parte de nuestra literatura antigua, de la que cita preciosos fragmentos; juicios acertados sobre el origen y carácter del drama religioso en general, y revela el esmero y el buen gusto con que el autor se ha dedicado al estudio de este ramo importante de las Bellas Letras. El trabajo del Sr. Cañete ocupará un puesto elevado entre los que la Academia ostenta como testimonios del celo ilustrado con que desempeña las nobles y útiles tareas de su instituto.

La inauguración del curso académico de 1862 á 1863, celebrada en la Universidad central, ha sido este año, no ya una formalidad reglamentaria, sino un suceso de muy alta importancia, y que señala una época gloriosa en los anales de nuestra ilustración y de nuestros progresos en el cultivo de la inteligencia. Convendrán en ello cuantos hayan leído el discurso que en esta ocasión ha pronunciado el ilmo. Sr. D. Isaac Nuñez de Arenas, catedrático que ha sido en la facultad de Filosofía y Letras, y en que, combinando las dotes y conocimientos con los cuales estos dos nombres se asocian, se ha mostrado tan profundo filósofo como cumplido literato. No puede ser mas noble, mas oportuno en las circunstancias presentes, mas análogo á la regeneración mental por lo que está pasando la sociedad humana, que el tema ele-

gido por el orador, en cumplimiento impúestole por la Universidad. Propúesose demostrar, 1.º, que la unidad, alma de la ciencia, es el pio de toda criatura, lo que la asemeja á Dios, y lo que encuentra el espíritu en sí, en la naturaleza y en la humanidad, y 2.º, que la filosofía va asentando esta unidad en todas las ciencias y en todas las instituciones sociales. Estas dos grandes y consoladoras verdades, han recibido del saber y de la elocuencia del Sr. Nuñez Arenas, la mas luminosa confirmación, en los profundos é irresistibles argumentos con que la apoya, en las ingeniosas analogías con que las ilustra, en los elegantes y castizos períodos con que las hermosea. El orador ha puesto á contribución, sin pedantesca ostentación, los trabajos de los mayores filósofos antiguos y modernos, los mas recientes descubrimientos de las ciencias físicas y naturales, y hasta algunos pasajes, muy oportunamente traídos, de nuestros escritores ascéticos, los cuales prueban dos cosas; una, que lo mas puro de la doctrina religiosa se liga sin violencia con lo mas puro de la filosofía, y que, si no es cierto, como ha dicho recientemente un periódico neo-católico, que España ha tenido una filosofía propia, es innegable que ha tenido grandes filósofos, de cuyos trabajos habria sin duda brotado una escuela digna de competir con las de las naciones extrañas, si el tribunal perseguidor de los Carranzas, de los Leones y de tantos hombres ilustres, unido á los recelos quisquillosos del mas bárbaro despotismo, no hubiera alzado ese muro de bronce que por espacio de tantos siglos nos ha separado de los manantiales del saber y de los destellos de la razón. A hombres del temple del señor Nuñez Arenas, cumple resarcirnos del tiempo que se nos ha hecho perder y consumir la emancipación que hemos iniciado de la esclavitud en que nos han aherrojado tantos funestos errores, tantas ridiculas patrañas y tantos intereses sórdidos. Su discurso debe ser el faro en que la juventud fije sus miradas para que no retroceda la obra á que la Universidad central consagra sus labores. Mediten bien los jóvenes estudiosos estas palabras del final de este magnífico trabajo: «os confieso que vale mas vuestra figura intelectual al salir de nuestro estudio, que valia la de nuestra generación al salir de sus aulas. Sin embargo, no os engriais... Vosotros habeis nacido en el puro ambiente de la libertad, junto á los altares de la ciencia, y á una vida de luz y movimiento en todas direcciones; nosotros, en días de opresión infausta, dentro de recatado hogar, dormido el pensamiento público, y cerrados los templos del saber á nuestra juventud. Esta diferencia, ventajosa á vuestra parte, os aprieta á recios compromisos, os impone santos deberes para con la patria, instituciones y leyes, cuya tutela os ha hecho lo que sois y lo que habeis de ser en lo venidero.»

De la Revista del Heraldo de Méjico, correspondiente al 28 de Agosto, tomamos los dos siguientes párrafos:

«A la llegada de la correspondencia del paquete inglés, *El Heraldo* publicó un extracto del parte que de la campaña de Puebla, dió al emperador el general Lorencez, parte que mas tarde se ha dado íntegro á luz. En este parte se falta á la verdad de un modo repugnante. Supónense importantes las fortificaciones de Guadalupe, mucho mayor número de tropas mejicanas que el que defendió la plaza, y cuando mas la mitad de los muertos y heridos que tuvo el ejército invasor. Ni hubo murallas que detuvieran el ímpetu de los vencedores de Crimea, Magenta y Solferino, ni hubo fortificaciones inexpugnables, porque habia faltado el tiempo para prepararlas; hubo si, pechos que se expusieron á las balas, y que saltando las trincheras, fueron á combatir cuerpo á cuerpo con los enemigos; hubo generales, jefes, oficiales y soldados que en defensa de la patria invadida se expusieron á morir antes que someterse á los extranjeros; hubo valor, hubo arrojo, que dieron el triunfo mas noble y mas justo entre los que refiere la historia, contando mas franceses que mejicanos en la pelea. Apenas concurren cinco mil hombres de estos, cuando aquellos pasaban de seis mil. Lorencez, cuya escusa es pueril, en lugar de las flores que esperaba le regaran, encontró balas certeras que destruyeron sus filas.

Por todas partes encuentra una entusiasta acogida el pensamiento que inició el gran Bolívar, y que ahora, con motivo de la invasión de Méjico, ha revivido con calor, de establecer una confederación de las repúblicas del continente americano, para poder de esta manera defender y hacer mas respetadas su independencia y soberanía respectivas. No queda una corporación en la República, puede decirse, que no haya secundado la iniciativa que con ese objeto dirigió al supremo gobierno, el Tribunal superior de Justicia del Estado de Jalisco.»

Hemos leído un manifiesto que el general mejicano D. José María Cobos, dirige á su nación; la abundancia de materiales dispuestos ya para ese número, nos impide ocuparnos hoy de dicho escrito, que tiene algun interés, y en el que se trata con justísimo rigor al farsante general Almonte, cuya espada, según dice el Sr. Cobos, no ha brillado todavía en ningún combate.

Segun un despacho telegráfico recibido anoche, Víctor Manuel ha firmado el decreto de amnistía. De los beneficios de esta quedan excluidos los desertores del ejército. Dicha medida se publicará muy pronto.

Garibaldi ha dirigido á la nación inglesa una manifestación, excitándola á que se ponga al frente del movimiento liberal del mundo y tome la iniciativa contra toda clase de tiranías.

Editor, don Diego Navarro.